

Jazmín

SU LUGAR EN EL MUNDO

SOPHIE PEMBROKE



SU LUGAR EN EL MUNDO

SOPHIE PEMBROKE



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56 28001 Madrid

Su lugar en el mundo, n.° 2592 - abril 2016
Título original: A Groom Worth Waiting For
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-8146-4
Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

–¿Has dicho que va a venir? –Thea Morrison se abrazó a sí misma como si así pudiera ocultar el ridículamente caro vestido de novia con perlas incrustadas y cola–. ¡No, no puede!

Su hermana alzó sus grandes ojos azules al techo.

–Vamos, tranquilízate. Acaba de decirme que la encargada de planificar la boda te está esperando, que te has retrasado, y que si no te presentas dentro de cinco minutos vendrá él aquí a por ti –dijo Helena.

–¡Pues impídeselo!

No, imposible. Nada ni nadie podía impedir que Flynn Ashton consiguiera lo que se proponía. Era un hombre educado, pero tenaz; motivo por el cual su padre le había colocado al frente de la empresa de medios de comunicación Morrison-Ashton. Y ese, a su vez, era el motivo por el que ella se iba a casar con Flynn.

–¡Ayúdame a quitarme el vestido antes de que se presente aquí!

–No sé por qué le das tanta importancia –comentó Helena con las manos en la cremallera del vestido–. Al fin y al cabo, no es una boda de verdad.

–Dentro de dos días estaremos delante de un cura y también habrá tarta nupcial, flores y un contrato firmado. Y eso es una boda –Thea comenzó a bajarse el vestido por las caderas–. Y todo el mundo sabe que da mala suerte que el novio vea a la novia con el vestido de novia antes del día de la boda.

Era más que una superstición, era prácticamente una ley. Flynn no iba a ver ese vestido antes de que ella hiciera su aparición en la pequeña iglesia a los pies de la colina de aquel pueblo de La Toscana.

–Por eso es por lo que me ha enviado para avisarte.

A Thea se le heló la sangre. Conocía muy bien esa voz. Hacía ocho años que no la oía, pero no la había olvidado. No, en absoluto.

El dueño de esa voz no debería estar viéndola con solo la ropa interior, y menos ahora que iba a casarse con su hermano.

Thea tiró del vestido hacia arriba, por encima del corsé color marfil, y lo miró fijamente.

–Creía que no ibas a venir a la boda –pero ahí estaba, ya no un joven rebelde de veintiún años en contra de todo y de todos, sino un hombre, más relajado, con control.

Y tan endiabladamente guapo como siempre.

Helena lanzó una carcajada.

–¿Eso es lo único que se te ocurre decirle después de ocho años? –balanceando la melena rubia, Helena atravesó la habitación, abrazó a Zeke y le plantó un beso en la mejilla–. Me alegro de verte, Zeke.

–Vaya, Helena, estás hecha toda una mujer –Zeke la abrazó, pero sus ojos permanecieron fijos en los de Thea–. Yo también me alegro de verte. Y de ver a tu hermana… de forma inesperada.

El tono burlón de Zeke, evidentemente, hacía referencia a haberla sorprendido en ropa interior. ¡Como si ella lo hubiera planeado, cuando se suponía que él ni siquiera estaba en el país! Flynn le había dicho que Zeke no iba a asistir a la boda, cosa que le había provocado un gran alivio. Pero ahí estaba Zeke.

–Bueno, no esperaba que te presentaras tú aquí, sino tu hermano.

–Tu prometido –dijo Zeke–. Lo siento, Flynn quería que asumiera mi papel de padrino de boda con antelación.

Thea parpadeó.

–¿Vas a ser el padrino de Flynn?

–¿Quién si no? –dijo Zeke, como si no hubiera estado ausente durante ocho años; como si no se hubiera burlado de Flynn por no ser un verdadero Ashton, sino solo hijo adoptivo; como si no hubiera jurado que jamás volvería.

–Cualquiera menos tú –respondió Thea.

–Flynn ha elegido a su hermano –interpuso Helena mirando a su hermana como si estuviera loca–. ¿Qué tiene eso de raro?

Ocho años atrás, Helena tenía dieciséis, demasiado joven para darse cuenta de la situación, demasiado inmersa en sus propios problemas de adolescente. Ahora, con los años, Thea era consciente de que Helena, a sus dieciséis años, debía haber conocido mejor a los hombres que ella a los dieciocho… o incluso ahora, a los veintiséis.

–Así que has venido por la boda, ¿no? –preguntó Thea.

Zeke arqueó las cejas.

–¿Qué otro motivo podría tener para venir aquí?

Thea sabía lo que Zeke quería que ella dijera o pensara: que había venido por ella, para decirle que había cometido una equivocación ocho años atrás y que estaba a punto de cometer otra mucho peor, para evitar el mayor error de su vida.

Pero eso ya lo sabía Thea y no tenía nada que ver con Zeke Ashton.

No, sospechaba que el regreso de Zeke se debía a otros motivos de los que ella nada sabía.

–Si no te importa… me gustaría cambiarme.

Con el vestido de novia pegado al cuerpo, Thea bajó de la plataforma y fue a cambiarse. Podía oír las voces de Helena y Zeke charlando fuera, la voz de Zeke llena de humor. Eso no parecía haber

cambiado; para Zeke, todo era una broma, la familia de ella sobre todo.

En esta ocasión, con este vestido, con esta boda, iba a conseguir lo que necesitaba, pensó Thea mientras se subía los tirantes del vestido de verano. Que Zeke estuviera allí no cambiaba nada, ella iba a casarse con Flynn, le pertenecía. Tenía el vestido y tenía un plan. Contaba con Helena para ayudarla a comportarse como se esperaba de ella. Todo encajaba, todo estaba como debía estar… aparte de Zeke Ashton.

Thea se calzó las sandalias, se alisó el cabello y salió.

–Y ahora, si me disculpáis, tengo que ir a ver a la persona que está organizando la boda.

–Por supuesto –dijo Zeke con una exasperante y burlona sonrisa.

Solo faltaban dos días para la boda. Solo dos días más. En dos días, Thea Morrison sería una feliz casada.

–Aunque, pensándolo bien, mejor te acompaño –dijo Zeke–. Así podremos ponernos al día.

Thea apretó la mandíbula.

–Qué buena idea –mintió Thea.

Thea no parecía la misma. Con el cabello oscuro alisado y recogido, y las piernas y los brazos bronceados, parecía otra persona. Zeke, siguiéndola, la contempló detenidamente mientras ella caminaba con paso largo, como si quisiera distanciarse de él lo más posible.

¿Se acordaría Thea del tiempo en el que eso habría sido lo último que le pasara por la cabeza? ¿Se acordaría de aquellas fiestas organizadas por su padre en las que ella desaparecía cuando se le presentaba la oportunidad para, en la oscuridad, encontrarse con él? A pesar de representar el papel de buena hija a la perfección, a solas con él, Thea se había mostrado tal y como realmente era.

Zeke sacudió la cabeza. Todo aquello formaba parte del pasado. Esa Thea que estaba viendo ahora, con sandalias de tacón alto y vestido de verano, no tenía nada que ver con la chica de pantalones vaqueros y zapatillas deportivas. Esa chica a la que había amado ya no existía. La Thea de la que había estado enamorado jamás habría accedido a casarse con su hermano, por mucho que lo desearan sus respectivos padres.

Con un par de zancadas la alcanzó. Las piernas de Thea eran largas, pero las suyas lo eran más.

–Bueno, ¿cuánta gente va a venir a esta fiestecilla? –preguntó Zake en tono casual.

–¿Fiestecilla? ¿Llamas a mi boda fiestecilla? –Thea se había detenido.

Zeke encogió los hombros. No obstante, le alegró comprobar que la había hecho enfadar.

–Perdona, debería haber dicho tu día de cuento de hadas, tu día perfecto, el día en que te vas a entregar en cuerpo y alma al hombre amado. Bueno, ¿cuánta gente va a asistir a ese acontecimiento?

Las mejillas de ella se encendieron, lo que le produjo una enorme satisfacción. Aunque quizá fuera infantil. Pero no iba a permitir a Thea que le hiciera creer que se casaba por amor. Era un negocio, como todo entre la familia Morrison y la Ashton.

Incluido él últimamente.

–Doscientos sesenta y ocho invitados –declaró ella secamente.

–Ah, bien, solo los íntimos entonces –comentó Zeke irónicamente–. Justo como a mi padre le gusta. ¿Dónde los vais a meter? Sé que la casa es enorme, pero… En fin, no me imagino a los invitados en el jardín en sacos de dormir.

–Hemos reservado en exclusiva el hotel. Unos taxis y autobuses de primera clase traerán y llevarán a los invitados todo el día. De todos modos, ¿a ti qué más te da?

–Soy el padrino de mi hermano –le recordó él–. Se supone que debo estar enterado de estas cosas.

Al parecer, el comentario fue la gota que rebasó el vaso. Thea, plantando las manos en las caderas, se encaró con él.

–¿Por qué estás aquí, Zeke? Y no me vengas con eso de que Flynn es tu hermano porque sé perfectamente lo que opinas de él.

¿Thea sabía lo que sentía él por su hermano? Ni siquiera él sabía la clase de relación que tenía con su hermano adoptivo. Después de marcharse de casa, había pasado meses pensando en ello. Pero, por fin, había dejado el pasado atrás y había rehecho su vida. Además, ahora no se trataba de su relación con Flynn, sino de la relación de Flynn y Thea.

–Está bien, si no crees que pueda sentir afecto por mi hermano, dudo que me creyeras si te hablara de la lealtad hacia la familia –Zeke se encogió de hombros–. Lo que sí me gustaría saber es lo que nuestros padres te dijeron para conseguir que aceptaras casarte con el Gran Farsante.

–No lo llames eso –le espetó Thea–. No tenía gracia que lo llamaras eso de pequeño y sigue sin tenerla. Y… ¿tanto te cuesta creer que pueda querer casarme con Flynn?

–Sí –respondió Zeke sin titubear. Y no porque Thea no fuera a casarse con él, como le había dicho Deb, su socia.

–Pues es verdad, quiero casarme con Flynn –declaró Thea mirándolo con gesto desafiante.

Zeke apoyó la espalda en el muro de piedra del vestíbulo y su mirada, bajo los arcos, se perdió hacia la terraza y las parras que

subían por las celosías.

–¿En serio? –Zeke se cruzó de brazos–. ¿Vas a decirme que no se te ha pasado por la cabeza el hecho de que vuestro matrimonio unirá ambas partes del negocio y vuestros hijos obtendrán el control total de la empresa?

–Por supuesto que sí –respondió ella.

–Y si tú no lo hubieras pensado, tu padre te lo habría recordado –a Thomas Morrison se le daba muy bien hacerle comprender a su hija las repercusiones de sus actos, como él recordaba perfectamente.

–Eso no significa que no haya sido decisión mía –declaró Thea.

Esas palabras le hicieron recordar la decisión que Thea había tomado justo antes de que él abandonara a su familia y el negocio, dejando atrás aquella vida.

–No, claro que no –dijo él con amargura–. Sé perfectamente que piensas muy bien las cosas antes de tomar una decisión con el fin de asegurarte de adoptar la opción más ventajosa.

Vio expresión de perplejidad de Thea. ¿Acaso ella había imaginado que no se daría cuenta de lo mercenaria que era? Ocho años atrás le había engañado, pero ya no. Ahora sabía lo que era realmente importante para Thea.

–¿Qué es lo que estás insinuando exactamente? –preguntó ella mordazmente–. Y yo que tú, pensaría muy bien qué decir antes de contestar.

Zeke le dedicó la más cegadora de sus sonrisas.

–Justo lo que crees que estoy insinuando. Que ahora se comprende por qué preferiste quedarte aquí en vez de venirte conmigo ocho años atrás. ¿Cómo ibas a venir conmigo sabiendo que yo ya no era heredero de nada? –Zeke encogió los hombros–. Debo reconocer que me sorprende que hayas tardado tanto en cazar a Flynn.

***

Estaba a punto de estallar. Pero se contuvo, no quería darle esa satisfacción a Zeke Ashton. Respiró hondo, preparándose para mentir.

–Por difícil que te resulte creerlo, estoy enamorada de tu hermano –declaró Thea con calma y tranquilidad, lo que la hizo enorgullecerse de sí misma. Ya no le afectaban las indirectas ni los comentarios de Zeke, por lo que se sintió increíblemente liberada.

–¿Amor? –Zeke arqueó una ceja–. Sabes, empiezo a pensar que no conoces el significado de esa palabra.

–Créeme, sé perfectamente lo que significa –el amor significaba el increíble dolor de su pérdida tras su desaparición. O la incertidumbre de no saber si se volvería a amar. Le sorprendía que a la mayoría de la gente el amor le pareciera algo positivo.

–¿En serio? En ese caso, te felicito por haber encontrado, por fin, el verdadero amor. Supongo que yo te serví solo para practicar.

A Thea le dio un vuelco el estómago. Zeke acababa de dejarle claro que no había olvidado su romance en la adolescencia y que tampoco le había perdonado la forma como había acabado.

–De eso hace ya mucho, Zeke. Éramos unos niños –demasiado lejano en el tiempo para hablar de ello ahora. Incluso en el caso de Zeke, que sentía la necesidad de hablar de todo–. Los dos hemos cambiado, somos diferentes.

Zeke sacudió la cabeza.

–Puedes decir lo que quieras, Thea, pero jamás me convencerás de que tu matrimonio con Flynn no es solo un asunto de negocios.

–Te equivocas –mintió Thea–. Y…

–¿Y qué? –preguntó Zeke arqueando las cejas.

–Que aunque así fuera… ¿qué tiene eso de malo? Nada, siempre y cuando los dos estemos de acuerdo y seamos conscientes de lo que hacemos –Thea se encogió de hombros–. Hay peores motivos por los que casarse.

–Es posible –Zeke sonrió–. Pero también hay motivos mucho mejores.

–Como el amor –dijo Thea, reafirmándose.

Zeke no la creía. No la creería nunca, por mucho que ella se esforzara en convencerle de lo contrario. Sabía cómo era Thea cuando estaba enamorada, y no lo estaba.

Al menos, la Thea que él conocía, la Thea de ocho años atrás.

–El amor es lo más importante, pero no lo único que cuenta –concedió Zeke–. También son importantes el respeto mutuo, la confianza de uno en el otro, compartir valores…

–Flynn y yo también compartimos eso –interrumpió ella.

–Compatibilidad sexual –añadió Zeke sonriendo–. En mi opinión, esto último es fundamental para la felicidad a largo plazo.

La mirada de Thea se endureció.

–¿En serio? ¿Y qué tal te va a ti en ese sentido? No he podido evitar notar que has venido solo.

La repentina aparición de Flynn, siempre impecable y unos centímetros más alto que él, le evitó devanarse el cerebro en busca de una contestación.

–¡Zeke, ya estás aquí! –Flynn aceleró el paso y extendió la mano, pero antes de que él pudiera estrechársela, Thea se había agarrado al otro brazo de Flynn y le sonrió con empalagosa expresión de adoración.

Tras estrechar la mano de su hermano con la mayor brevedad

posible, Zeke se apartó de aquel círculo de amor para refugiarse en su zona de escepticismo.

–No podía dejar pasar la oportunidad de servir a la familia, puede que sea la última oportunidad que se me presente de hacerlo.

La sonrisa de Flynn se apagó ligeramente, pero ignoró el comentario; siempre deseoso de ser leal a la familia, de formar parte de una familia a la que nunca había creído pertenecer. En opinión de Zeke, el hecho de que su padre hubiera elegido a Flynn como heredero debería haberle convencido de que era el preferido, al margen de los genes.

–En un día tan importante, la única persona a la que quiero a mi lado es a mi hermano –declaró Flynn.

Ni siquiera parecía mentir, lo que era un auténtico logro.

–¿Lo dices en serio? Admito que me sorprendió enormemente que me pidieras que fuera el padrino de tu boda –dijo Zeke lanzando una mirada a Thea–. Aunque no tanto como a Thea verme aquí –añadió Zake.

Thea le lanzó una furiosa mirada antes de abrazarse con más fuerza al brazo de Flynn, a pesar de ser evidente la falta de química entre ambos. Y también estaba claro que aún no se habían acostado juntos. ¿Qué demonios estaba haciendo Thea con Flynn?

–Dijiste que no iba a venir –observó Thea con los ojos fijos en su prometido y en tono casi acusatorio.

–No estaba seguro de que aceptara –admitió Flynn mirando a Thea con una sonrisa de disculpas. Después, suspiró y añadió–: Por cierto, papá ha preparado una cena esta noche para celebrar tu regreso al hogar.

Zake no comentó que aquella lujosa villa de La Toscana perteneciente a alguno de los clientes de su padre no era un hogar, por muchas piscinas que tuviera.

–¿Una especie de bienvenida al hijo pródigo?

Antes de que Flynn pudiera responder, Thea intervino:

–Cariño, la organizadora de la boda nos está esperando.

La voz melosa empleada por Thea había sonado tan poco natural que incluso Flynn pareció incómodo. No era posible que alguien creyera que esos dos estaban enamorados, pensó Zeke, ni siquiera parecían haber sido amigos de la infancia.

Capítulo 2

–Bueno, realmente ha sido una sorpresa ver a Zeke aquí –comentó Helena dejándose caer en la enorme cama de su hermana.

–Sí –Thea metió la cabeza en el armario empotrado para buscar los zapatos de color bronce que le había pedido Helena.

–A pesar de que el viejo Ezekiel parecía saberlo; si no, no habría organizado una cena de bienvenida.

–Ya te lo he dicho, Flynn no creía que fuera a venir –explicó Thea–. Ni yo.

–¿Así que para Flynn también ha sido una sorpresa? –preguntó Helena con excesiva inocencia.

–Eso creo –respondió Thea–. Lo que pasa es que él lo disimula muy bien.

–Lo disimula todo muy bien –murmuró Helena–. Aunque, si quieres que te diga la verdad, no pareció muy sorprendido cuando le dije que Zeke había venido.

Thea se golpeó la cabeza con la puerta del armario. Se frotó donde se había dado el golpe y se apartó.

–Quizá sea porque Flynn tiene más confianza en su hermano que yo. Helena, creo que no he traído los zapatos de color bronce.

–¿No? Qué pena. En fin, tendré que ponerme los plateados –Helena cruzó las piernas encima de la cama–. ¿Por qué no te fías de Zeke? Creía que, antes de que se marchara, erais buenos amigos.

Thea miró fijamente a su hermana. Sabía que, en ningún momento, Helena había querido esos zapatos. Su única intención había sido hablar de Zeke.

–Éramos amigos –admitió Thea–. Los tres lo éramos; al fin y al cabo, venían constantemente a nuestra casa.

–Y nosotras a la suya –añadió Helena–. Sobre todo, después de que mamá…

–Sí.

Isabella Ashton se había compadecido de las dos chicas huérfanas. Encantada, se había lanzado a enseñar a Thea, a sus catorce años, a comportarse correctamente y a asumir el papel de perfecta anfitriona… hasta que la chica demostró una absoluta falta de interés en ello e Isabella asumió ese papel. Thea se habría sentido aliviada de no ser por lo decepcionado que su padre se había mostrado con ella

desde entonces.

«Siempre me he sentido marginada en mi propia casa».

Thea se acercó al tocador, donde tenía el collar que Isabella le había regalado el día que cumplió los dieciocho años. El día que Zeke se había marchado. Iba a ir a la cena con el collar y también con el anillo de su madre. Isabella apreciaba mucho esa clase de detalles.

–¿Y no te habías puesto en contacto con Zeke desde entonces? –preguntó Helena.

Thea se preguntó cómo era posible que su hermana sospechara que había tenido una relación con el hermano de Flynn.

–No, ni una sola vez en estos ocho años –declaró Thea con firmeza.

–Es muy raro –Helena se puso en pie, se acercó a ella y, a sus espaldas, agarró los dos extremos del collar para abrochárselo–. ¿Crees que Zeke ha vuelto por eso, por la boda?

–Claro, supongo que ha venido porque su familia le ha invitado.

–No, me refería a… tu boda, a si ha venido porque eres tú quien se va a casar –dijo Helena mirándola a través del espejo.

Thea tragó saliva.

–La última vez que estuve a punto de casarme no vino.

–No, ni la vez anterior –comentó Helena–. Pero la diferencia era que no ibas a casarte con su hermano.

Thea se dejó caer en el taburete del tocador. Había estado a punto de casarse en varias ocasiones, quizá en busca de un lugar en el que se sintiera segura, con alguien con quien pudiera sentirse segura. Al final, siempre había resultado en fracaso.

Con Flynn había sido diferente. Flynn sabía exactamente quién era ella, la había elegido e incluso había esbozado un contrato prematrimonial. Y eso era justamente lo que ella necesitaba. Nada de ilusiones ni acuerdos implícitos, era un negocio y nada más.

Zeke, de saberlo, lo consideraría ridículo. Sin embargo, estaba segura de que Zeke tenía buenos motivos para ir allí, motivos que no tenían nada que ver con ella ni con su boda.

–No ha venido por eso –respondió Thea.

–¿Estás segura? –preguntó Helena–. Puede que se haya dado cuenta de que esta vez estás realmente dispuesta a casarte.

–Hablas como si fuera una veleta –lo que, por otra parte, podía parecer justificado.

Helena suspiró, agarró un cepillo de pelo y se lo pasó por los dorados cabellos. Hacía años que Thea había dejado de envidiar ese pelo, conformándose con el castaño del suyo.

–No una veleta, sino insegura –le corrigió su hermana.

–Indecisa, como diría papá.

Helena se echó a reír.

–Eso no es verdad. Tenías motivos más que sobrados para no casarte

con esos tipos.

–¿Porque uno era un idiota que solo me quería por mi dinero y el otro me estaba engañando con otra? –y no había sospechado nada en ninguno de los dos casos hasta última hora, cuando había sido casi demasiado tarde.

Hasta el último momento no se había dado cuenta de no poder ser lo suficiente mujer ni amante para uno de ellos, ni para el otro significar algo que no fuera simplemente dinero. Al parecer, no merecía ser amada por sí misma.

–Porque no estabas enamorada de ellos –Helena dejó el cepillo encima del tocador–. Lo que hace que me pregunte… ¿por qué vas a casarte con Flynn exactamente?

Thea apartó los ojos del espejo.

–Nos entendemos bien. Flynn es estable, tiene sentido común y es tierno. Será un buen padre y un buen esposo. Nuestras familias se unirán por fin, tal y como siempre han querido que fuera. Nuestro matrimonio va a ser bueno para el negocio, para nuestros padres y también para nosotros. Esta vez sé muy bien lo que hago.

Esta vez iba a tener una familia de verdad y un lugar en su familia. Flynn la necesitaba, necesitaba la legitimidad que ella le proporcionaba. Era irónico, Flynn necesitaba la sangre Morrison que corría por sus venas con el fin de asentar definitivamente las bases para heredar la empresa; ella, por su parte, necesitaba a Flynn, el hijo adoptivo de Ashton, para recuperar el lugar que le correspondía en el seno de su propia familia.

Hacía demasiado calor para ir con esmoquin. ¿De quién había sido una idea tan estúpida? De su padre, por supuesto.

Zeke bajó al salón delantero de la casa, necesitaba una copa. ¿Qué pretendía su padre con esa cena?

No podía dejar de sospechar que el hecho de que Flynn le hubiera invitado a su boda no se debía solo a un repentino cariño filial, sino a algo más. Mejor limitarse a una copa, nada más. Si su padre quería que estuviera allí por algún motivo desconocido para él, necesitaba estar sobrio para descubrirlo.

Cuando llegó al salón, solo había una persona más allí. Thomas Morrison. El viejo tenía la costumbre de tomar un martini antes de la cena; no obstante, al sentir su mirada fija en él, tuvo la sensación de que el padre de Thea había estado esperándole.

–Vaya, has venido, Zeke –Thomas le ofreció el martini.

Zeke aceptó la copa.

–Parece decepcionado.

–Estoy seguro de no ser la única persona sorprendida de verte aquí.

–Espero que sea una sorpresa agradable –dijo Zeke.

Thomas bebió un sorbo de su martini y Zeke se vio obligado a imitarle. Se arrepintió de haberlo hecho, a Thomas le gustaba la bebida fuerte. Inmediatamente, dejó la copa encima de la barra de bar.

–Eso dependerá de si vas a volver a destrozarle el corazón a tu madre o no –contestó Thomas.

Zeke parpadeó.

–No creo que le destrozara el corazón –de hecho, al recibirle, se había comportado con él como si fuera un invitado más.

–No conoces a tu madre –Thomas sacudió la cabeza.

–Pero usted sí.

No era nada nuevo, las dos familias siempre habían estado muy unidas. Y tras la muerte de la esposa de Thomas… en fin, su madre no solo se había encargado de cuidar a las hijas de él.

–Somos viejos amigos, igual que tu padre y yo.

¿Era eso todo? Si era mentira, llevaban tanto tiempo mintiéndose a sí mismos que ahora parecía casi verdad.

–Y yo estuve con ellos, apoyándoles, cuando tú les abandonaste. No queremos volver a pasar otra vez por lo mismo.

Quizá ocho años habían hecho destrozos en la memoria de Thomas Morrison. A su padre no le había afectado para nada su partida; en realidad, debía haber sido lo que quería que ocurriera. ¿Por qué si no había elegido a Flynn como su mano derecha en MorrisonAshton? Aunque, en realidad, sabía por qué, a pesar de no comprenderlo. Había oído a su padre dar una retorcida explicación y justo por eso él se había marchado.

Sin embargo, no había dejado de preguntarse si el plan oculto de su padre no había sido precisamente obligarle a enfrentarse al mundo por sí solo y madurar. De ser así, el plan había dado resultados.

Pero no para su padre, sino para sí mismo.

–¿Quiere decir que debería quedarme? –preguntó Zeke, a pesar de no tener ninguna intención de hacerlo.

–Creo que, si piensas irte otra vez, será mejor que no despiertes las ilusiones de nadie mientras estás aquí.

La mirada del Thomas Morrison, clavada en la suya, le advirtió que no se estaba refiriendo ni a sus padres ni a su hermano, sino a Thea.

Justo en ese momento, Zeke oyó unos pasos y, al volverse, vio a Thea en el umbral de la puerta. Estaba preciosa, con un vestido azul sin tirantes, y el oscuro cabello recogido.

Thomas le dio una palmada en el hombro.

–Bienvenido, Zeke.

Pero la mirada que le lanzó a Thea le dejó muy claro las palabras que no había pronunciado: «Pero no te quedes aquí demasiado

tiempo».

La llegada de Helena, con unos zapatos plateados a juego con el vestido, alivió la tensa atmósfera. La joven, entre comentarios y risas, preparó más bebidas, y Thea volvió a respirar con normalidad…

Hasta que clavó la mirada en Zeke. Ese era el problema. Zeke, completamente relajado y distante, con un traje bajo el cual se adivinaba el cuerpo del hombre en el que el chico de ocho años atrás se había convertido. Y ella quería descubrir la diferencia, descubrir al hombre de ahora, aunque solo fuera una sola vez, antes de que volviera a marcharse.

«Para. No olvides que vas a casarte con su hermano».

Al cabo de unos minutos apareció Flynn con su madre y, de repente, todo resultó más fácil. Flynn y Helena tenían la habilidad de hacer que la gente se relajara con ellos, podían sonreír en situaciones adversas.

Flynn siempre había sido así, siempre pausado y tranquilo; al contrario que Zeke, brillante, enloquecedor y frustrante. Helena, por su parte, había tardado en adquirir esa cualidad.

En la infancia, había sido Thea la niña responsable, mientras que Helena había sido dada a las rabietas y también muy rebelde. Así había sido hasta el momento en que ella se había cansado de desempeñar ese papel y, en cierto modo, Helena lo había asumido. De no ser por el trabajo que desempeñaba en la empresa, no creía que su familia la hubiera querido con ellos. No parecían haberla necesitado; al menos, hasta que Flynn necesitó a una mujer con ciertos genes.

–¿Os parece que vayamos ya a cenar? –preguntó Isabella a los presentes–. Mi marido se reunirá con nosotros en breve. Tenía que solucionar un asunto de negocios.

¿Qué negocio podía ser más importante que ese? ¿No había sido idea de Ezekiel dar una cena en honor a su hijo?

Thea alzó la mirada y sorprendió a Zeke observándola, tenía una ceja alzada y expresión irónica. Se colocó a su lado camino al comedor.

–¿Ofendida por el retraso de mi padre? –preguntó él–. No te preocupes, la velada podría ser más agradable si decidiera no venir.

–Yo no… Bueno, no me parece bien, pero no tiene tanta importancia.

Zeke le ofreció el brazo, pero ella lo ignoró. No quería tocar a Zeke con ese traje.

–¿Por eso has puesto esa cara de indignación?

Thea se lo quedó mirando.

–¿Que yo he puesto cara de indignación?

–Sí. Tenías arrugado el ceño y la nariz, y la boca apretada.

–No es verdad.

Zeke se echó a reír y Helena, que iba delante de ellos, volvió la cabeza.

–Antes siempre ponías esa cara cuando alguien se metía conmigo. Es encantador, pero innecesario.

Thea lanzó un quedo bufido; después, trató de adoptar una expresión tan neutral como le fue posible, disimulando sus traicioneros pensamientos.

Solo eran seis alrededor de la mesa gigantesca, siete si Ezekiel se presentaba. Su padre presidía, Isabella a su lado y Flynn al lado de Isabella. Zeke y ella se sentaron entre su padre y Helena, con Zeke enfrente de Flynn.

Habían acabado el primer plato cuando llegó Ezekiel. Thea se mordió el labio. ¿Iba a seguir la etiqueta, que exigía hombre y mujer alternándose, y se iba a sentar al lado de Helena? No, se colocó junto a Flynn, apenas miró en dirección a Zeke, y empezó a hablar de negocios con su hijo mayor.

Thea lanzó una fugaz mirada a Zeke, que hacía como si no hubiera notado la presencia de su padre.

–¿Ha hablado ya contigo? ¿Te ha dado la bienvenida? –le preguntó Thea en voz baja, aunque sospechaba que no era así. Ezekiel había pasado prácticamente el día entero en su despacho.

Zeke le dedicó una ladeada sonrisa.

–Ya conoces a mi padre, el trabajo es lo primero para él.

¿Por qué estaba tan sorprendida? Ezekiel Ashton siempre había sido así.

–En ese caso, lo haré yo –Thea cambió de postura en su asiento–. Bueno, Zeke… ¿qué has estado haciendo estos últimos ocho años?

–¿Es que no lo sabes? –preguntó Zeke alzando las cejas–. ¿No diriges los departamentos de relaciones públicas y marketing de la empresa? Imaginaba que estabas enterada de lo que hacen tus competidores.

Thea se dio cuenta, demasiado tarde, de la trampa en la que había caído.

–En realidad, no te preguntaba por tu trabajo; respecto a eso, sé que creaste una empresa con el único propósito de hacerle la competencia a la empresa de la familia, y se supone que lo hiciste por despecho. Pero, seamos serios, comparada con Morrison-Ashton, This Minute es poca cosa.

Zeke agarró su copa.

–Entiendo lo que dices, pero This Minute nunca ha pretendido ser un conglomerado de medios de comunicación. Las empresas grandes operan con demasiada lentitud para mi gusto.

Eso tenía sentido. A Zeke nunca se le había dado bien asistir a

reuniones y esperar a que una junta directiva aprobara un proyecto que quería poner en marcha de inmediato. Pero según los últimos rumores en el mundo de los negocios, Zeke estaba perdiendo el interés por This Minute.

–Ha llegado a mis oídos que quieres vender.

–¿Sí? –Zeke miró en dirección a su padre y a su hermano, que estaban enzarzados en una conversación–. Eso explica muchas cosas.

–¿Como qué?

–Como que mi padre me invitara personalmente a la boda. Es obvio que quiere hablar de This Minute.

Ahora sabía por qué había vuelto Zeke y sabía que no tenía nada que ver con ella, ni con Flynn ni con la boda.

–¿Crees que tu padre quiere comprar tu empresa?

Tenía sentido, admitió Thea para sí. Sus canales de noticias de veinticuatro horas no podían competir en rapidez con Internet. Comprar This Minute resultaría más barato que crear una empresa parecida. Además, eso acercaría a Zeke a la familia…

–Sí, creo que tienes razón.

–Pronto lo descubriremos –dijo Zeke–. Es decir, si por fin decide hablar conmigo.

–¿Qué harías si quisiera comprar tu empresa? –preguntó Thea mientras una empleada retiraba los platos y volvía a llenar las copas–. ¿Continuarías con This Minute?

–No –respondió Zeke tajantemente. Después, sonrió–. La verdad es que me apetece volver a empezar.

–¿Montar una empresa nueva? ¿Por qué? ¿Tanto te cuesta conformarte con el éxito conseguido y disfrutarlo durante un tiempo?

–¿Como tu padre? –Zeke, con un movimiento de cabeza, indicó a Thomas, que reía por algo que le había dicho Isabella.

Thea sacudió la cabeza.

–A mi padre nunca se le han dado bien los negocios, eso lo sabes perfectamente. Él proporcionó el dinero, ocupó un lugar en la junta directiva…

–Y dejó el trabajo para mi padre –Zeke alzó una mano antes de que ella pudiera protestar–. Lo sé, lo sé, se necesitaban mutuamente.

–Y funcionó –observó Thea.

–Y ahora, Flynn y tú os vais a encargar de que pase a otra generación. Las dos familias juntas, un heredero en común.

Thea apartó la mirada.

–Me gustaría que dejaras de hablar así de mi boda.

–¿Por qué? Al fin y al cabo, es un asunto de negocios, ¿no?

–También se trata de mi futuro, del resto de mi vida y… de mis hijos –eso le hizo callar inesperadamente, y ella aprovechó el silencio para volver a la pregunta que él había evitado–. Todavía no me has

dicho por qué quieres montar otro negocio.

Zeke, con la copa en la mano, se recostó en el respaldo del asiento.

–Supongo que me gustan los desafíos. La posibilidad de crear algo y… hacerlo mío.

Parecía interesante y divertido. Pero también le pareció como si Zeke quisiera alcanzar algo más que éxito en los negocios, algo que quizá nunca lograra tocar por mucho que se esforzara.

–Quieres tener éxito, pero eso ya lo has conseguido –dijo ella–. Y quieres más. ¿Cuándo vas a parar? ¿Cuándo te vas a dar por satisfecho?

Zeke la miró, sus ojos oscuros habían adquirido una expresión muy seria.

–Lo sabré cuando lo consiga.

Pero Thea temía que no lo lograría nunca.

Capítulo 3

Ahora ya sabía qué pasaba. De repente, su presencia en Italia sí tenía sentido. Su padre quería comprar This Minute.

Y él no tenía intención de venderle la empresa.

Durante los postres, Zeke dejó la cuchara encima del mantel y miró fijamente a su padre. ¿Qué estrategia iba a adoptar? ¿Intentaría convencerle de que quería comprar la empresa por hacerle un favor o, milagrosamente, admitiría que su hijo menor había logrado algo realmente importante sin la ayuda de MorrisonAshton? Tendría que esperar para averiguarlo.

Después de la cena. Ese sería el momento en que su padre, por fin, reconocería su presencia. Probablemente le invitaría a acompañarle a su despacho. Pero, por primera vez, su padre quería algo que él poseía, no al contrario.

Solo eso compensaba las molestias que se había tomado para ir a Italia, a la boda de Flynn con Thea.

Zake se dio cuenta de que estaba sonriendo cuando Flynn, de repente, alzó el rostro y lo miró. Él agrandó la sonrisa y, devolviéndole la mirada a su hermano, arqueó las cejas. ¿Acababa su padre de contarle a su hijo preferido los planes que tenía respecto a This Minute? De ser así, ¿acaso Thea no le había comunicado a su prometido los rumores que habían llegado a sus oídos?

Flynn volvió el rostro y Zeke agarró la cuchara del postre otra vez.

–¿No se lo habías dicho a Flynn?

–¿El qué? –preguntó Thea con sorpresa.

–Lo de la venta de This Minute –respondió Zeke–. Me pregunto qué otras cosas le has escondido a tu prometido.

Thea alzó los ojos al techo.

–No le he dicho nada a Flynn porque no le afecta directamente y yo solo había oído rumores. Si tu padre decide comprar tu empresa, estoy segura de que se lo comunicará a Flynn cuando llegue el momento –Thea alzó el rostro y lo miró–. Además, no hablamos de ti.

–¿Nunca?

–Nunca.

–Así que… ¿nunca le hablaste a Flynn de lo nuestro?

Thea tenía los ojos fijos en el plato al contestar.

–No, ¿por qué iba a hacerlo? Eso forma parte del pasado y yo no

tenía motivos para pensar que volverías.

–¿Y ahora?

Thea alzó la cabeza y lo miró a los ojos.

–Ahora no hay nada que decir.

–Zeke.

La voz sonó más quebrada que de costumbre, pero no menos familiar. Volviendo el rostro, Zeke clavó los ojos en su padre, que se había levantado y le estaba esperando.

–Quiero hablar contigo en mi despacho. Después de ocho años, tenemos mucho que contarnos.

Ezekiel había elegido una habitación grande en la parte delantera de la villa para montar su despacho. Un enorme escritorio ocupaba el centro de la estancia y parecía completamente fuera de lugar.

Zeke, en vez de sentarse en una silla junto al escritorio, lo hizo en un sillón de cuero al lado de la chimenea.

–Siéntate –dijo su padre después de que él lo hubiera hecho–. ¿Whisky o coñac?

–Preferiría ir directamente al grano –respondió Zeke.

–Como quieras –Ezekiel, sin embargo, sí se sirvió un whisky antes. Después, se sentó en el sillón opuesto al de él y dejó la copa encima de una mesa de centro–. Al parecer, vendes tu negocio.

–Eso es lo que se rumorea –respondió Zeke recostándose en el respaldo del sillón.

–Tengo entendido que son más que rumores –comentó Ezekiel–. He oído que estabas negociando con Glasshouse.

Zeke se puso tenso. Nadie sabía eso, excepto Deb, el director ejecutivo de Glasshouse y su equipo, y él. Lo que significaba que alguien había hablado.

–Veo que es verdad –Ezekiel sacudió la cabeza–. Son nuestros mayores competidores, Zeke. ¿Por qué no acudiste a mí? ¿Es otra de tus maneras de llamar la atención?

«Zeke no dejará nunca de intentar ser mejor que su hermano». Aquellas palabras resonaron en su cabeza.

–Hace ocho años que no he necesitado tu atención, papá. Ahora tampoco la necesito.

–¿Estás seguro? –Ezekiel estiró el brazo para agarrar su whisky–. ¿Por qué entonces decidiste quedarte en el país y montar una empresa que competía directamente con el negocio familiar cuando podías haber ido a cualquier otra parte y haber hecho otra cosa?

–Porque conocía bien el mercado nacional y el negocio –contestó Zeke escuetamente.

–Mmmm.

Zeke esperó. «Ya es hora de que me hagas una oferta, viejo».

–Seguro que comprendes que me resulte inaceptable tener un hijo haciendo negocios con Glasshouse. Pero podemos arreglarlo. Ven a trabajar con nosotros. Te pagaremos lo que Glasshouse vaya a pagarte y, además, podrás seguir dirigiendo tu pequeña empresa bajo el paraguas de Morrison-Ashton. De hecho, podrás incluso dirigir nuestro departamento digital.

Era una generosa oferta. De hecho, Zeke sabía cómo modernizar Morrison-Ashton. Trabajaría al lado de Thea…

–No, gracias –respondió Zeke poniéndose en pie–. Te agradezco la oferta, pero voy a vender This Minute. Y después de vendérsela a Glasshouse, me dedicaré a otra cosa, algo nuevo y excitante.

Algo que no tuviera nada que ver con el negocio de la familia… ni con Thea.

–¿En serio?

Al mirar a su padre, Zake vio desilusión en sus ojos.

–¿Y si apelara a tu lealtad para con la familia?

Zeke lanzó una carcajada.

–¿Cómo ibas a hacer algo semejante cuando tú nunca has demostrado ninguna lealtad hacia mí? Todas las oportunidades se las diste a Flynn, a mí me querías fuera de casa, buscándomelas por mí mismo –Zeke se dirigió a la puerta y la abrió–. Muy bien, papá, lo conseguí. Encontré mi camino y no conduce a Morrison-Ashton.

–Vaya, qué día –dijo Flynn sentándose al lado de ella en el columpio.

–Sí, desde luego –Thea aceptó la taza de café que Flynn le ofrecía–. ¿Es…?

–Descafeinado –le aseguró su prometido–. ¿Crees que no conozco los gustos de mi futura esposa?

–Más que lo que me gusta se trata de no pasarme despierta toda la noche –le corrigió ella.

–Mmmm –Flynn se recostó en el cojín del respaldo del columpio y posó un brazo sobre los hombros de ella–. ¿Qué es lo que no te deja dormir?

Thea subió las piernas, sentándose sobre ellas, y dejó que Flynn columpiara suavemente el asiento.

Todavía no compartían habitación, no lo habían creído necesario. Pero Flynn iba a ser su compañero durante el resto de sus vidas, lo que significaba que debía, al menos, contarle parte de la verdad.

–Supongo que estoy nerviosa por la boda –admitió ella.

–¿Por casarte conmigo o por la boda en sí? –preguntó Flynn.

–Por lo último sobre todo –Thea apoyó la cabeza en el hombro de

Flynn y suspiró–. Estoy deseando que todo acabe, de que se vayan todos los invitados y de que podamos disfrutar aquí tranquilamente nuestra luna de miel.

–Te comprendo.

Thea sonrió por la sinceridad con que él había pronunciado esas dos palabras. Por eso era por lo que su matrimonio con Flynn iba a funcionar, porque se comprendían.

–Tú también estás cansado, ¿verdad? –Thea le dio una palmada en el muslo–. Bueno, al menos mi hermana no te ha pillado en ropa interior hoy por la mañana.

–¿Qué? ¿Zeke…?

–Sí. Según él, le habías enviado tú para avisarme de que la organizadora de la boda estaba esperando. No querías venir personalmente para no ver el vestido.

–Lo siento, sé lo importante que son esas cosas para ti. No quería disgustarte –respondió Flynn–. Pero eso no explica por qué Zeke estaba tan extraño al mediodía. ¿Te has fijado en las indirectas que me ha lanzado? Creo que siempre le has gustado un poco, desde niños.

Thea bajó la cabeza, apoyándola en el pecho de él, para disimular su reacción. Flynn no tenía ni idea de la relación entre Zeke y ella.

–No creo que fuera por eso –dijo Thea–. Supongo que se siente raro por estar aquí otra vez después de tanto tiempo. Debe sentirse muy extraño.

–Fue decisión suya –declaró Flynn con firmeza y dureza–. Podría haber vuelto en cualquier momento.

–Es posible.

Pero… ¿por qué había vuelto Zeke realmente? ¿Porque su padre se lo había pedido? No, seguro que no lo había hecho por satisfacer a Ezekiel, sino quizá para demostrarle que él ya no le necesitaba. ¿Para negarle lo que fuera que su padre quería de él?

No, el Zeke que había visto hoy no estaba resentido. Entonces, ¿por qué estaba allí?

Por supuesto, no creía ni por un momento la teoría de Helena. Si Zeke hubiera querido verla, no habría esperado ocho años para hacerlo.

Flynn cambió de postura, pero continuó moviendo el columpio.

–Vamos a dejar el tema, hablar de mi hermano no va a hacer que te relajes. Charlemos sobre cosas más agradables.

–¿Como qué?

–Como nuestra luna de miel, por ejemplo –contestó Flynn con decisión; pero, al momento, se quedó muy quieto y el columpio dejó de moverse–. He querido decir… no me refería a…

Thea sonrió.

–Sé lo que has querido decir.

–Estaba pensando en los viajes que puede que hagamos… en fin, en esa clase de cosas –explicó Flynn innecesariamente–. Creo que hay unos viñedos magníficos en la región. No quiero que pienses que espero… bueno, nada. Conozco muy bien los términos de nuestro acuerdo.

Thea se incorporó para verle la cara. Su acuerdo, su contrato, redactado y firmado en una notaría meses atrás, antes de empezar a organizar la boda. Los dos sabían lo que querían de ese matrimonio: facilitar el negocio, compañía y fidelidad. El documento hablaba de posibles herederos y, por lo tanto, de una relación sexual a negociar en un plazo de tres años. Esto último había sido decisión de ella: el matrimonio era una cosa; los hijos, otra. Necesitaba saber antes qué clase de esposa iba a ser.

Pero ahora se preguntó si no habría sido un error.

–Quizá debiéramos… Si quieres, podríamos revisar ese aspecto del contrato.

Flynn, de repente, se puso tenso. Después, comenzó a mover el columpio con más rapidez que antes.

–¿Has cambiado de parecer?

–Bueno, es solo que… que quiero que nuestro matrimonio sea sólido. Quiero que seamos compañeros y todo lo demás que hemos acordado; pero, sobre todo, quiero que estemos juntos. No quiero una pasión abocada al fracaso, ni ira ni celos. Quiero una verdadera amistad y respeto, y sé que tú sí me puedes dar eso.

–¿Y los hijos? –preguntó Flynn.

Thea recordó lo importante que eso era para Flynn, lo mucho que necesitaba formar una familia, y sospechaba que no era solo por lograr un heredero para el negocio.

–A su debido tiempo, sí, creo que sí –respondió ella–. Pero me gustaría que no nos precipitáramos, que dispusiéramos de tiempo para conocernos mejor… como marido y mujer.

¿Se había explicado? ¿Le habría entendido Flynn?

–¿Quieres que nos acostemos juntos? –preguntó él–. Siento ser tan directo, pero creo que debemos hablar claro.

Otro de los motivos por los que Flynn sería un buen marido. Era muy directo y muy claro, al contrario que Zeke.

–Sí, tienes razón. Y sí, eso es lo que quiero.

–De acuerdo.

–¿En serio no te importa? –preguntó ella.

Flynn le dedicó una sonrisa.

–Thea, eres una mujer muy hermosa y me enorgullezco de que vayas a ser mi esposa. Por supuesto estoy de acuerdo con eso.

–No lo has dicho con mucho entusiasmo.

–Te equivocas, estoy encantado –Flynn la estrechó contra sí y la

besó en la cabeza–. Quién sabe, puede que acabemos queriéndonos como algo más que amigos.

–Sí, quién sabe –repitió Thea.

Pero… ¿cómo iba a decirle a su futuro marido que lo que menos deseaba que les ocurriera era que se enamoraran? El sexo, el matrimonio, los niños… todo eso estaba muy bien. Pero nada de amor.

Ya lo había probado y estaba demostrado que su amor no servía para nada.

Zeke fue a salir a la terraza a tomar un poco de aire fresco y también con el fin de alejarse del ambiente familiar, pero descubrió que la terraza estaba ocupada.

Se quedó en el umbral de la puerta, observando a la pareja en el columpio.

Parecían una pareja de verdad y eso le dolió.

Aunque no debería. Hacía años que había superado el dolor del rechazo de ella y no le habían faltado mujeres deseosas de consolarle. Thea había tomado una decisión ocho años atrás y él la había respetado: no la había llamado ni la había visitado; no le había dado la oportunidad de que cambiara de opinión porque no había querido que lo hiciera.

Thea había elegido la familia y él se había elegido a sí mismo. El amor había dado paso a la ira, al rechazo e incluso al odio. Pero incluso el odio se evaporaba con el tiempo, ¿no? Ya no la odiaba. Realmente, no sabía lo que sentía por ella. Por supuesto, no era amor. Quizá… ¿pesar? La idea de que todo podría haber sido diferente.

Pero, por algún motivo, todavía sentía un lazo de unión, aunque sumamente tenue, con la mujer del columpio. Pero, al final de aquella semana, incluso esa vaga impresión habría desaparecido. Sí, así sería en el momento en que ella se uniera a otro.

Comenzaría una nueva vida al marcharse de aquel lugar. Sin embargo, de repente, deseó saborear los últimos momentos que aún le ataban al pasado.

Zeke salió a la terraza. Su hermano fue el primero en verle.

–Zeke… –dijo Flynn con voz débil.

Thea, al momento, apartó la cabeza del hombro de Flynn. Después, se arrimó a Flynn para dejar sitio en el columpio para él.

–¿Qué tal la charla con tu padre? –preguntó ella.

–Justo lo que había supuesto que sería –Zeke echó un vistazo al pequeño espacio libre en el columpio y se sentó en la mesa baja delante del asiento.

–¿Y qué era lo que habías supuesto? –preguntó Flynn con cierta

impaciencia–. No sé de lo que papá quería hablar contigo, aunque supongo que de negocios.

–¿No se lo has dicho? –le preguntó a Thea, arqueando las cejas.

–Estábamos hablando de cosas más importantes –respondió ella, haciendo sonreír a Flynn, que le besó suavemente la frente.

Zeke apretó la mandíbula. No quería saber qué eran esas cosas más importantes.

–Tu padre quería comprar mi negocio –le dijo a Flynn.

–También es tu padre –observó su hermano.

Zeke se echó a reír.

–Después de esta noche, puede que no.

–Entonces… ¿le has dicho que no? –aventuró Thea–. ¿Por qué? ¿Por vengarte de él? Tú mismo has reconocido que quieres vender tu negocio.

–Quería que volviera a trabajar en Morrison-Ashton.

–Y eso, por supuesto, sería lo más horroroso del mundo –comentó ella sarcásticamente–. ¿Tan en contra suya estás?

Zeke echó la cabeza hacia atrás y miró a las estrellas.

–No –respondió él honestamente–. No, ya no estoy enfadado con mi padre, Thea. No estoy tratando de vengarme de él ni de hacerle daño ni nada de eso. Lo único que quiero es rehacer mi vida: romper ataduras y comenzar de nuevo.

–Así que no vamos a volver a verte después de la boda, ¿es eso? –dijo Flynn, y Zeke se dio cuenta de que, hasta ese momento, se había olvidado de su hermano.

Había hablado con Thea como siempre había hablado con ella, con más honestidad que con nadie. Una mala costumbre.

–Quizá vosotros dos os merezcáis que os haga una visita –bromeó Zeke con una sonrisa forzada–. Además, tendré que venir de vez en cuando a ver a mis sobrinos, ¿no?

La expresión de Flynn se suavizó al tiempo que lanzaba a su prometida una significativa mirada. Thea, por su parte, bajó los ojos, pero a él le pareció ver una débil sonrisa en su rostro.

Se sintió como si le hubieran golpeado el pecho. De eso era de lo que habían estado hablando al referirse a «cosas más importantes». Hasta ese momento, había estado convencido de que el matrimonio de Thea con su hermano era un apaño, de que no había nada entre los dos.

–Bueno, sabes que siempre serás bien recibido en nuestra casa –dijo Flynn.

Su hermano había hablado con excesiva formalidad. Por su parte, Zeke sabía que jamás les iría a visitar. Quizá ya no amara a Thea, pero algo le dolía en lo más profundo de su ser.

–Bueno, creo que voy a acostarme –dijo Thea bajando las piernas

del columpio–. Mañana me espera otro día de mucho ajetreo.

Flynn sonrió mientras ella se ponía en pie.

–¿Te voy a ver por la mañana?

Thea asintió; entonces, tras una rápida mirada a Zeke, se agachó y besó a Flynn en los labios.

Zeke recibió el mensaje. Thea había elegido, una vez más.

Bien, estaba en su derecho. Pero Zeke sabía que esa punzada de pesar no se le pasaría nunca si no se aseguraba de que Thea estaba segura de su elección. Si él quería sentirse libre, tenía que cortar con ella para siempre y por completo, tenía que asegurarse de que Thea sabía lo que se hacía.

Zeke también se levantó.

–Te acompaño hasta tu habitación.

Capítulo 4

Eso era exactamente lo que Thea no quería. Y lo más probable era que Zeke lo estuviera haciendo justo por eso.

Le había parecido muy extraño estar sentada con los dos hermanos hablando de su futuro como si Zeke pudiera llegar a formar parte de él asumiendo un papel que jamás le habría adjudicado. Le resultaba difícil verse a sí misma como esposa de Flynn y madre de sus hijos, mucho más verse como cuñada de Zeke. Todo le había resultado más fácil antes de que Zeke volviera a aparecer en su vida. Había creído que no volvería a verle nunca. Había superado el sufrimiento de años atrás.

La villa estaba a oscuras, sus pisadas resonaban por los pasillos. Era una casa lujosa, pero le resultaba intimidante y opresiva.

Había supuesto que Zeke continuaría hablando, que se burlaría de ella o le lanzaría indirectas, su silencio la sorprendió. Le sentía a su lado, sentía el calor de su cuerpo. Si estiraba un dedo, le tocaría la mano…

Pero no iba a hacerlo.

Mientras subían las escaleras, repasó mentalmente las preguntas que quería hacerle:

«¿Por qué has venido?».

«¿Por qué no me llamaste?».

«¿Vas a quedarte aquí?».

«¿Qué quieres de mí?».

Pero quizá él tampoco supiera las respuestas a esas preguntas. Quizá fuera por eso por lo que Zeke, constantemente, parecía a punto de hacer preguntas de las que no sabía si quería conocer las respuestas.

–Mi habitación está por ahí –susurró ella al llegar al descansillo–. La tuya está por ese otro lado, ¿no?

Zeke asintió, pero no hizo ademán de dirigirse a su dormitorio. Después de un momento, ella comenzó a caminar hacia la puerta de su cuarto, consciente de que Zeke la seguía.

Con la mano en el pomo, volvió a detenerse.

–¿Qué quieres, Zeke? –preguntó ella sin volver la cabeza.

Sintió en la nuca el aliento del suspiro de Zake.

–Quiero estar seguro.

–¿Seguro de qué?

–Antes de marcharme, quiero estar seguro de que… eres feliz, de que esto es lo que realmente deseas.

–No vas a volver nunca, ¿verdad?

Lo sabía. Zeke había ido para despedirse.

–No.

Thea se dio la vuelta y, de repente, se encontró atrapada entre la puerta y el cuerpo de Zeke. Él tenía un brazo en la puerta, por encima de su cabeza, el otro brazo caído y la mano cerrada en un puño.

–¿Por qué? –un susurro más que una pregunta.

–Tengo que… que seguir con mi vida. Lejos de mi familia y lejos de ti. Para siempre.

–¿Ocho años de odiarnos no te ha parecido suficiente?

–Yo no…

Zeke se contuvo para no mentir, lo que ella agradeció, a pesar de que lo que eso significaba se le clavó como un cuchillo en el corazón. Sabía que la había odiado, no debía sorprenderlo.

–Ya no se trata de eso –contestó Zeke, tras lo que lanzó una queda carcajada–. He pasado demasiado tiempo así, odiando a mi padre mientras trataba de demostrarle de lo que yo era capaz sin su ayuda. He pasado demasiado tiempo llevando una vida condicionada por el pasado y sin darme cuenta de ello. Ha llegado el momento de poner punto final a eso, el momento de empezar una nueva vida, la mía.

«Sin nosotros», pensó Thea.

–Lo que necesito saber ahora es… si eres feliz, si esto es lo que quieres, o si solo estás cumpliendo con lo que se supone que es tu obligación.

Zeke la miró fijamente a los ojos mientras le hacía esas preguntas, y ella sabía que no podía apartar la mirada de esos ojos oscuros aunque quisiera.

¿Era eso lo que quería? Pensó en Flynn, en lo fácil que era todo con él en comparación con las desastrosas relaciones que había tenido en el pasado. Pensó en todo lo que podría tener con él. No, no se iba a casar solo por complacer a su padre y a Helena, sino por ella misma. Quería seguridad y saber cuál era su lugar en el mundo.

Thea parpadeó y dijo:

–Sí, esto es lo que quiero.

Se miraron durante lo que pareció una eternidad. Por fin, Zeke parpadeó y ella apartó los ojos.

–Está bien –dijo Zeke por fin en un susurro.

Cuando ella alzó el rostro, él bajó los labios y la besó, con suavidad y dulzura. Después, se apartó de ella.

–Espero que esta vez no me hayas mentido, Thea –dijo Zeke antes de darse la vuelta y dirigirse a su habitación.

–Y yo –murmuró Thea.

Mientras se aflojaba la corbata, Zeke se dejó caer en la cama y se sacó el móvil del bolsillo. Le había prometido a Deb llamarla al llegar, pero entre Thea en ropa interior y su padre se había despistado.

Se miró el reloj. En Londres era más temprano, aún estaría despierta.

–¿Y bien? –preguntó Deb de inmediato–. ¿Qué tal todo?

–Mi padre quiere comprar This Minute.

–¿Sabía que estamos en tratos con Glasshouse para vendérselo? –preguntó Deb, pero no había duda en su tono de voz.

Lo que despertó las sospechas de Zeke.

–Sí, lo sabía. ¿Tienes idea de cómo ha podido enterarse?

–No, en absoluto –respondió ella–. Pero parece muy conveniente, ¿no crees?

–No.

¿Había filtrado ella la información? Debería estar enfadado, pero confiaba en Deb. Deb siempre tenía una explicación lógica respecto a su comportamiento y él sentía curiosidad por averiguar cuál era en esta ocasión.

–Pues a mí sí me lo parece –dijo Deb–. Para empezar, si hay dos empresas interesadas en la compra, el precio subirá. Además, esto te dará la oportunidad de decidir qué es lo que realmente quieres hacer.

–¿Aparte de salir de aquí cuanto antes?

–Esa es una de las opciones que tienes –contestó Deb–. La otra es volver a incorporarte a la familia.

Zeke pensó en la expresión de su padre aquella tarde después de que él rechazara su oferta. Le había encantado.

–Creo que, después de lo que le he dicho a mi padre esta noche, esa última posibilidad ya no existe.

–Eso tampoco está mal –comentó Deb filosóficamente–. Al menos, esta vez has sido tú quien ha elegido.

A veces, Zeke se arrepentía de las sesiones nocturnas de alcohol con su socia. Se iba de la lengua y, consecuentemente, ella le conocía demasiado bien.

–En fin, ya no tiene remedio. Ahora solo me queda aguantar hasta después de la boda; después, de vuelta a mi vida.

–Ah, sí, la boda.

–¿Qué quieres decir?

–¿Qué tal Thea?

La imagen de Thea con el vestido de novia caído hasta la cintura le inundó. Pero Deb no necesitaba saber nada de eso.

–Bien.

–¿Crees que, en serio, quiere casarse con tu hermano?

–Sí, eso creo –de lo que no estaba seguro era de los motivos que la empujaban a ello.

–En ese caso, ¿es necesario que sigas allí hasta la boda?

–Soy el padrino, Deb.

–Zeke… –la voz de Deb se había tornado seria, por lo que sabía que había dejado de bromear.

–Todo está bien, no te preocupes. Solo un par de días más y ya está.

–No tienes por qué someterte a eso, Zeke. Si ya estás seguro de que el padre de Thea no la está obligando a casarse con tu hermano…

–De eso sí que estoy bastante seguro, de que su padre está detrás de todo esto.

–Pero… ¿no has dicho que…?

–Que su padre ande detrás de todo no significa que Thea no quiera casarse con Flynn –Zeke suspiró. Explicar las peculiaridades de las familias Morrison y Ashton no era nada fácil–. Mira, Deb, tengo que quedarme. Es la única forma de que pueda… No sé.

–¿Cerrar un capítulo de tu vida definitivamente? –sugirió Deb, consciente de lo que le pasaba mejor que él–. De acuerdo. Pero si necesitas que me invente algo para sacarte de allí en plan urgente…

–Sé dónde encontrarte. Gracias, Deb.

–De nada. Solo una cosa más: no te castigues a ti mismo, ¿de acuerdo?

–¿Que no me castigue? ¿Por qué iba a castigarme?

–Por haberte marchado hace ocho años.

Deb cortó la comunicación, dejándole con el teléfono en la mano. Al parecer, no necesitaba despedirse. Dejó el teléfono encima de la mesilla de noche y volvió a dejarse caer en la cama.

Por una vez, Deb no sabía lo que decía. Él no se arrepentía de nada.

Y esperaba que Thea también lo supiera.

Thea no había dormido en toda la noche.

Por la mañana, se maquilló los ojos para disimular las ojeras, aunque sabía que, a pesar de ello, Helena se lo notaría. Tendría que poner la excusa de los nervios antes de la boda, lo que haría que su hermana volviera a decirle: «No es demasiado tarde para echarte atrás». En cualquier caso, era mejor que confesarle la verdad.

La verdad respecto al pasado. En el presente, Thea no sabía qué había realmente entre Zeke y ella.

Helena le había preparado el atuendo que debía llevar el día antes de la boda y Thea se puso el vestido de lino sin pensarlo siquiera. Una de las ventajas de tener una hermana menor que sabía mucho de ropa era no tener que preocuparse de si había elegido bien o mal el modelo para la ocasión. Aquella semana, más que nunca, necesitaba tener

confianza en sí misma y saber que su aspecto era bueno.

Se alegró de ello más aún cuando, al llegar al pie de las escaleras, Ezekiel Ashton salió a su encuentro.

–¡Thea! Excelente. Tengo que hablar contigo un momento, si no te importa.

Tanto si le importaba como si no, Ezekiel la hizo entrar en su despacho, lejos de los exquisitos olores del café y los pasteles.

Ezekiel se sentó detrás de su mesa de despacho y ella en la silla opuesta.

–Verás, Thea, sé perfectamente que, dado que te casas mañana, el trabajo no es una de tus prioridades hoy. Sin embargo, con esta boda se nos ha presentado una oportunidad única, una oportunidad que no podemos desaprovechar.

Ezekiel le lanzó una significativa mirada y a ella se le encogió el corazón. Sí, se trataba del negocio, pero también era un asunto personal. Se trataba de Zeke, estaba segura de ello.

–¿Qué es lo que quieres que haga? –Thea cruzó las piernas y miró fijamente a su futuro suegro. En lo que a Zeke se refería, no podía prometer nada. Había acabado con él ocho años atrás. Sin embargo, ¿cómo iba a decirle eso a Ezekiel sin explicarle todo lo referente a su relación con Zeke?

Ezekiel, mirándola, se recostó en el respaldo de su asiento.

–Zeke siempre te ha tenido… aprecio.

Ezekiel se quedó a la espera de una confirmación y ella se vio obligada a asentir.

–Hace años éramos amigos.

–Y yo espero que puedas hacer uso de esa antigua amistad.

Directo y sin adornos. Así era Ezekiel.

–Hacía ocho años que no sabíamos nada el uno del otro –observó Thea–. Y cuando nos despedimos, no lo hicimos amistosamente.

Ezekiel arqueó las cejas, un leve gesto que insinuó disimulada sorpresa.

–De todos modos, después de tanto tiempo, estoy seguro de que los dos podéis olvidar y perdonar.

¿Perdonar? Thea creía haber perdonado años atrás, hasta que Zeke volvió a aparecer y le recordó los motivos que tenía para estar furiosa con él. Casi tanto como Zeke tenía para despreciarla.

¿Olvidar? Nunca.

Thea respiró hondo. Mejor concentrarse en la conversación.

–Estamos hablando de This Minute, ¿verdad?

Ezekiel asintió.

–No estoy seguro de que comprendas lo importante que es para Morrison-Ashton absorber la pequeña empresa de Zeke.

–Yo no la llamaría pequeña empresa –dijo Thea. Los beneficios

anuales de This Minute eran astronómicos, mucho más altos que la rama digital de noticias de Morrison-Ashton–. Y también creo que este asunto es más importante para ti que para la empresa.

–Es verdad.

La mirada de Ezekiel conllevaba cierta admiración. Perfecto. En los cinco años que llevaba trabajando en Morrison-Ashton, Ezekiel jamás le había dado indicación de que apreciaba su trabajo ni de que creía que era valiosa para la empresa. Era hora de que se diera cuenta de que su aportación no se limitaba a su apellido y a algo de dinero. Al fin y al cabo, ella no era su padre.

–Por eso es por lo que necesito convencerle de que nos venda a nosotros This Minute –concluyó Ezekiel.

«¿Por qué ha tenido que elegir este día precisamente para mostrar confianza en mis habilidades de repente?».

–Creía que Zeke ya había rechazado tu oferta –y seguiría haciéndolo. Aunque no le hubiera visto en ocho años, conocía a Zeke. Zeke jamás le daría a su padre lo que quería sin luchar.

–Claro que la ha rechazado –dijo Ezekiel con impaciencia–. Si la hubiera aceptado no te necesitaría, ¿no? Como de costumbre, a Zeke le ha podido el orgullo. Sabe perfectamente que lo mejor para This Minute es que la empresa forme parte de Morrison-Ashton, y también sabe que lo mejor para él es volver a ocupar el puesto que le corresponde aquí.

«El puesto que tú te negaste a darle hace ocho años».

–Parece decidido a emprender algo nuevo.

–Sí. Y a vender This Minute a Glasshouse.

–¿A Glasshouse?

Eso sería desastroso para Morrison-Ashton. This Minute daría una ventaja enorme a su principal rival en el campo digital.

–Exactamente –dijo Ezekiel–. Tenemos que obligar a Zeke a que nos venda su empresa a nosotros. ¿Harás lo que te he pedido?

¿Podía hacerlo? ¿La escucharía Zeke? ¿Podía volver a elegir la familia y el negocio por encima de Zeke una vez más, consciente del daño que iba a causarle?

Solo había una forma de averiguarlo.

–Sí, lo haré.

***

Había mucha actividad en la villa. Cuando bajó a desayunar, las escaleras y la barandilla estaban adornadas con flores, los suelos estaban encerados y en el vestíbulo había árboles en maceteros adornados con lazos.

Y había gente por todas partes. Los invitados habían empezado a

llegar pronto por la mañana, procedentes de todos los rincones del mundo.

Sentado a una mesa de hierro forjado en un rincón del enorme vestíbulo de la entrada principal y con un café en la mano, Zeke miraba la puerta de la entrada, abierta. Al parecer, no todo el mundo iba a hospedarse en el hotel, ya que varias parejas y familias se habían acomodado en algunas habitaciones de la villa. Suponía que se trataría de parientes. Reconoció a algunos y se fijó en las miradas que le lanzaban. Algunos parecían querer asegurarse de que se trataba de él; cuando estaban seguros, arqueaban las cejas. Otros susurraban entre ellos.

Zeke pensó en agarrar una servilleta y escribir en ella: «Sí, soy yo, Zeke Ashton, la oveja negra de la familia, el desheredado, el que destrozó el corazón de su madre y que ahora ha venido a ser el padrino en la boda de su hermano. Y no, no voy a venderle mi empresa a mi padre. Terrible, ¿verdad?».

El motivo por el que no escribió en la servilleta fue porque nadie se acercaría lo suficientemente a él como para poder leerlo. Por lo tanto, se limitó a sonreír educadamente y se negó rotundamente a levantarse de su mesa. ¿Que la gente se lo quedaba mirando? Pues que lo mirasen.

Con el tiempo, más gente pasó para dejar regalos y con la esperanza de poder ver a la novia. Zeke les deseó suerte, él tampoco la había visto… desde que se despidiera de ella la noche anterior.

Había sido un error. Recordó el olor de Thea, su proximidad en la oscuridad…

Como tampoco podía dejar de recordar la última noche que pasaron juntos antes de que él se marchara de allí ocho años atrás. La fiesta, la forma como ella le había sonreído. El beso que Thea le había dado después de asegurarle que no tenía importancia que Flynn hubiera ocupado el lugar que le correspondía a él en la empresa. Thea también le había apoyado tras su decisión de encararse con su padre y decirle lo que realmente pensaba de él.

Apenas conteniendo la ira, se había dirigido al despacho de su padre, donde con sorpresa oyó algo que no había esperado oír jamás.

Sobre todo recordaba el momento en que se había dado cuenta de que tenía que marcharse… esa misma noche. Había escalado hasta la ventana de Thea para pedirle que se fuera con él; y ella, con lágrimas en los ojos, le había contestado que no podía.

Habían transcurrido ocho años y seguía recordando todo aquello.

Y seguía doliéndole.

Oyó un taconeo en el otro extremo del vestíbulo y levantó el rostro, aunque sabía quién era.

Thea parecía cansada, pensó Zeke. ¿Tenía él la culpa? ¿Había

pasado la noche despierta, como él, pensando en su fallida relación?

Zeke levantó una mano para llamar la atención de una de las empleadas y, con un gesto, le indicó que llevara a la mesa otra taza de café. Después, esperó a que Thea se acercara a su mesa y se sentara.

Thea tardó un rato porque otro grupo de personas acababa de llegar con regalos y ella se vio obligada a asumir su papel de anfitriona. Mientras la observaba sonreír y dar las gracias, pensó que se parecía muy poco a la chica del pasado. La Thea de entonces odiaba esas situaciones, las falsas sonrisas, fingir estar encantada con el tercer juego de copas que había recibido en la última media hora.

Entonces apareció Isabella, sus sonrisas y ademanes más exagerados que los de Thea. Cuando su madre tomó las riendas de la situación, Thea se apartó de los invitados con el ceño fruncido, como si de repente se sintiera fuera de lugar. Tras un momento de titubeo, se acercó a su mesa, al café.

–Buenos días, Zeke –Thea sonrió mientras la empleada le llenaba la taza–. ¿Has dormido bien?

–Como un tronco –mintió él–. ¿Y tú?

–Bien, gracias.

–¿Has tenido que madrugar a causa de este asunto de la boda? –preguntó él indicando con un gesto otro grupo de recién llegados.

–La verdad es que estado trabajando un poco –Thea alzó su taza y sopló ligeramente–. Voy a pasar casi un mes fuera de viaje de luna de miel, quiero dejarlo todo arreglado antes de irme.

–¿No tienes cosas más importantes que hacer hoy, cosas relativas a la boda? –preguntó Zeke, viéndola confusa.

–La verdad es que quienes se han encargado de todo lo referente a la boda han sido Helena y Flynn; y, por supuesto, la organizadora.

–En ese caso, ¿qué es lo que vas a hacer hoy? –preguntó Zeke.

–La verdad es que todavía me queda por hacer una cosa relativa a la boda –confesó Thea–. Y no me vendría mal tu ayuda.

Zeke levantó las cejas.

–¿Sí?

Thea asintió.

–Tengo que comprarle a Flynn el regalo de boda. Podrías ayudarme con eso.

Zeke no había visto a su hermano en ocho años, no conocía sus gustos. Pero si esa era la excusa de Thea para hablar con él, le seguiría la corriente. Podría ser incluso divertido.

–Está bien –Zeke apuró el café–. Voy por el coche mientras tú agarras lo que necesites. Lo traeré a la puerta.

Pero Thea sacudió la cabeza.

–No, yo conduciré.

Capítulo 5

Cuanto más lo pensaba más convencida estaba de lo buena que era la idea. Durante las compras, aprovecharía para sonsacar a Zeke respecto a lo que pensaba hacer con This Minute; después, se lanzaría a la difícil tarea de convencerle de que vendiera la empresa a Morrison-Ashton. Y, al mismo tiempo, iba a comprar el regalo perfecto para su futuro esposo, con lo que podría demostrar a Zake lo contenta que estaba de casarse con Flynn.

Además, así saldría de la villa y conduciría. Lo que era casi suficiente para aplacar el sentimiento de culpa por la misión que iba a emprender.

–Ahora ya no me sorprende –comentó Zeke cuando ella detuvo el pequeño deportivo rojo delante de la puerta.

–Me gusta conducir –Thea se encogió de hombros sin soltar el volante mientras Zeke se subía al coche–. Me lo regaló Flynn cuando anunciamos nuestro noviazgo.

–Como es natural –comentó Zeke mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

Le veía relajado en apariencia, pero Thea sabía que Zeke estaría agarrándose al asiento con la otra mano. Zeke se había quejado constantemente de su manera de conducir en los once meses que transcurrieron entre que ella se sacara el carné y él se marchara de casa.

–Bueno, ¿adónde vamos?

–Hay una pequeña ciudad a unos veinte minutos de aquí más o menos –Thea puso en marcha el coche y se dirigió hacia la carretera–. Tiene unas bonitas tiendas y hay una *trattoria* estupenda donde podríamos almorzar.

–Buena idea. Y otra cosa, es un honor para mí que hayas decidido pasar tu último día de soltera conmigo. Lo digo en serio.

Thea ignoró el comentario, conformándose con disfrutar conduciendo ese coche.

Zeke toqueteó el equipo de música mientras Thea salía a la carretera principal y pronto se encontraron recorriendo las suaves colinas de La Toscana a ritmo de rock, gracias a Zeke.

–Ese CD no es mío –declaró Thea, aunque le daba igual.

Zeke le enseñó su móvil, ahora conectado al equipo de música del

coche por medio de un cable que ella ni sabía que existía.

–Ya me conoces, nunca viajo sin la música que me gusta.

El sol brillaba mientras recorrían la serpenteante carretera dejando atrás granjas, otras villas y algún viñedo que otro. Dispondría de dos semanas para explorar aquella zona con Flynn, pensó ella. Dos semanas para acostumbrarse a ser la esposa de Flynn, para conocerlo como marido, antes de regresar a Londres a vivir juntos como marido y mujer. Sería perfecto.

El calor en los hombros le relajó los músculos y se dio cuenta de que Zeke guardaba silencio, sin protestar por la velocidad a la que conducía. Quizá también él estuviera recordando el primer viaje que hicieron juntos y lo que había pasado después, cuando encontraron un establo abandonado donde él estiró su chaqueta sobre la paja y ella se tumbó encima, y entonces Zeke la besó…

Thea echó un vistazo al cuentakilómetros y aflojó el pie del acelerador.

Mejor pensar en cosas más relajantes, como en Flynn y en su luna de miel.

En la ciudad, Thea aparcó el coche en el mismo aparcamiento en que lo había hecho en su última visita a la pequeña ciudad, justo detrás de la plaza principal. Agarró el bolso, salió del coche y esperó a que Zeke se bajara para cerrar.

–Bueno, ¿adónde vamos primero? –preguntó él.

Thea miró a un lado y a otro de la calle y se dio cuenta de que no tenía ni idea. ¿Qué podía comprarle a Flynn como regalo de boda? Flynn tenía de todo.

De repente, vio el escaparate de un conocido joyero y relojero. Seguro que ahí encontraría algo.

–Sígueme –dijo ella poniéndose en marcha con paso decidido, abriéndose paso entre la gente de la plaza.–. Veamos qué tienen en esa tienda que sea perfecto para Flynn.

La respuesta era no mucho, pensó Zeke.

Mientras Thea examinaba montones de relojes y gemelos caros, él echó un vistazo al resto. A Flynn no le gustaban los gemelos, según recordaba. Pero quizá había cambiado de gustos.

Él la miró y Thea le enseñó un reloj de oro muy grande.

–¿Qué te parece?

–Flynn ya tiene un reloj de pulsera –observó él.

–Sí, pero puede que quiera uno nuevo. Y, además, el que tiene no se lo ha regalado su esposa.

–Su futura esposa. Y dudo que quiera uno nuevo, el que lleva es el del abuelo –lo había notado la tarde anterior, antes de la cena, y

todavía se acordaba del día en que su padre se lo había regalado.

–Ah –Thea le devolvió el reloj al dependiente–. Quizá sean mejor unos gemelos.

Con un suspiro, Zeke volvió la atención a las otras vitrinas, las que tenían piedras preciosas y metales. Quizá debiera hacerle un regalo a su madre, algo que brillara mucho para compensarle por el sufrimiento que según Thomas le había causado al marcharse. Aunque, por supuesto, él no tenía evidencia de tal sufrimiento.

Quizá su madre estaba tan ocupada con la boda que no había tenido tiempo para echarle de menos. No sería la primera vez que sus hijos quedaban relegados a un segundo plano.

Un collar le llamó la atención, era de oro con un zafiro. El zafiro era del mismo color que el vestido de Thea la noche anterior. Se imaginó a sí mismo abrochándoselo…

Eso era lo peor, que no sabía qué decirle a Thea, no sabía lo que quería que ella comprendiera. Y no se trataba de que hubiera ido allí para decirle que no se casara con Flynn y que, en vez de eso, se fuera con él… como debería haber hecho ocho años atrás.

No, lo que sentía por Thea era mucho más complicado. Y si hubiera una joya que pudiera expresarlo sin necesidad de que él dijera nada, la compraría inmediatamente, por mucho que le costara. Pero no la había.

Con un suspiro, Zeke apartó los ojos de la vitrina y se encontró con una bandeja tras otra de brillantes.

Eran anillos de compromiso.

Pero Thea ya tenía uno.

–Creo que voy a tener que pensármelo –le dijo Thea al dependiente en tono de disculpa.

–¿Nos vamos ya? –preguntó Zeke volviéndose a ella.

–De momento –respondió Thea.

Zeke salió detrás de ella de la tienda.

–Así que no has encontrado nada, ¿eh?

–No. A Flynn no le gustan los gemelos, ¿verdad?

–No, me parece que no –contestó él–. Bueno, ¿y ahora qué?

–Hay una tienda de cosas de cuero por aquí cerca –Thea señaló unos soportales de piedra con oscuras tiendas, pero probablemente extraordinariamente caras–. ¿Crees que a Flynn le vendría bien una cartera de cuero nueva?

–Creo que a Flynn le encantará cualquier cosa que tú le regales, solo por el hecho de ser regalo tuyo.

Thea lo miró como si, de repente, creyera que se había vuelto loco.

–¿Lo dices en serio?

–Bueno… lo que he querido decir es que fingirá que le encanta, sea lo que sea lo que le regales, porque es lo que se hace en estos casos. Es

lo correcto.

–Y Flynn siempre hace lo correcto –Thea suspiró y se dirigió a la tienda de artículos de cuero–. ¿Te acuerdas de esa corbata tan espantosa que le regalaste el último verano que pasaste en tu casa?

–Era su primer día de trabajo y se la puso –dijo Zeke sonriendo.

Era la corbata más horrorosa que había logrado encontrar después de buscar por todas partes. Muy cara, desde luego, para que su madre no pudiera protestar, pero horrorosa. Y absolutamente inapropiada para el lugar de trabajo. Sí, el regalo de graduación del hermano perfecto. Había sabido que Flynn se la pondría para no ofenderle y también que Flynn jamás sospecharía que había sido una broma.

–Se la quitó en el tren camino de la oficina –le informó Thea, arruinando un recuerdo magnífico.

–¿Lo dices en serio? Qué pena. Me encantaba imaginar a Flynn en una reunión de trabajo con esa corbata –comentó Zeke.

–Debe tenerla por alguna parte –dijo ella–. Puede que no sea tan tonto de ponérsela para ir a trabajar, pero es lo suficientemente sentimental como para no tirarla. Al fin y al cabo, fue el último regalo que recibió de ti antes de…

–De que me marchara –concluyó Zeke–. Sí, ya, aunque no creo que a Flynn le importara tanto que me fuera como tú crees.

En realidad, a nadie parecía haberle importado mucho.

Thea le dedicó una triste sonrisa.

–Igual resulta que conozco a tu hermano mejor que tú.

¿Sería eso verdad? Debería serlo; al fin y al cabo, iba a casarse con él.

Un montón de ideas le pasaron por la cabeza, la principal era que quizá a Flynn sí le había entristecido que se fuera.

Y… ¿a Thea?

El problema no era que no conociera los gustos de Flynn, pensó Thea, el problema era que Flynn sabía muy bien lo que le gustaba y se lo había procurado él mismo. Ya tenía la cartera de trabajo perfecta, el reloj de su abuelo y un par de buenos gemelos para las camisas. Se tratara de lo que se tratara, Flynn ya se habría asegurado de elegir algo de primera calidad y de comprarlo. Le regalara lo que le regalara ella, Flynn lo utilizaría unas cuantas veces para no ofenderla y después lo arrinconaría al fondo de un cajón junto con la corbata que Zeke le regaló.

Ir allí de compras había sido un error. Había querido demostrarle a Zeke que conocía a su prometido, que formaban una pareja muy unida. Sin embargo, lo único que estaba consiguiendo era dejar claro que, fuera lo que fuese lo que aportara a ese matrimonio, no era

necesario.

No. No se trataba de carteras de cuero ni de relojes. Ella aportaba mucho más que objetos materiales. Ella no era su padre, que solo ponía dinero en el negocio y se sentaba a esperar a recibir los beneficios. Ella era parte de la empresa, parte de la vida de Flynn y parte del futuro que iban a compartir.

Pensar eso estaba muy bien para animarse, pero no iba a ayudarla en absoluto a encontrar un regalo para su prometido.

–¿Qué te parece esto? –Zeke alzó un bolso marrón claro–. ¡Es un bolso de hombre!

–No, no lo es –contestó Thea–. Fíjate en las flores de la correa.

–Estoy seguro de que Flynn, con su virilidad, podría llevarlo sin problemas –argumentó Zeke colgándose el bolso del hombro y adoptando una pose de modelo.

–No voy a comprarle a Flynn de regalo de bodas el equivalente a la corbata que le diste tú, Zeke –Thea se volvió hacia los portafolios y le oyó suspirar a sus espaldas.

–Entonces, ¿qué vas a comprarle? –Zeke agarró una cartera negra y la abrió–. ¿No tiene ya una de estas?

–Sí.

–¿Necesita otra?

–No.

–En ese caso, ¿por qué no vamos a comer?

Thea suspiró. Zeke tenía razón y ella tenía hambre. No había desayunado, gracias a su charla con Ezekiel.

Se puso tensa al momento. Mejor olvidarse del regalo para Flynn, el encargo de Ezekiel era más importante. Y el almuerzo le presentaría la oportunidad perfecta para abordar el tema; sobre todo, después de que Zeke se tomara una o dos copas de vino. O tres. Tres podía ser el número mágico.

–Muy bien, vamos entonces.

Thea abrió la puerta de la tienda, abandonaron la sombra de los soportales y salieron a la plaza. Con una mano, indicó un oscuro pasadizo.

–La pequeña *trattoria* que te mencioné está por ahí.

No era lujosa, pero a Zeke nunca le habían gustado demasiado los restaurantes de lujo y fama. En el pasado, había preferido esos restaurantes pequeños y escondidos donde la comida era magnífica, establecimientos que se habían convertido en un secreto compartido entre ellos dos.

Thea empujó la puerta del restaurante y dejó que Zeke pasara primero. Él sonrió a la camarera más cercana, que les condujo directamente a una mesa junto a la ventana; solo había unas cuantas mesas más ocupadas. Mejor así, pensó ella: si Zeke le tiraba un plato

de pasta a la cabeza después de que ella intercediera por su padre, al menos no habría muchos testigos. Helena se enfadaría al ver que se había manchado el vestido, pero…

–¿Les apetece algo de beber? –preguntó la camarera en un inglés mucho mejor que el italiano de ella.

Zeke se inclinó por la cerveza local y ella pidió un refresco, el alcohol no la iba a ayudar a exponer su caso.

–¿Habías estado aquí antes? –le preguntó Zeke mirando las fotos colgadas de las paredes de piedra y las mesas de madera.

La ventana era pequeña y estaba abierta, pero no hacía nada de viento, sino calor, y a ella se le estaba pegando el vestido a la espalda. Estaba deseando beber algo fresco.

–Vine aquí con Helena la semana pasada –respondió ella–, justo después de llegar. Te recomiendo *pappardelle* con salsa de jabalí.

–¿Con Helena? ¿No con Flynn?

Thea se preguntó qué podía importarle eso a él. Se había marchado hacía ocho años e iba a marcharse otra vez, y no tenía intención de volver. ¿Qué le importaba a Zeke si ella se casaba con Flynn o no? ¿Sería porque no quería que su hermano ganara?

Sí, debía ser eso. Lo único que Zeke quería era demostrar que tenía razón y luego marcharse.

–No, no con Flynn. Flynn ha venido hace un par de días solamente. Le necesitaban en el trabajo.

–¿Y a ti no?

¡Maldito Zeke! ¿Cómo era que siempre sabía lo que a ella le preocupaba y le molestaba? ¿Y por qué siempre metía el dedo en la llaga?

–Parte de mi trabajo ahora es organizar la boda –contestó Thea mirando el menú para distraerse.

–Sí, claro –dijo Zeke–. La unión de dos grandes familias de los medios de comunicación. Todo un trabajo de relaciones públicas.

–También se trata de mi vida –le espetó ella.

–Sí, por supuesto. Pero después de lo que he visto en las últimas veinticuatro horas, todavía no sé qué es más importante para ti, si el trabajo o tu vida personal.

Thea alzó los ojos mientras pensaba en una respuesta. Contuvo un suspiro de alivio cuando la camarera se acercó a la mesa con las bebidas.

–¿Sabes ya lo que vas a pedir? –preguntó ella.

Zeke sonrió.

–Tomaré *pappardelle* con salsa de jabalí.

–Lo mismo para mí –dijo Thea a la camarera.

Pero no estaba pensando en la comida, sino en haber permitido que el trabajo se convirtiera en su vida mientras dejaba que la vida se le

escapara de las manos.

Zeke, mientras bebía cerveza, observó a Thea, pensativa. Le había parecido divertido presionarle sobre la boda, pero ahora… ahora ya no le veía la gracia.

–Lo siento –dijo él, sin saber con certeza si lo sentía o no. Solo había dicho la verdad, algo que en la mayoría de las familias no se practicaba.

–¿Que lo sientes? –preguntó ella con incredulidad.

Zeke se encogió de hombros.

–No debería disgustar a la novia el día antes de su boda, ¿no te parece?

–No estoy disgustada.

–¿No? Porque te veo un poco… colorada –como le pasaba siempre que iba a echarse a llorar.

Pero Thea negó con la cabeza y agarró su refresco.

–Estoy bien. Como bien has dicho, solo llevas aquí un día. En tan poco tiempo no puedes comprender el acuerdo ni la relación que Flynn y yo hemos ido desarrollando a los largo de dos años.

–¿Dos años? ¿Lleváis juntos tanto tiempo?

–Sí. No creerás que iba a decidir casarme con alguien en un abrir y cerrar de ojos, ¿verdad?

Lo que él había creído era que la decisión se había tomado en la sala de reuniones de la empresa, con un documento firmado por ambas partes antes de la boda. Pero no se lo iba a decir, no creía que a Thea le hiciera gracia.

–Lo hiciste la última vez, con… ¿cómo se llamaba?

–Cameron –respondió ella–. ¿Cómo sabes lo de Cameron?

–No me refería a ese –¿con cuántos tipos había estado a punto de casarse Thea?–. Me refería al canadiense.

–Scott.

–Exacto. Me informé sobre él en unas páginas web. Jugador de jockey, ¿verdad?

–Verdad.

–Os ibais a casar al poco de conoceros, ¿no?

–Y al poco de conocernos me engañó.

–Ah –de eso no sabía nada. Lo único que sabía era que habían suspendido la boda unas horas antes de que fuera a celebrarse–. Bueno, dime, ¿quién era ese tal Cameron?

–Alguien con quien hacíamos negocios. Resultó estar enamorado de mi dinero y del negocio, pero no tanto de mí.

–Nunca hay que mezclar el trabajo con el placer –declaró Zeke, justo antes de darse cuenta de que eso era exactamente lo que Thea

iba a hacer con Flynn–. Quiero decir que…

Thea suspiró.

–Déjalo, no te preocupes. Conozco de sobra que tengo mala fama en lo que a mi vida amorosa se refiere. No puedes decir nada que no haya oído ya.

Zeke no soportaba verla así, tan segura de que cometería un error. ¿Era por eso por lo que se casaba con Flynn, porque era la alternativa más segura?

«A veces, una mujer tiene que elegir el camino más seguro, Zeke. No todos podemos permitirnos el lujo de elegir un sendero lleno de obstáculos si lo que queremos es llegar a un lugar sanos y salvos». Esas palabras se las había pronunciado su madre ocho años atrás, pero ahora también las veía escritas en el rostro de Thea. Se preguntó cómo sería Thea si su madre no hubiera fallecido… o si Thomas Morrison no hubiera conocido a Ezekiel Ashton. ¿Sería más feliz? Probablemente.

–No siempre te ha ido mal en el amor –comentó él con voz grave y baja.

Sus ojos se encontraron. Él intentó mantener la expresión limpia con el fin de demostrarle que hablaba en serio.

Pero, al parecer, falló.

–Ya, muy gracioso. Por supuesto, sabes perfectamente lo pronto que mi vida amorosa empezó a fallar.

–No he querido decir…

–Mi primer amor, tú, escaló la fachada de la casa hasta mi ventana para escapar de mí el día que cumplí los dieciocho años, Zeke. Creo que ahí empezó todo –declaró ella con amargura.

–Espera un momento, ¿me estás echando la culpa de tu fracasada vida amorosa? –porque, por lo que él sabía, había sido ella quien le había abandonado.

–No. Sí. Bueno, quizás –Thea estaba retorciendo la servilleta que tenía en las manos.

–Menos mal que lo has dejado todo tan claro.

–No quiero seguir hablando de este asunto.

Quizá ella no quisiera, pero después de ocho años, él quería decir algunas cosas. Y Thea iba a oírle.

–Para empezar, dejemos una cosa clara, yo no quería escapar de ti. De hecho, si no me falla la memoria, te rogué y te supliqué que vinieras conmigo.

–Yo no diría que me suplicaste –dijo Thea, aunque sin convicción en la voz.

–Y tú dijiste que no. Preferiste quedarte. Así que no me eches a mí la culpa de eso.

–Y tú decidiste marcharte. ¿Me vas a culpar de eso a mí? Sí, todavía me culpas de ello. ¿No es por eso por lo que has venido? Sí, has

venido para amargarme la vida porque hace ocho años tomé una decisión que era la adecuada, y me odias desde entonces por ello.

No, eso no tenía nada que ver con lo que estaba haciendo allí. Zeke había ido para aclarar las cosas entre ellos y para acabar con el resentimiento que le había acompañado durante tanto tiempo. Quería cerrar esa etapa de su vida y comenzar una nueva.

Pero a veces, para ello, había que revisar el pasado.

–¿Nunca pensaste en lo que habría sido tu vida si hubieras decidido venir conmigo aquella noche?

–¡Claro que sí, Zeke! Una infinitud de veces. Pero eso no altera el hecho de que tenía que quedarme en casa. No podía marcharme.

De repente, Zeke se dio cuenta de que realmente debía cerrar la puerta al pasado y rehacer su vida.

Miró fijamente a Thea y le hizo una pregunta:

–¿Por qué?

Capítulo 6

«¿Por qué?».

Como si no se hubiera hecho esa misma pregunta millones de veces durante los últimos ocho años.

Pero sabía la respuesta. Por Helena, naturalmente. Helena había necesitado más que nunca a su hermana mayor. Y ella no había podido abandonarla, y eso era algo de lo que no se arrepentiría jamás.

Pero esa no era la única respuesta. Sin embargo, no podía revelar a Zeke un secreto que no le correspondía a ella revelar.

–Porque éramos demasiado jóvenes, Zeke. Yo acababa de cumplir dieciocho años y tú me estabas pidiendo que dejara atrás mi vida, mi familia, mi futuro, mis planes y mis sueños. Mi lugar en el mundo. Todo.

–Yo habría sido tu familia, tu lugar en el mundo, tu futuro.

Zeke se la quedó mirando, su expresión sincera y honesta. Y por primera vez desde su llegada, a Thea le pareció ver al chico que había conocido ocho años atrás.

–Sabes que habría motivo montañas para darte lo que hubieras querido, para hacer realidad tus sueños.

Lo peor era que ella lo sabía. Lo había sabido siempre. Pero no le había sido posible correr ese riesgo.

–Puede ser. Pero, a pesar del éxito del que gozas ahora, estoy segura de que no debió ser así al principio. Has debido tener que luchar mucho, trabajar mucho, arriesgar dinero… –en el rostro de Zeke vio que era verdad–. ¿Y qué te parece que debería haber hecho yo mientras tú te dedicabas a todas esas cosas? Yo quería ir a la universidad, Zeke. Tenía ya una plaza, estaba a punto de entrar. No quería renunciar a mis estudios para quedarme haciendo la casa mientras tú te lanzabas a realizar tu sueño.

–Yo no habría… No habría sido así.

–¿No? ¿Estás seguro?

–Sí, lo estoy –respondió él con firmeza–. Escucha, no podemos cambiar el pasado y yo no puedo saber lo que habría ocurrido. Pero me conoces, Thea. Al menos, me conocías. Y tienes que saber que jamás te habría pedido que renunciaras a tus sueños para que yo pudiera lograr los míos.

–Disculpen –dijo la camarera dejando los platos en la mesa–. Espero

que les guste.

La camarera se dirigió rápidamente a la cocina y Thea se preguntó qué habría oído de su conversación y si estaría ahora contándoselo al resto de los empleados del establecimiento.

Zake ni siquiera había mirado su plato de pasta.

–Dime que lo sabes, Thea. Que sabes que yo jamás habría hecho eso.

Thea metió el tenedor en la pasta.

–Puede que no lo hubieras hecho intencionadamente. Pero esas cosas ocurren –había visto que eso mismo les había pasado a amigas suyas después de casarse.

–¿Y ahora? –preguntó Zeke–. ¿Crees que será diferente con Flynn?

–Sí –respondió ella sin vacilación. Conocía el negocio y su matrimonio con Flynn la ayudaría en ese aspecto. No iba a dejar el trabajo para convertirse en la esposa de alguien–. Ya hemos hablado de ello, de nuestro futuro. Los dos sabemos lo que hacemos.

Vio a Zeke empezar a comer la pasta y volvió a preguntarse cuál era el verdadero motivo por el que había vuelto. Sabía que no era por ella, se lo había dejado claro. ¿Qué era lo que se proponía?

–Zeke…

Zeke alzó la mirada.

–¿Sí?

–¿Por qué has vuelto? La verdad. Sé que no ha sido solo por mi boda. ¿Por qué?

Con un suspiro, Zeke dejó el tenedor en el plato y se recostó en el respaldo del asiento.

–Porque… porque ya era hora de que lo hiciera. Porque me he cansado de intentar ganarle la partida a mi padre. Me he cansado de preocuparme por lo que mi padre piense, espere o quiera. Ya estoy listo para olvidarme de todo lo que pasó hace ocho años.

–¿Incluida yo?

–Incluida tú.

Thea tomó aire y lo soltó despacio. Después de aquella semana habrían roto para siempre. Ella estaría casada y el pasado dejaría de tener importancia. Era… extraño. Pero también se sintió mejor, más aliviada al saber que, por fin, podría dejar el pasado atrás.

El problema era que aún le quedaba algo por hacer.

El sentimiento de culpa la hizo bajar los ojos. Quizá eso sirviera para asegurarse de que Zeke no volviera nunca. Pero también era un paso más para ganarse su puesto como una Ashton. Y eso significaba que merecía la pena.

El hecho de que, tras sus palabras, Thea se hubiera relajado le dejó

mucho más tenso. ¿Sentía alivio Thea al saber que, se libraría del recuerdo de él? ¿O le ocurría como a él, que estaba cansado de cargar con el peso del pasado? ¿Se alegraba de que el camino estuviera libre para ser feliz con Flynn? ¿O se conformaba con la seguridad que le daba un matrimonio de conveniencia?

Un día más. Y después de que Thea estuviera casada, él podría empezar su nueva vida.

–Antes de que te vayas y nos dejes para siempre… –comentó a decir Thea.

Zeke apretó la mandíbula. Con Thea, siempre había una cosa más.

–Tengo que hablar contigo de una cosa.

Zeke sintió un vacío en el estómago. Estaba a punto de enterarse del verdadero motivo por el que Thea le había arrastrado hasta allí con el pretexto de comprarle un regalo de boda a Flynn.

De repente, no quería saberlo. Si iba a dejarla para siempre, no quería ensuciar el recuerdo de aquel día. Quería marcharse creyendo que Thea había deseado sinceramente pasar ese último día con él, por todo lo que habían sido el uno para el otro y por lo que jamás volverían a tener. No era demasiado pedir.

Al parecer, sí lo era.

–Esta mañana he hablado con tu padre –dijo Thea.

–¿No me digas?

Debería haberlo imaginado. Era de suponer. Se había dejado distraer por estar con Thea otra vez y ahora iba a enfrentarse a las consecuencias. Una razón más para olvidarse de Thea Morrison.

–Tú padre quería que hablara contigo de…

–De la venta de This Minute a Morrison-Ashton –concluyó él, interrumpiéndola.

Al parecer, eso era lo único que le interesaba a su padre de él.

–Sí –contestó Thea.

Esa palabra fue como un puñetazo en el estómago.

–No –dijo Zeke, dejando que la ira volviera a apoderarse de él.

¿Cómo podía decirle eso Thea? Después de lo que habían sido el uno para el otro, después de lo que habían compartido… ¿Cómo se atrevía?

Se sintió traicionado. Sabía por qué Thea estaba haciendo aquello, para asegurarse de que él se fuera, para que todo volviera a ser como antes de que él apareciese. Para comprar su puesto en la familia, al lado de su hermano.

Porque Morrison-Ashton y sus familias respectivas siempre habían sido más importantes para Thea que para él. Y eso debería recordarlo siempre.

–Zeke…

–No voy a venderos mi empresa, Thea –dijo Zeke, pronunciando

cuidadosamente todas y cada una de las palabras.

Ya no era un niño, un niño que perdía el control solo por estar cerca de ella. Eso era un asunto de negocios, no amor. Ya no había amor.

–Tu padre está dispuesto a pagar lo mismo que lo que Glasshouse te ofrezca y…

–No me importa –eran negocios, se repitió a sí mismo.

–Y aunque no quieras trabajar en Morrison-Ashton, podríamos ofrecerte acciones…

–He dicho que no –interrumpió Zeke encolerizado, abriendo y cerrando la mano sobre un muslo para controlar su temblor.

–Nuestro equipo de medios de comunicación digitales está organizando…

–¡Maldita sea, Thea! –exclamó Zeke con un puñetazo en la mesa que movió los platos. El resto de los comensales se los quedó mirando en silencio–. ¿Quieres escucharme aunque solo sea por una vez?

–No grites, Zeke –dijo Thea, repentinamente pálida–. Nos está mirando todo el mundo.

–Que nos miren, me da igual. Y voy a gritar hasta que decidas escucharme.

Con el rostro endurecido, Thea dejó el tenedor en el plato, agarró el monedero y dejó unos billetes encima de la mesa. Después, se puso en pie, se colgó el bolso del hombro y salió del restaurante.

El ataque de cólera se evaporó en el momento en que ella se fue. Zeke Ashton volvía a ser un adulto, el hombre en el que con tanto esfuerzo se había convertido, solo que lo había perdido en el momento en que ella había tocado un punto débil.

Zeke agarró la botella de cerveza, bebió de un trago lo que le quedaba, dejó otro par de billetes encima de la mesa y salió en pos de Thea, como había sabido que haría.

Y ella también lo sabía, lo que lo irritó más de lo debido. Thea estaba apoyada en el muro del restaurante, esperándole.

–He dejado una buena propina –dijo Zeke, observándola, esperando a ver cómo reaccionaba Thea–. Me parece justo, ya que ninguno los dos nos hemos ido sin terminar de comer.

–Los gritos quitan el apetito –Thea se apartó del muro.

–Es la única forma de que me escuches.

Thea se volvió para mirarlo y sonrió con fingido interés.

–Te escucho.

De repente, las palabras le parecieron innecesarias; no obstante, dijo:

–No voy a vender This Minute a Morrison-Ashton.

Ella asintió.

–Sí, creo que ya lo has mencionado. Y ahora, si eso es todo, me gustaría volver a la villa.

–¿Y el regalo de Flynn? –preguntó Zeke caminando al lado de ella en dirección al coche.
–Puede esperar.
–La boda es mañana. No te sobra el tiempo.
Thea abrió la portezuela del coche y se sentó al volante.
–En ese caso, como regalo, le daré una espectacular luna de miel.
Zeke no quería ni pensar en eso.
–¿Parecido al regalo que me diste cuando cumplí los veintiuno? –preguntó Zeke, y la vio enrojecer mientras ponía en marcha el motor.
–Tienes que parar con eso –dijo Thea poniendo en marcha el coche.
–¿Parar el qué?
Thea le lanzó una furiosa mirada.
–Escucha, Zeke, voy a casarme mañana, así que eso de rememorar los buenos momentos del pasado digamos que es inapropiado, ¿no te parece?
–Bueno, no sé –Zeke la observó mientras conducía: las manos sujetando el volante con firmeza y los hombros tensos. La estaba poniendo nerviosa. Y, por algún motivo que no comprendía, no quería dejar de hacerlo–. Creo que la cuestión es si Flynn lo considera inapropiado.
–Flynn no sabe nada.
–¿Te refieres a que no le has dicho que nos íbamos de compras hoy por la mañana?
–Me refiero a que no sabe nada de lo nuestro. No sabe que… estuvimos juntos.
–Pero… ¿cómo es posible?
¿Cómo era posible que alguien que les conociera y les viera juntos por aquel entonces no se hubiera dado cuenta de lo que significaban el uno para el otro? Ella tenía diecisiete años y él veintiuno; a esas edades, la discreción no era una de sus cualidades. Y no les había importado si alguien se enteraba o no. Sus padres, desde luego, sí lo habían notado. ¿Cómo podía haberle pasado desapercibido a Flynn?
–¿No te acuerdas que Flynn estaba en la universidad? –dijo Thea–. Y no la universidad que estaba a la vuelta de la esquina, como tú. Flynn estudiaba en Escocia. Supongo que llevaba su propia vida y lo demás le importaba poco. Cuando empezamos a salir juntos Flynn y yo, creía que lo sabía, pero pronto me di cuenta de que no.
–¿Y no te pareció lo suficientemente importante como para decírselo? –¿acaso él no le parecía lo suficientemente importante?
De repente, le sobrecogió el incontenible deseo de recordarle a Thea lo importante que había sido para ella en el pasado.
–¿Por qué iba a decírselo? Tú ya no estabas y, por lo que yo sabía, no ibas a volver. Y aunque hubiera sospechado que vendrías… incluso ahora que has venido…

–Incluso ahora que he venido… ¿qué?
–Que no cambia nada. Lo nuestro es agua pasada. Ya no tiene importancia.
Sí la tenía. Zeke no sabía hasta qué punto, pero la tenía. Y quería que Thea lo admitiera.

Thea trató de concentrarse en la conducción, pero no podía dejar de lanzar miradas de soslayo a Zeke para ver su reacción. No se trataba de que le estuviera poniendo a prueba ni que lo que había dicho no fuera verdad, pero Zeke no estaba reaccionando como ella había esperado.
Sabía que Zeke no dejaría pasar la oportunidad de sacar a relucir el pasado. Sabía que Zeke querría que su hermano se enterara de que él la había poseído antes. Suponía que para castigarles. Para castigarle a ella por no haberse marchado con él, para castigar a Flynn por apoderarse de todo lo que Zeke había supuesto que le pertenecía.
En su momento, no decirle nada a Flynn le había parecido lo mejor, ahora no estaba tan segura de ello.
–Claro que importa –dijo Zeke de repente, sacándola de su ensimismamiento–, porque estás mintiendo a tu prometido. A mi hermano.
Thea lanzó una dura carcajada.
–¿Hablas en serio? ¿Vas a sacar a relucir el amor filial? ¿No te parece un poco tarde para eso, Zeke?
–Soy el padrino de tu boda, Thea. Mañana me van a preguntar si conozco algún impedimento por el que esa boda no debería celebrarse.
–¡Ni se te ocurra! Que me acostara contigo hace ocho años no es motivo por el que no me pueda casar mañana.
Zeke arqueó una ceja.
–¿No? ¿Y mentir a tu novio es motivo? ¿O que dejaras a los dos últimos tipos con los que ibas a casarte prácticamente delante del altar?
–¿Por qué tanto interés en informarte sobre mi vida amorosa? Estoy segura de que no te enteraste por casualidad.
–¿Creías que no me interesaba saber qué hacías y a qué te dedicabas?
–Sí, eso es justo lo que creía –respondió Thea–. Creía que cuando te marchaste te olvidaste de todos a los que habías dejado atrás.
–Yo no te dejé atrás.
–Zeke, te marchaste y no volviste la vista atrás.
–Te pedí que vinieras conmigo.
–Y yo te dije que no podía.

Zeke sacudió la cabeza.
–No podías o no querías, es lo mismo.
–¡Eso pasó hace ocho años, Zeke! Ahora da igual.
–¡No!
–¿Por qué no? ¡No lo entiendo!
–¡Porque me he pasado ocho años obsesionado con eso y necesito zanjar el asunto de una vez por todas, maldita sea! Y, a ser posible, antes de que te cases con mi hermano y me eches de tu lado otra vez.
Thea no podía creerlo. ¿Ocho años obsesionado con aquello y ahora quería zanjar el asunto? Bien, le iba a ayudar a zanjarlo.
Thea pisó el pedal del freno, se echó hacia la cuneta y apagó el motor. Abrió la portezuela, salió del coche y esperó a que él la imitara. Zeke así lo hizo y ambos se apoyaron en el coche.
–¿Quieres acabar con este asunto? –dijo ella.
–Sí.
–Bien. ¿Qué necesitas saber para conseguirlo?
Zeke le sonrió.
–Necesito saber que tú has olvidado lo nuestro, que lo has dejado atrás. Necesito saber que no estás equivocándote ahora como te equivocaste en el pasado.
–Hace ocho años no me equivoqué, Zake –respondió Thea en voz baja–. Decidí quedarme porque tenía un motivo para hacerlo.
–Helena y tu padre.
–Sí.
–Pusiste tu vida al servicio de tu familia, igual que estás haciendo ahora.
–No. Ahora estoy viviendo mi vida –y había elegido el futuro que quería para ella. Tenía que aferrarse a eso.
–¿En serio? ¿De quién fue la idea de que te casaras con Flynn?
–¿Y eso qué importancia tiene? Soy yo quien ha decidido hacerlo.
–Es importante –insistió Zeke.
¿Acaso ese hombre nunca se rendía?
–De acuerdo, fue idea de tu padre –contestó ella.
–Lo sabía –dijo Zeke, pero a ella le sorprendió el tono triste de su voz.
–¿Por qué lo has preguntado si ya lo sabías?
–Porque quiero que te des cuenta de lo que estás haciendo –Zake la miró intensamente, exigiéndole que se enfrentara a la verdad.
Thea volvió el rostro y el cabello le cayó sobre la cara.
–Sé lo que estoy haciendo.
Zeke sacudió la cabeza.
–No, Thea, creo que no lo sabes. Dime, ¿por qué te quedase cuando me marché? ¿Por qué no viniste conmigo?
–¿Por qué crees tú? Éramos demasiado jóvenes, Zeke. Además, mi

familia me necesitaba. Helena me necesitaba –Helena la había necesitado más que nunca.

–¿Por qué?

–No sé, Zeke. ¿Por qué puede necesitar una chica adolescente huérfana a su hermana mayor? –esa no era la única razón, pero el resto solo Helena podía desvelarlo.

–Helena tenía a tu padre… y a mi madre.

Thea lanzó una amarga carcajada.

–Por mucho que se empeñe, tu madre no es nuestra madre.

–Mejor para vosotras –dijo Zeke en voz baja–. Pero todavía no me has dado una razón de peso.

Thea cerró las manos en dos puños. ¿Por qué demonios tenía Zeke que insistir tanto?

–Te he dado un montón de razones.

–No, lo único que me has dado son excusas.

–¿Excusas? Mi familia, mi futuro… ¿te parecen excusas? –Thea le lanzó una furiosa mirada–. Me alegra saber que le tengas tanto aprecio a mi existencia.

–Sabes que no es eso.

–Entonces, ¿qué es, Zeke? –preguntó Thea exasperada–. Si no me crees, bien. Ahora dime, ¿por qué crees tú que me quedé?

–Porque tenías miedo –respondió él sin vacilar.

–¡Ya!

–Te quedaste porque siempre hacías lo que la gente te decía que debías hacer. Porque sabías que era lo que tu padre querría y siempre le has obedecido. Porque, después de que tu madre muriera, nunca pudiste negarle nada a Helena –Zeke tomó aire–. Pero, sobre todo, te quedaste porque tenías miedo de tus propios deseos. Tenías miedo de lo que había entre los dos. No te atrevías a confiar en mí.

Thea lanzó un suspiro.

–¿Eso es lo que piensas?

–No lo que pienso, lo que sé.

¿Cómo podía estar tan cerca de la verdad?

–Te equivocas.

Zeke arqueó las cejas.

–¿Sí? –Zeke se inclinó sobre ella y, poniéndole una mano en la cadera, la atrajo hacia sí–. Demuéstralo.

–¿Cómo? –preguntó Thea, reprochándose a sí misma la rapidez con la que su cuerpo reaccionaba a la proximidad de Zake.

–Dime que ya nunca piensas en nosotros, que no te gustaría que volviéramos a estar juntos. Dime que ya no quieres esto.

Thea comenzó a sacudir la cabeza, pero Zake le cubrió la boca con la suya y, de repente, lo único que pudo sentir fue ese beso. Un beso que la consumió y la hizo preguntarse cómo había podido fingir no

recordar lo que se sentía siendo el centro del mundo de Zeke Ashton.

Sin embargo, ya no lo era. Ese beso no era por ella, sino por él. Zeke quería demostrar lo que había dicho, quería demostrarle que aún podía poseerla si lo deseaba. Y también había dejado muy claro que no lo deseaba, a menos que fuera para dejarles claro a su padre y a su hermano quién tenía el poder. Ella solo le servía de objeto de venganza respecto a su familia.

Pero Thea aún tenía respeto por sí misma.

–Thea –murmuró Zeke entre besos.

–No –dijo ella junto a los labios de Zeke, empujándole para apartarle de sí.

Zeke la soltó.

–¿Qué…?

–He dicho que no –Thea tomó aire y se preparó para mentir–. Ya no pienso en nosotros. No echo de menos lo que hubo entre los dos. Fue una relación infantil y se acabó. Quería seguir mi camino y llevar mi vida, no merodear alrededor de la tuya. Por eso es por lo que no me fui contigo –Thea tragó saliva–. No quiero irme contigo. Me voy a casar con tu hermano mañana.

Zeke guardó silencio y ella aprovechó la oportunidad para subirse al coche. Respiró hondo, varias veces. Después, se abrochó el cinturón de seguridad y puso en marcha el motor.

Y entonces dijo:

–Adiós, Zeke.

Y le dio tres segundos para apartarse del coche antes de ponerse en marcha en dirección a la villa.

Capítulo 7

Era un idiota. Un idiota ahí abandonado en medio del campo. Por suerte, ya habían recorrido la mayor parte del trayecto a la villa, así que echó a andar.

No podía reprochárselo a Thea, sabía que la había acorralado. Y lo había hecho para forzar a Thea a admitir que había cometido un error ocho años atrás al negarse a ir con él.

Había querido obligarla a admitir que todavía le echaba de menos.

Evidentemente, no era así.

Le había dicho a Thea que quería acabar con el pasado y ella le había dado todas las razones para hacerlo.

Fue un largo, caluroso y deprimente paseo de vuelta a la villa. Cuando llegó allí, cansado, sudoroso y polvoriento, lo único que deseaba era una ducha.

–¡Zeke! –Helena saltó de la silla en el vestíbulo–. ¡Ya has vuelto! Quería… ¿Qué te ha pasado?

–Tu hermana –dijo él sin detenerse, directo a las escaleras–. Creo que quiere destrozarme la vida.

–Oh –dijo Helena, más cerca de él de lo que había creído. ¿Se había propuesto seguirle a su habitación?

–No te preocupes –dijo Zeke–, sé cómo vengarme de ella.

Lo único que tenía que hacer era no vender su empresa a Morrison-Ashton, cosa que no iba a hacer de cualquier manera, y dejar que se casara con Flynn.

El problema era que las dos cosas le hacían querer liarse a puñetazos contra las paredes.

–Ah…

Helena parecía confusa, pero aún decidida a seguirle. Con un suspiro, se detuvo en el rellano de las escaleras y, momentáneamente, se apoyó en la fría piedra de las paredes.

–¿Querías algo, Helena?

Helena parpadeó.

–Sí, bueno… quería hablar contigo –Helena le sonrió.

–¿Podrías esperar a que me diera una ducha antes?

Helena se miró el elegante reloj de pulsera de oro.

–La verdad es que… no.

–En ese caso, tendrás que gritar para que pueda oírte mientras me

ducho –Zeke se apartó de la pared y continuó el camino a su habitación–. ¿Qué te pasa, pequeña?

–Ya no soy una niña, Zeke –dijo Helena.

–No, supongo que no.

–Y voy a ser la dama de honor de la boda. Y tú eres el padrino.

Zeke se quedó inmóvil delante de la puerta de su habitación. ¿Qué demonios estaba sugiriendo?

Helena se echó a reír.

–¡Zeke, deberías ver la cara que has puesto! No te preocupes, no te estoy haciendo proposiciones deshonestas.

Zeke soltó el aire que había estado conteniendo en los pulmones y giró el pomo de la puerta.

–Ni se me ha pasado por la cabeza que se tratara de eso –mintió él.

–Era justo eso lo que estabas pensando, mentiroso –dijo Helena segura de sí misma. Le alegraba que no le hubiera ocurrido como a su hermana.

–Está bien, ¿qué es lo que quieres decir? –Zeke se sacó los zapatos a puntapiés, dejándolos caer en un rincón de la habitación.

–Que tenemos responsabilidades. Deberíamos ponernos de acuerdo –Helena cerró la puerta tras de sí; después, se acercó a la cama y se sentó en ella, encima de sus piernas.

–En lo que a mí respecta, solo tengo que pronunciar un breve discurso y ya está. Por lo demás, soy completamente superfluo.

–Eres el padrino, Zeke. El padrino tiene que hacer algo más que eso.

–¿Como qué? ¿Como bailar en el banquete contigo? –Zeke se quitó los calcetines y, descalzo, se dirigió al baño para abrir el grifo de la ducha. Tardaría algo en salir caliente y quizá Helena captara la indirecta y se marchara.

–Como asegurarte de que el novio aparezca.

Zeke paró en seco.

–¿Por qué no iba a aparecer? –¿sabía Helena algo que él desconocía y que Thea tampoco sabía?

–Porque… Bueno… –Helena lanzó un dramático suspiro y se apoyó en la cabecera de la cama–. No sé. Lo único que sé es que esta boda no es normal, ¿verdad?

Eso era justo lo que él llevaba diciendo todo el tiempo, a pesar de que nadie, ni siquiera Thea, le prestaba atención.

–Según ha llegado a mis oídos, los dos quieren casarse –dijo él con la mayor neutralidad posible.

Helena esbozó una sonrisa ladeada.

–Así que a ti te ha dicho lo mismo, ¿eh? Creía que al menos contigo se sinceraría, que te contaría la verdad?

–¿La verdad? –repitió Zeke.

–Sé que Thea piensa que lo que debe hacer es casarse –dijo Helena

despacio–, que es lo mejor para la empresa y para nuestras familias. Y sé que no quiere decepcionar a nadie; sobre todo, ni a Isabella ni a papá.

–Pero…

–Pero yo creo que Thea espera que la boda le dé algo que no le puede dar. Y creo que está cometiendo un error, aunque ella se niegue a admitirlo.

Zeke se sintió vindicado. Al parecer no era solo él, sino la propia hermana de Thea la que creía que Thea estaba cometiendo una equivocación. Pero la sensación de triunfo se disipó inmediatamente, seguía sin poder cambiar la situación.

Zeke se sentó en el borde de la cama.

–Hace dos horas intenté hacerle ver a Thea justo esto y mira a lo que ha conducido –Zeke se señaló el polvo de la ropa y el sudor.

Helena parpadeó.

–¿Qué te ha hecho? ¿Te ha dejado en medio de la carretera?

–Sí.

–Maldita sea. Y yo que creía…

–¿Qué? –de repente, y quizá por primera vez en la vida, quería conocer la opinión de Helena. Por pequeña que fuera, quizá hubiera aún una posibilidad de cambiar las cosas.

Helena se encogió de hombros.

–No sé. Esperaba que Thea se sincerase contigo, que se abriera. Siempre habéis tenido una relación especial, ¿no? No es que Thea me haya dicho nada, pero se veía. Yo creía, esperaba que… Pero es que Thea tiene tanto miedo de que papá e Isabella encuentren otro motivo para ponerse en contra de ella, para marginarla…

–¿Qué quieres decir con eso de marginarla? ¿Y, en primer lugar, qué pasó para que se pusieran en contra de ella?

Helena se lo quedó mirando como si fuera imposible que no lo supiera. Después, parpadeó.

–¡Claro! –exclamó en voz baja–. Pasó la noche que tú te fuiste, la noche que Thea cumplió dieciocho años. Yo le pedí… le pedí… En fin, supongo que no te lo ha contado nunca.

Zeke empezó a perder la paciencia.

–¿Qué, Helena? ¿Qué es lo que Thea no me ha contado?

¿Podría ser esa la explicación que llevaba esperando ocho años, la explicación que Thea se había negado a darle?

Helena lo miró fijamente.

–Te lo diré –Helena se humedeció los labios–. Pero va a ser largo de explicar, y también es doloroso. Así que mejor date una ducha mientras yo voy por una botella de vino, así resultará más llevadero. Dentro de un rato, volveré aquí para contártelo. ¿De acuerdo?

Zeke quería pedirle que se lo contara ya, inmediatamente. Pero

Helena ya se había levantado de la cama y se dirigía a la puerta. No, no le iba a dar ninguna otra opción.

–De acuerdo –respondió Zeke con un suspiro para, a continuación, dirigirse a la ducha.

Thea estaba en el despacho de Ezekiel Ashton, sentada delante del escritorio, esperando a que él terminara una llamada telefónica a Londres. Llevaba así cuarenta minutos.

–Bueno, es una forma de ver las cosas –dijo Ezekiel al auricular.

Y Thea apenas pudo contener un suspiro de frustración.

–Quentin, la cuestión es…

Quería marcharse y dejarle claro lo que opinaba de la situación, pero Ezekiel era ya casi su suegro y, además, no iba a gustarle la noticia que le iba a dar.

–Bueno, Quentin, tendremos que hablar de eso en otro momento. Tengo que encargarme de otro asunto por aquí…

Como reconocer la existencia de su directora de relaciones públicas y futura nuera.

–Bueno, Thea –dijo Ezekiel colgando el teléfono–. ¿Me traes buenas noticias respecto a mi hijo menor?

Thea parpadeó.

–Me temo que no.

–Ah –Ezekiel se recostó en el respaldo de su asiento y cruzó los dedos de las manos sobre su pecho–. ¿Quieres decir que Zeke sigue negándose a vender This Minute a Morrison-Ashton?

–Sí, así es –respondió Thea–. Ya no parece interesarle This Minute, por lo que ofrecerle trabajo en Morrison-Ashton no ha servido de nada. Quiere hacer otra cosa, algo diferente.

Ezekiel sacudió la cabeza.

–Ese chico siempre va en busca de lo imposible.

Ezekiel se equivocaba en eso, pensó Thea. Entre otras cosas, Zeke ya no era un chiquillo.

–Bueno, no voy a fingir no estar decepcionado –declaró Ezekiel enderezándose en el asiento–. No obstante, me alegro de que hayas tratado de convencerle. Eso me dice mucho de ti.

Thea parpadeó.

–¿Qué, exactamente?

–En primer lugar, indica que estás plenamente comprometida con la empresa, y con Flynn, por supuesto. Y también me dice que tanto Zeke como tú habéis dejado atrás vuestra… indiscreción juvenil.

Thea enrojeció al instante. Indiscreción juvenil. Como si su relación con Zeke fuera algo para ocultar y olvidar.

Pero… ¿no era eso mismo lo que ella estaba haciendo al no hablarle

de ello a Flynn?

Thea sacudió la cabeza.

–No creo que mi amistad con Zeke de pequeños pueda influenciar ahora nuestras decisiones profesionales –declaró ella con la calma de la que fue capaz.

–Thea, mi hijo estaba enamorado de ti –dijo Ezekiel en tono leve de censura–. Mi hijo habría hecho cualquier cosa por ti. El hecho de que te haya dicho que no ahora, significa que lo ha superado, que ya no siente nada por ti. Y el hecho de que tú hayas abordado el asunto, consciente de su opinión respecto al negocio de la familia… En fin, has demostrado ser leal a la familia y a la empresa.

Thea tuvo que hacer un esfuerzo por contener un ataque de náuseas. Sabía que Ezekiel tenía razón: ella había puesto el trabajo por encima del que años atrás fuera el hombre de su vida; por encima de un hombre que, por mucho que lo negara, seguía importándole. Y lo había hecho porque Ezekiel se lo había pedido.

Lo peor de todo fue que, de repente, se dio cuenta de que la intención de Ezekiel, al pedirle que hablara con Zeke le había puesto a prueba a exigirle que le confesara el verdadero motivo por el que no se había ido con él. Lo mismo que su padre, ocho años atrás, cuando ella le dijo lo de Helena. Igual que sus dos previos noviazgos.

Todo era una especie de prueba, una forma de averiguar si ella se merecía ser una Morrison o una Ashton. Su vida entera era una serie de pruebas.

Y lo peor era que sabía que siempre estaba al borde del fracaso. Como le había ocurrido con Helena.

Despacio, con la cabeza dándole vueltas, Thea se puso en pie.

–Me alegro de que hayas quedado satisfecho. Y ahora, si me lo permites, tengo que ir a prepararme para el ensayo de la boda.

–Sí, claro, por supuesto –Ezekiel indicó la puerta con un gesto–. Al fin y al cabo, nunca has desempeñado un trabajo tan importante para la empresa como el que vas a desempeñar mañana.

Thea asintió, salió rápidamente del despacho, corrió escaleras arriba y llegó a tiempo al cuarto de baño para vomitar.

Cuando Zeke salió del baño con una toalla atada a la cintura, Helena le estaba esperando sentada en la cama con una copa de vino en la mano.

–Espera un momento –Zeke agarró un traje del armario, volvió al baño y se vistió rápidamente. Así, al menos, estaría vestido para el ensayo de por la tarde y para la conversación.

Helena le dio una copa de vino y él se sentó en la silla del escritorio, al otro lado de la habitación.

Helena se mordió el labio, bebió otro sorbo de vino y dijo:
–Zeke, lo que te voy a contar lo sabe muy poca gente.
–Está bien.
–Pero creo que es importante que lo sepas tú. Puede que así comprendas por qué Thea se ha convertido en… esta Thea.
Debía de tratarse de algo excepcional si podía explicar como la liberada y encantadora chica de ocho años atrás se había convertido en la mujer que le había dejado plantado en la carretera ese día.
–Bien, pues dímelo.
Helena tomó aire.
–Ahí va. Ocurrió un mes, más o menos, antes del cumpleaños de Thea y antes de que tú te fueras. Yo tenía dieciséis años y era idiota. Y esto último es importante –Helena bajó la cabeza y se miró las manos–. Una noche que papá había salido, Thea se quedó de niñera conmigo; a pesar, por supuesto, de que le había dicho a mi padre mil veces que las chicas de dieciséis años no necesitaban niñeras. Pero mi padre era muy obstinado en eso, dejó a Thea a cargo de mí y, como siempre, la hizo responsable de todo lo que ocurriera mientras él estaba ausente.
–Sí, típico de tu padre –murmuró Zeke, preguntándose adónde conduciría aquello–. Supongo que ocurrió algo esa noche, ¿no?
–Yo… yo quería salir. Le pedí a Thea que me dejara y ella dijo que no, yo no dejé de insistir y, al final, la convencí. Había quedado con un chico del colegio dos años por delante de mí; pero como sabía que a Thea no le caía bien, no le dije que iba a salir con él.
Zeke tuvo un mal presentimiento en ese momento.
–¿Qué pasó? –preguntó él con voz ronca.
–El chico me llevó a casa de unos amigos suyos. En la casa había cervezas y otras cosas. Cuando quise darme cuenta… –Helena se pasó una mano por los ojos–. En fin, me dijeron que la culpa era mía, que yo había dicho que sí aunque no me acordara. Estaba tan avergonzada de mí misma que no se lo dije a nadie, ni siquiera a Thea… hasta seis semanas después.
–¿La noche de la fiesta de su cumpleaños? –dijo Zeke, casi seguro de ello.
De repente, se acordó de que Thea había estado llorando cuando escaló hasta su ventana para decirle que se iba y para pedirle que se fuera con él. Thea le había dicho que no y él había supuesto que prefería quedarse.
–Sí. No tenía pensado decírselo a nadie, pero… estaba embarazada.
Zeke soltó el aire que había estado conteniendo en los pulmones.
–Oh, Helena…
–Sí, lo sé. Así que se lo dije a Thea y le pedí que se lo dijera a papá. Después de un tiempo, me enviaron fuera hasta que nació la niña.

A Helena se le quebró la voz por fin. Zeke pensó que la mayoría de la gente se habría echado a llorar mucho antes. La alegre Helena tenía mucha fuerza interior.

–La adoptaron y no la he vuelto a ver.

Zeke se acercó a ella y la abrazó mientras lloraba.

–Debería haber estado aquí –dijo él.

Helena había sido una especie de hermana pequeña, cosa que no le había ocurrido con Thea. Con Thea era mucho más. Pero Helena… Helena también había sido importante para él y ni siquiera se despidió de ella cuando se marchó. No podía imaginar lo que debía haber pasado Helena.

Helena lanzó una queda carcajada.

–¿Qué podrías haber hecho tú? Además, yo tenía a Thea.

Por eso era por lo que Thea no había ido con él, ese era el motivo por el que había tenido que quedarse. Pero ¿por qué no se lo había dicho?

–Pero hay un motivo por el que tenía que contarte todo esto, Zeke –dijo Helena, sacándole de su ensimismamiento–. Tienes que comprenderlo, Zeke. Después de aquella noche, todo cambió, aunque tú no te enteraste. ¿Te acuerdas cómo presionaba papá a Thea para que asumiera el papel de mamá después de que nuestra madre muriese? Mi padre esperaba de ella que lo hiciera todo: estudios, casa, anfitriona en las fiestas para sus clientes, que cuidara de mí…

–Sí, sí que me acuerdo –dijo Zake con amargura. Y recordaba lo mucho que Thea detestaba aquello–. Tu padre se portó mal con ella. ¿Qué edad tenía, catorce años? A esa edad no se pueden asumir todas esas responsabilidades.

–El problema fue que Thea creyó que eran sus responsabilidades. Igual que papá. Así que, cuando me pasó lo que me pasó… –Helena tragó saliva–. Mi padre le echó la culpa a Thea, dijo que si me hubiera cuidado mejor aquello no habría ocurrido. La apartó de todo. Y fue cuando tu madre apareció en escena.

–¿Mi madre?

Helena asintió.

–Sí. Se hizo con las riendas de todo. Llevaba nuestra casa además de la vuestra. Se hizo parte de la familia. Cuidaba de mí, era la anfitriona de papá…

–Y marginó a Thea –concluyó Zeke.

¿Cómo no lo había notado? ¿Cómo no se había dado cuenta de lo poco que contaba Thea en aquella familia, de lo poco que contaba su opinión en su propia boda?

–Sí, así es. Y desde entonces es como si Thea estuviera tratando de recuperar el lugar que le corresponde en la familia.

–¿Crees que es por eso por lo que se va a casar con Flynn?

Helena ladeó la cabeza.

–Lo único que sé es que estoy preocupada.

Y tenía motivos para estarlo. Claro que era eso lo que Thea trataba de hacer.

–Y lo peor, Zeke, es que Thea sigue sintiéndose culpable de lo que me pasó y de lo que ocurrió a continuación –continuó Helena–. Aunque, por supuesto, ella no tuvo la culpa de nada. Pero como aquella noche tenía que hacer de niñera… En fin, eso es lo que le dijo papá. Y Thea cree que si no me hubiera dejado salir aquella noche todo habría sido diferente.

–¿Culpa de ella? –repitió Zeke–. ¿Cómo es posible que…?

–La propia Thea dice que fue la mayor equivocación de su vida.

De repente, Zeke se alegró de que Helena no supiera a lo que Thea había renunciado aquella noche. Ninguna de las dos tenía la culpa. Pero… ¿conseguiría convencer a Thea de ello y evitar que sí que cometiera la mayor equivocación de su vida?

–Gracias por contarme todo esto, Helena.

Helena se encogió de hombros.

–¿Crees que servirá de algo?

–Sí, creo que sí.

Helena se lo quedó mirando.

–Entonces… ¿crees que lograremos convencer a Thea de que no se case?

–¿No habías dicho que yo tenía que asegurarme de que el novio apareciera en su boda?

–Sí, si Thea, al final, decide que eso es lo que quiere. Pero necesito estar segura de que eso es lo que ella quiere, no que se va a casar por complacer a nuestras familias.

Zeke sonrió.

–Estamos en el mismo equipo.

–Estupendo –Helena se puso en pie, se alisó el vestido y se secó los ojos–. Ya era hora de que alguien me ayudara. Venga, padrino, tenemos que ensayar para la boda.

–Y tenemos que hacer que se cancele la boda –añadió Zeke siguiendo a Helena hasta la puerta.

Había conseguido averiguar lo que quería, pero le quedaba mucho por hacer. Ahora sabía la verdad, lo sabía todo, y eso le daría ventaja al volver a enfrentarse a Thea.

Capítulo 8

A través de la rendija de la puerta, Thea paseó la mirada por el comedor; después, se miró el vestido rojo y se preguntó por qué tenía la impresión de que aquello era una cena de negocios. Solo tres de las personas que se hallaban allí eran de la familia, al resto los conocía de reuniones de trabajo. Al día siguiente a esa hora estaría casada y su nueva vida habría comenzado. Pero, de repente, le asustó que su nueva vida fuera a parecerse demasiado a la que dejaba atrás.

–¿Lista? –le preguntó Flynn ofreciéndole el brazo.

Estaba guapo con ese traje, pensó Thea. De hombros anchos, serio y responsable. Justo lo que ella quería.

–¿O prefieres que antes vayamos al despacho de papá a tomar una copa de ese coñac añejo que tiene escondido?

Thea sonrió.

–Muy tentador, pero no creo que sea aconsejable. Además, tu padre debes estar todavía en su despacho, trabajando.

–Sí, cabe esa posibilidad –Flynn suspiró–. Esperaba que se tomara esto más como una fiesta familiar que como una oportunidad para relacionarse con gente de negocios.

A Thea le alegró no ser la única que lo había notado.

–Supongo que no ve por qué no pueden ser las dos cosas. Al fin y al cabo, sabe por qué nos vamos a casar. Él mismo intervino con los términos del contrato.

–Sí, lo sé –respondió Flynn–, es un negocio. Es solo que… No sé, me gustaría que hiciéramos como si se tratara de algo que realmente nos importa a los dos, aunque solo fuera por un par de días.

Thea se lo quedó mirando. Iba a casarse con ese hombre al día siguiente y era la primera vez que le oía hablar con tanta honestidad sobre su relación.

–Flynn… ¿No quieres…? –«¿no quieres casarte? ¿No eres feliz conmigo? Para, Thea, no es el momento para esta conversación»–. ¿Querías esperar? ¿Me refiero a si querías esperar a casarte con una mujer de la que estuvieras enamorado?

Una cosa era casarse con un hombre del que no se estaba enamorada porque ese era el acuerdo y otra muy distinta era casarse con él cuando él esperaba y quería otra cosa. Pensó en la conversación que habían tenido en el columpio del porche sobre niños y el futuro.

Le había dado la impresión de que a Flynn le había hecho ilusión la idea de tener una familia.

Pero Flynn sacudió la cabeza y, con amargura, sonrió.

–No me hagas caso –dijo él–, estamos haciendo lo que tenemos que hacer, tanto por el negocio como por nosotros. Y sí, los cuentos de hadas están muy bien, pero hay otras cosas. Además, ¿quién sabe? Puede que tú y yo acabemos enamorándonos algún día.

No, no se enamorarían, pensó Thea con absoluta certidumbre. Por muy bien que le cayera, por mucho que le respetara y a pesar del cariño que tenía a Flynn, nunca se iba a enamorar de él. Sabía lo que era estar enamorada y no tenía nada que ver con lo que sentía por Flynn.

Thea trató de sonreír, pero lo hizo forzadamente.

–¿Listo para entrar? –preguntó ella, arrepentida de no haber dicho que sí cuando él se lo preguntó primero.

–Sí, claro –respondió Flynn sonriendo–. Adelante.

Flynn abrió la puerta y, en la estancia, las conversaciones fueron apagándose. Todos se quedaron mirándolos, a la espera de que llegaran a sus asientos y los ocuparan, como si de personajes de la realeza se tratara.

Thea solo tenía ojos para dos personas: Zeke y Helena. El padrino y la dama de honor estaban juntos, cerca de la cabecera de la enorme mesa. Helena murmuró algo a Zeke y este sonrió burlonamente. ¿Hablaban de ella? Le daba igual. Lo único que sabía era que quería estar con ellos dos, charlando, y no saludando a los cincuenta invitados a aquella cena, ensayo del banquete de boda.

Permitió que Flynn tomara la iniciativa; de esa manera, ella solo tendría que sonreír, asentir y, de vez en cuando, estrecharle la mano a alguien. Le permitió conducirla hasta sus asientos y sonrió dulcemente a su alrededor mientras ocupaba su silla.

Su padre miró a Flynn y asintió, e Isabella dijo:

–Thea, estás preciosa esta noche. ¡Y esas perlas son perfectas! No sabes cuánto me alegro.

Thea se llevó la mano al collar que Isabella le había dado. Las perlas eran redondas, duras y frías.

–¿No dicen que las perlas dan mala suerte? –preguntó Helena mientras se servía vino en la copa.

–No, no lo creo –respondió Isabella con una leve carcajada–. Además, eso son viejas supersticiones.

–Las perlas significan lágrimas –insistió Helena con voz firme–. Y fuiste tú quien insistió en que Thea llevara a su boda todo eso de lo viejo, lo nuevo, lo prestado y lo azul. Y eso son supersticiones.

–Me gustan las perlas –interpuso Thea, mirando a su hermana con expresión de sorpresa. Helena no tenía por costumbre llevarle la

contraria a Isabella. Por un momento, era como si Helena volviera a tener quince años–. No creo que signifiquen nada.

En ese momento, las puertas se abrieron y los camareros entraron para servir la sopa. Los comensales esperaron a ser servidos y a que los camareros, en absoluto silencio, se marcharan.

–Salvados por la sopa –murmuró Zeke dos asientos más allá de ella.

Thea le observó mientras él untaba mantequilla en el pan y vio a Helena servirle vino. Debía haber vuelto andando a la villa, tenía la frente algo quemada por el sol. Pero no parecía enfadado ni tenso, sino relajado y tranquilo. Parecía incluso… contento.

Quizá fuera porque ya le quedaba poco de estar allí y estaba pensando en su nueva vida después de vender This Minute a Glasshouse.

Isabella y Flynn mantuvieron la conversación viva durante los tres platos. Thea bebió demasiado vino e hizo lo posible por evitar que se notara que se le había subido a la cabeza. Entonces, cuando los camareros aparecieron para servir el café, su padre se puso en pie y dio unos golpecitos en una copa con un tenedor.

–Oh, no –susurró Thea–. ¿Qué va a hacer?

Flynn le dio una palmada en la mano para tranquilizarla, lo que la puso más nerviosa.

–Sé que esta noche no es la apropiada para los discursos largos –dijo Thomas Morrison–. Así que no se preocupen, dejaré el discurso del padre de la novia para mañana. Pero dirigir unas palabras de agradecimiento a todas estas personas tan cercanas a nuestra familia durante tantos años, a estas personas que nos han acompañado a través de los momentos difíciles como en los momentos de triunfo.

–Lo que explica por qué la mayoría de los que hay aquí son personas relacionadas con el negocio –murmuró Helena inclinándose hacia Thea–. Casi nunca hemos visto a nadie de nuestra familia desde que murió mamá.

–Ssss –pronunció Isabella sin mover los labios ni dejar de sonreír.

–¡Y permitid que diga con toda sinceridad que estoy encantado y aliviado de que Thea, por fin, haya tomado una decisión respecto a su vida personal tan sólida como las que toma en el trabajo!

Las risas de los comensales resonaron en los oídos de ella mientras su cuerpo entero se ponía tenso. De repente, se dio cuenta de que ni siquiera casarse con Flynn sería suficiente. Para su padre, ella seguía siendo un fracaso.

–Y también quiero darle las gracias a la persona que ha hecho todo esto posible –continuó Thomas indicando la comida, la villa y, quizá también la boda, con un gesto.

Thea contuvo la respiración, convencida del golpe de efecto que iría a continuación.

–Mi querida amiga Isabella Ashton.

Aplausos, esta vez reverentes. La gente asentía e Isabella sonreía educadamente.

Thea sintió ganas de vomitar.

–Y ahora, brindemos por la madre del novio y la mujer que ha sido la segunda madre de la novia durante doce años.

Los invitados se pusieron en pie. Thea se levantó, agarrándose al borde de la mesa, mientras los allí presentes vitoreaban a Isabella. Incluso Flynn había levantado su copa y sonreía a su madre, sin saber que a su novia acababan de destrozarle el corazón.

Era como si ella no existiera para nadie.

Zeke vio a Thea palidecer mientras su padre lanzaba ese estúpido discurso. ¿Cómo se podía hablar así de una hija el día previo a su boda? Y, para colmo, había propuesto un brindis por Isabella, no por la novia. Thomas se había mostrado cruel e ignorante.

Zeke apretó los dientes. Nunca le había gustado mucho Thomas Morrison, pero en ese momento le odiaba.

Para colmo, Flynn estaba estrechando la mano de su futuro suegro como si nada, sin darse cuenta de lo mal que Thea se sentía. Iba a casarse con ella al día siguiente y no podía ver lo que estaba sufriendo en ese momento.

Zeke se tragó la ira hacia su hermano con el último sorbo de café. Ahora, lo importante era sacar a Thea de allí.

Helena apareció a su izquierda y, disimuladamente, le dio una botella fría, forzándole a agarrarla.

–Vamos, vete con ella –dijo Helena asintiendo en dirección a Thea–. Yo me encargaré de poner una excusa si notan vuestra ausencia.

–Gracias –susurró Zeke dejando la botella de champán por debajo del tablero de la mesa.

Zeke buscó la mirada de Thea y, al encontrarla, arqueó una ceja y se dirigió hacia la puerta, sin esperar a ver si ella le seguía. Helena se aseguraría de que así fuera.

En la terraza, el aire era fresco. Se dejó caer en el columpio y alzó la botella para ver qué champán era. Bueno, por supuesto. El viejo Thomas no podía permitirse un champán inferior mientras insultaba a su hija delante de todo el mundo. Una pena que Helena no le hubiera dado un par de copas… De repente, recordó una noche en la que Thea y él habían bebido champán caro de la botella.

La puerta del vestíbulo se abrió y Thea salió a la terraza. La palidez de su rostro hacía contraste con su pelo negro y el rojo del vestido. Su piel parecía transparente a la luz de la luna. De repente, apenas podía contener las ganas de tocarla.

–Siéntate –dijo él moviendo la mano con la botella de champán sobre el cojín vacío–. A tu hermana le ha parecido que necesitaríamos esto.

–No se ha equivocado –Thea se sentó a su lado y él descorchó la botella. Entonces, ella la agarró y bebió un trago–. Ninguno de los dos hemos tenido un buen día, ¿verdad?

–No sé de qué te quejas –dijo Zeke–. No has sido tú quien ha tenido que andar kilómetros bajo un sol de justicia para volver a la casa.

Thea parpadeó y le pasó la botella.

–Perdona, no debí dejarte ahí. Lo siento.

–No, no lo sientes –Zeke se llevó la botella a los labios y bebió un largo sorbo. Las burbujas estallaron en su garganta y, por primera vez aquel día, comenzó a relajarse.

–Sí, un poco sí. Pero te lo mereciste.

–¿Por decir la verdad?

–Por besarme.

–¡Ah, eso!

–Sí, eso.

Zeke volvió a pasarle la botella y guardaron silencio durante un rato, los únicos sonidos algunas risas de dentro de la casa o el chirrido del columpio.

–Pues yo eso no lo siento –dijo Zeke, interrumpiendo el silencio.

Thea suspiró.

–La verdad es que yo tampoco. Puede que lo necesitáramos. Ya sabes, para cerrar definitivamente ese capítulo de tu vida o como quieras llamarlo.

–La verdad es que quien me ha ayudado con eso ha sido tu hermana.

Thea giró el cuerpo y lo miró con expresión de asombro.

–Dime que no has besado a mi hermana hoy.

–¿Y si así fuera?

–Sí así fuera me beberé el resto de la botella de champán yo sola –Thea dio un largo trago para demostrárselo.

Zeke se echó a reír.

–Vamos, tranquila, no he besado a Helena ni hoy ni nunca.

–Bien.

–Aunque, si lo hubiera hecho, no es asunto tuyo.

–Helena es mi hermana. Es y será asunto mío –declaró Thea devolviéndole la botella de champán, por fin.

–Pero no es responsabilidad tuya –dijo Zeke–. Helena es una mujer adulta, Thea. Sabe cuidar de sí misma.

–Es posible –Thea lo miró con aprensión–. ¿Qué has querido decir con eso de que Helena te ha ayudado?

Zeke apoyó la cabeza en el respaldo del columpio.

–Me ha contado lo que ocurrió. Yo no sabía nada. Me ha contado lo que pasó la noche que tú cumpliste los dieciocho años. Ahora ya sé por qué no viniste conmigo y qué pasó después.

Thea suspiró.

–¿Te lo ha contado? ¿También lo…?

–Sí, también lo que le pasó a ella, lo del embarazo y que tuvo una hija –Zeke ladeó la cabeza para verla mejor–. Y no fue culpa tuya, Thea.

Thea miró para otro lado.

–Eso es debatible.

–No, no lo es –Thea no respondió–. Thea, mírame.

Continuó sin mirarlo.

–¿Por qué?

–Porque voy a decir cosas importantes y quiero que me escuches.

Despacio, Thea levantó la cabeza y lo miró a los ojos. De repente, a él le dio un vuelco el corazón: la unión que creía que habían perdido resurgió entre los dos.

–No sé qué equivocaciones has cometido en tu vida, Thea, pero te aseguro que lo que le pasó a Helena no es culpa tuya. No puedes asumir la responsabilidad de lo que esos chicos le hicieron a tu hermana.

–Mi padre me responsabilizó de ello –susurró Thea–. Yo estaba al cuidado de Helena, era mi responsabilidad. Y la dejé salir.

–No –tenía que hacerla comprender. Le puso el brazo sobre los hombros y la atrajo hacia sí, estrechándola contra su pecho–. Escúchame, Thea, no fue culpa tuya. Y no puedes seguir viviendo creyendo que lo fue.

Thea vio en los ojos de Zake sinceridad y certeza. ¿Por qué ella nunca estaba segura de nada?

Thea tragó saliva y se apartó de él, y Zeke la dejó.

–¿Crees que es eso lo que estoy haciendo?

–Sé que es lo que estás haciendo –respondió Zeke.

–Estás equivocado –dijo ella mirándose las manos.

En parte, no podía creer que Helena le hubiera contado todo. No lo sabía casi nadie, excepto su padre, Isabella y suponía que Ezekiel Ashton.

–¿Eso crees? Por lo que veo, hace ocho años no viniste conmigo por Helena… y porque estabas asustada. Y ahora…

–La decisión que tomé hace ocho años fue la acertada –lo interrumpió ella–. Y no me arrepiento en absoluto.

–De acuerdo –dijo Zeke en tono más comprensivo del que había esperado–. Y nunca sabremos qué habría pasado si Helena no te

hubiera dicho lo que le pasó aquella noche. Pero la cuestión es que Helena, ahora, es una mujer adulta y no necesita que sigas protegiéndola. A pesar de lo cual, tú te empeñas en quedarte aquí.

–Mi vida entera está aquí –insistió Thea–. Mi lugar está aquí.

–¿Eso crees? –Zeke le agarró el brazo–. Te apartaron, Thea. Te hicieron el vacío. Te marginaron.

Thea sintió frío, el mismo frío que sintió la noche que Zeke se marchó.

–Eso tú… tú no lo sabes.

–Me lo ha contado Helena. Me lo ha contado todo.

Pero eso no era suficiente. Una descripción, unas palabras… no podían explicar lo que sintió cuando le arrebataron toda su existencia. Ni siquiera sabía si ella misma podía explicárselo a Zeke. Pero sabía que debía intentarlo.

–Fue como si yo hubiera dejado de existir –susurró Thea por fin–. No era lo que papá necesitaba, así que ahí ya no había un lugar para mí. Le defraudé y no le servía de nada.

Zeke aflojó la mano que le agarraba el brazo y la abrazó. Sintió los latidos del corazón de él y se sintió como se había sentido siempre en sus brazos, segura, en el lugar que le correspondía.

–Entonces, ¿por qué te empeñas en que te vuelva a aceptar? Estarías mejor sin él, sin ninguno de ellos.

–Crees que debería irme como has hecho tú, ¿verdad? –Thea se apartó lo suficiente para esbozar una media sonrisa–. Este es mi lugar. Además, ¿adónde si no podría ir, Zeke?

–¡A cualquier parte! A cualquier sitio que puedas ser tú misma y vivir tu vida. Lo que no deberías hacer es tomar decisiones que afectan a tu vida personal basándote en lo que es bueno para el negocio de la familia o lo que nuestros padres quieren. Podrías ir a cualquier lugar del mundo, Thea –Zeke se interrumpió un momento antes de añadir–: Incluso podrías venir conmigo si quisieras.

A Thea casi se le paró el corazón. No podía respirar. No podía pensar. No podía asimilar las palabras de Zeke.

–Voy a casarme con Flynn mañana.

–¿Por qué? –preguntó él–. En serio, Thea, dime por qué. No lo comprendo.

–Le quiero.

–No, no le quieres.

–¡Puede que llegue a quererle!

Zeke se echó a reír, pero en su risa estaba ausente el humor.

–Thea, estoy seguro de que le quieres de una forma u otra, pero no me digas que estás enamorada de él porque no es verdad. Y él tampoco lo está de ti. Ni siquiera ha notado lo disgustada que estabas después del discurso de tu padre.

–Pero tú sí.
Zeke asintió.
–Sí, yo y Helena. Somos tu equipo.
–Sí, pero tú te vas a ir después de la boda.
–Vamos, dime la verdad esta vez –insistió Zeke–. ¿Por qué estás decidida a casarte con Flynn mañana?
–Quizá sea porque creo que me hará feliz –respondió ella.
Zeke cambió de postura en el asiento, girando el cuerpo hacia ella, con una pierna doblada y apoyada en el columpió.
–¿En serio crees que serás feliz con él?
Thea pensó en mentir, pero no le vio sentido a hacerlo. Zeke no la creería.
–Creo que me sentiré segura. Contaré con alguien que me ayude a tomar decisiones. Todos mis amigos y la familia creen que no estoy cometiendo una equivocación.
–No todos –murmuró Zeke.
–Creo que volveré a tener un lugar aquí, un lugar que me he ganado a pulso, un lugar al que pertenecer. Un lugar que me merezco por linaje y matrimonio, y que nadie me podrá arrebatar jamás. Me sentiré satisfecha –concluyó Thea, ignorándole.
–¿Satisfecha? ¿Te conformas con eso solo?
Thea se encogió de hombros.
–¿Qué más puedo necesitar? –preguntó ella.
–Amor. Pasión. Felicidad. Placer.
–Ahí es donde uno empieza a equivocarse. Yo sé de negocios, de acuerdos, de contratos… Yo no sé nada sobre el placer.
Zeke se le acercó más y le acarició la mejilla con su aliento. La piel se le erizó.
–Solías saberlo –dijo Zeke con voz ronca.
–Eso fue hace mucho tiempo –replicó Thea con la respiración entrecortada.
–A mí no se me ha olvidado. Te encantaba gozar y ser libre para buscar el gozo. Hacías lo que querías, no lo que los demás te decían que debías hacer.
Las palabras de Zeke eran embriagadoras. Su cuerpo se inclinó hacia él sin poder evitarlo. El columpio empezó a mecerlos, acercándola inexorablemente a Zeke.
–¿No lo echas de menos? –le susurró él junto a la boca.
–Sí –murmuró ella.
Y entonces Zeke la besó.

Capítulo 9

Thea tenía el mismo sabor que él recordaba. Este no era un fiero beso como el del mediodía, un beso más de castigo que de placer, sino… otra cosa.

El placer y el dolor se mezclaron. Los años desaparecieron. Zeke volvía a tener veintiún años y la estaba dando un beso de despedida, a pesar de seguir con la esperanza de que ella cambiara de idea y se marchara con él.

Quizá esta vez fuera diferente. Quizá esta vez pudiera convencerla. Al fin y al cabo, había aprendido mucho en ocho años.

La estrechó contra sí, sintió el cuerpo de ella contra el suyo. ¿Cómo se había permitido creer que iba a presenciar la boda de Thea con otro y después marcharse?

Flynn… Su hermano no conocía a Thea, no sabía lo que ella necesitaba ni quería. No la amaba, como Thea no lo amaba a él.

Quizá Flynn lo comprendiera. Y si no lo comprendía, estaba a punto de que eso no le importara. Flynn no la merecía, lo había demostrado esa misma noche, después del discurso de Thomas.

Pero Zeke sí la necesitaba. La necesitaba más que nunca.

Acarició la espalda de Thea, la besó más a fondo y ella gimió. Thea gimió de placer, demostrándole lo mucho que le deseaba.

–Zeke –dijo ella apartándose ligeramente–. ¿Y…?

–Sssss –Zeke le acarició el cuello con los dedos y la sintió temblar–. Piensa solo en el placer.

Thea asintió y Zeke lo interpretó como que ella le daba permiso para volverla a besar. Primero la besó en los labios, después le besó la mandíbula, la garganta, el escote y hasta el sujetador de encaje.

–Oh, Zeke –Thea se estremeció de placer cuando él deslizó la mano por debajo de la falda del vestido y le acarició el muslo.

Sí, a él también le asaltaban los recuerdos. Recordaba lo natural que había sido para él tenerla en sus brazos, la respuesta de Thea a cada una de sus caricias, de sus besos… ¿Cómo podía Thea fingir que quería algo que no fuera aquello, que no fuera él? El cuerpo de Thea le estaba diciendo todo lo contrario.

Quería subir con ella a la habitación para hacerle el amor allí, en su dormitorio, en su cama. Pero sabía que solo disponía de ese momento para convencerla, no podía arriesgarse a que la interrupción la sacara

del hechizo del placer. No, conocía bien a Thea; un poco de aire fresco y subir las escaleras serían suficientes para hacerla dudar otra vez. Se suponía que Thea iba a casarse al día siguiente y él no podía permitir que eso ocurriera.

Tendría que seducirla ahí mismo, en la terraza. Entonces Thea se daría cuenta de que no podía casarse con Flynn. Y Flynn lo comprendería.

Zeke tiró de Thea hasta sentarla encima de él, a horcajadas. El cuerpo de Thea parecía saber exactamente lo que quería y se movió al unísono con el de él, sin vacilación.

–¿Te recuerda esto a algo? –murmuró Zeke besándole la garganta.

–Tu fiesta de cumpleaños, cuando cumpliste los veintiuno –murmuró ella.

–En la terraza…

–Y la fiesta en el piso de abajo.

–Y fuiste tú quien empezaste.

Thea se apretó contra él y Zeke jadeó.

–Según recuerdo, no pusiste ninguna pega.

–Sí, pero fuiste tú quien me arrastró ahí arriba –lo recordaba como si hubiera sido el día anterior.

–Y tú no te quejaste –insistió Thea tirándole de la camisa para tocarle la piel del torso.

Zeke contuvo la respiración al sentir los dedos de ella en el pecho.

–No, no me quejé.

De repente, Thea se quedó muy quieta y él le apretó los muslos, sujetándola.

–¿Qué te pasa? –preguntó Zeke.

–Es solo que… nunca he vuelto a sentir aquello, lo que sentí aquella noche contigo.

Había confesado en un susurro, y Zeke cerró los ojos de alivio.

–Yo tampoco. Nunca he sentido lo que sentí contigo. Con nadie.

Thea lo besó, con amor. Y por primera vez en ocho años, Zeke pensó que todo iba a ir bien.

–Hazme el amor, Zeke –le susurró ella.

Y Zeke la miró a los ojos y sonrió.

–Siempre.

Thea parpadeó en la oscuridad y se preguntó cómo era posible que hubiera olvidado esas sensaciones.

Un último suspiro de satisfacción… placer y su hogar.

Entonces, estiró el cuerpo y se enfrentó de nuevo a la realidad.

Hacía frío en la terraza, más frío del que pensaba que podía hacer en La Toscana en verano. Por supuesto, no tendría tanto frío si llevara

puesto el vestido… Zeke estaba tumbado a su lado con la camisa desabrochada y el magnífico pecho desnudo.

Thea agarró el vestido y se lo puso, intentando no pensar en lo que acababa de hacer. Había traicionado a su prometido. Había cometido un error que podía hacerla perderlo todo. La noche antes de la boda. ¡En la cena de ensayo del banquete de boda! Y todo porque Zeke se había puesto a hablar del placer y del pasado, a pesar de que ella le había dejado muy claro que eso ya no era lo que ella quería.

Pero, si era honesta, sabía que no podía culpar a Zeke. Ella había querido aquello, llevaba ocho años intentando olvidarlo.

Thea suspiró y Zeke le rodeó la cintura con un brazo. Se dejó caer sobre él, no tenía fuerza de voluntad para no hacerlo.

Ese era el problema, que con Zeke no era solo sexo, sino mucho más.

–Casi puedo oír lo que estás pensando –le murmuró Zeke junto al oído. Y ella volvió a suspirar.

–Vamos, dime, ¿qué estás pensando?

Thea se incorporó en el asiento.

–Tengo que irme. Tengo que… Los invitados están ahí dentro.

La expresión de Zeke se endureció.

–¿Qué creías que iba a hacer, Zeke? ¡Se supone que voy a casarme mañana y estoy aquí con el padrino! No ha sido una buena idea.

Zeke sacudió la cabeza.

–Debería haberlo sabido. Me consideras un error.

–Yo no he dicho eso, Zeke –jamás lo diría, consciente de que Zeke se había pasado la infancia pensando eso mismo, pensando que sus padres habrían sido más felices solo con Flynn, el hijo que habían elegido, no el hijo natural que había nacido en un momento que no les había convenido–. Yo… tengo que decírselo a Flynn. Tengo que aclarar esto.

Zeke lanzó un soplido y se acomodó en el columpio.

–Bien, adelante. Supongo que desaparecer en mitad de una fiesta es algo que nunca has hecho, ¿verdad?

–Solo porque era lo que tú hacías –respondió Thea con una triste sonrisa, recordando esa noche ocho años atrás y segura, por primera vez en la vida, de que no se habría ido con él aunque Helena no la hubiera necesitado.

Thea no estaba hecha para la clase de vida de Zeke.

Solo esperaba que él se diera cuenta de ello.

***

Zeke se quedó mirando a Thea mientras esta regresaba a la casa, algo despeinada y ya sin maquillaje. ¿Se acicalaría un poco antes de

reunirse de nuevo con los invitados? ¿Qué más daba, si lo que iba a hacer era decirle a Flynn que no podía casarse con él? Sin duda, Flynn se daría cuenta enseguida de lo que había pasado entre Thea y él, lo que no era tan terrible.

Zeke recostó la espalda en el respaldo del columpio e ignoró el sentimiento de culpa respecto a su hermano. Pero Flynn y Thea no estaban enamorados. Thea le pertenecía, siempre le había pertenecido. Flynn tenía que comprenderlo.

¿Quién habría dicho ese mediodía, cuando ella le había dejado tirado en la carretera, que iban a acabar el día así?

Debería haberse dado cuenta antes de que apelar a la razón con Thea no iba a servir de nada. Thea era diferente, Thea necesitaba ver la verdad, sentirla, no que se la explicaran. ¿Por qué no lo había recordado?

Ya daba igual. Acababa de demostrarle a Thea que le pertenecía. Por fin, llevarían la clase de vida que se les había negado ocho años atrás.

–Thea… –los tacones de Helena repiquetearon en el vestíbulo–. ¿Estás bien? He tenido cuidado de que nadie saliera a la terraza, pero los invitados se van a marchar ya. ¿Vas a despedirte de ellos? Si no te apetece, lo haré yo por ti.

Thea sonrió a su hermana.

–Gracias por cuidarme, Helena.

Helena sacudió la cabeza, avanzó unos pasos y abrazó a su hermana.

–No te cuido tanto como tú a mí.

¿Era eso verdad? Thea no estaba segura.

–Escucha, Helena, tengo que hablar con Flynn.

–¿Sí? –Helena dio un paso atrás y frunció el ceño–. ¿Ahora?

–Sí.

–¿Qué vas a decirle? –inquirió Helena.

Thea se preguntó qué sabía Helena de la relación entre Zeke y ella. ¿Qué le había contado Zeke? ¿Qué suponía que había ocurrido en la terraza?

–Todo –respondió Thea con un suspiro.

Helena se la quedó mirando y después asintió.

–Está bien, iré a buscarle. Tú ve a la biblioteca y espera ahí, ¿te parece?

–Sí, muy bien.

En la biblioteca, solo una lámpara de mesa estaba encendida, apenas suficiente para iluminar unos sillones. Thea paseó los dedos por unas estanterías mientras esperaba a Flynn y se esforzaba por no

prestar atención a las despedidas de los invitados en el vestíbulo.

Por fin, la puerta se abrió y Thea se volvió.

–¿Thea? –preguntó Flynn con la misma voz suave y tranquila de siempre–. ¿Estás aquí?

Thea se adentró en el haz de luz y forzó una sonrisa.

–Sí, estoy aquí.

Flynn cerró la puerta tras de sí y se volvió de cara a ella.

–¿Te pasa algo? Helena me ha dicho que querías hablar conmigo. Habría venido antes, pero los invitados…

–Sí, claro. Lo siento, debería haber estado ahí… Debería haberme despedido de ellos por lo menos.

–¿Dónde estabas? –preguntó Flynn–. Helena le ha dicho a todo el mundo que te habías ido a acostar, pero… no te veo aspecto de cansada. Te veo… no sé…

Thea apretó la mandíbula al imaginar su aspecto en ese momento. Debía tener el pelo revuelto, el vestido arrugado y la cara sin maquillaje. Le habría gustado que hubiera un espejo en la biblioteca para mirarse, para ver si el rostro le brillaba ahora igual que en el pasado después de hacer el amor con Zeke.

Esperaba que no fuera ese el caso. No creía que a Flynn le hiciera gracia.

–Estaba en la terraza con Zeke –confesó ella.

–Helena había dicho que… –la expresión de Flynn se endureció–. Helena ha mentido. ¿Qué está pasando aquí, Thea?

–Tengo que hablar contigo –Thea se acercó a uno de los sillones de oreja iluminados por la lámpara de la mesa y apoyó las manos en el respaldo–. Será mejor que te sientes.

–Y tú –dijo Flynn indicándole el sillón al que ella se agarraba.

Una vez en los sillones, fue Flynn quien tomó la iniciativa.

–Bueno, cuéntame qué pasa.

Thea respiró hondo mientras pensaba en cómo empezar.

–Hace ocho años, cuando Zeke se marchó, me pidió que me fuera con él –confesó Thea.

–¿Por qué?

–Porque estábamos enamorados –la verdad, por dolorosa que resultara, era la única forma de abordar la situación. La única forma de hacerle comprender a Flynn lo que había ocurrido aquella noche.

–Debería haber traído whisky –dijo Flynn cambiando de postura en el sillón.

–Sí. Lo siento.

–Bien, no te marchaste con él. ¿Por qué?

–Porque… –¿podía decírselo? No, era el secreto de Helena y solo ella podía revelarlo. Se decidió por una versión simplificada–. Helena tenía solo dieciséis años, estaba pasando un mal momento y me

necesitaba. Nuestra madre había muerto y… me necesitaba. No podía abandonarla.

–¿Pero de no haber sido por Helena?

No conocía la respuesta a esa pregunta.

–No lo sé –aunque, en realidad, en el fondo de su ser, sí sabía lo que habría hecho–. Zeke y yo somos muy diferentes; sobre todo, ahora.

–De acuerdo. En ese caso, ¿qué tiene que ver lo que me has contado con esta noche?

Las mejillas de Thea se encendieron. Estaba avergonzada de sí misma.

–He hecho el amor con Zeke esta noche.

–¿En la terraza, donde cualquiera podía haberos visto? –Flynn arqueó las cejas–. No me parece muy propio de ti.

Thea parpadeó.

–¿Eso es lo único que te preocupa?

Flynn lanzó un suspiro.

–Thea, no soy tonto. Desde el momento en que Zeke apareció me di cuenta de que había algo entre los dos. Yo estaba en la universidad cuando él se marchó, así que no me enteraba de nada. Pero al veros juntos estos días… En fin, Thea, esas cosas se notan.

–Ya –Thea tragó saliva–. ¿Me… desprecias?

Flynn le sonrió con ternura, con mucha más ternura de la que se merecía, y a ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Claro que no te desprecio, Thea –Flynn suspiró–. Mira, los dos sabemos que lo nuestro no es amor. Así que, si tienes alguna duda, mejor ahora que dentro de un años, cuando ya no tenga remedio.

–Entonces… ¿qué va a pasar ahora?

–Eso depende de ti –Flynn se la quedó mirando–. Tienes que decidir qué es lo que quieres, Thea. Si crees que serás feliz con Zeke, que él te puede dar lo que necesitas, propongo que vayamos a hablar con nuestros padres ahora mismo y cancelemos la boda. Pero si elijes la vida que habíamos pensado tener y que implica el negocio, el apoyo familiar, hijos… En fin, si te decides por esto último, tendrás que olvidarte de Zeke y casarte conmigo mañana.

Thea lo miró fijamente, a la espera de algo más, a la espera de que Flynn tomara una decisión por ella.

Pero Flynn no le ofreció consejo. Se limitó a observarla con gesto impasible.

–Tiene que ser decisión tuya, Thea –dijo él.

Y, desgraciadamente, Thea sabía que Flynn tenía razón.

Capítulo 10

–¿Estás bien?

Zeke se volvió al oír la voz de Helena, la vio en la puerta y notó las arrugas de preocupación en su frente.

–Sí, estoy bien –Zeke dio unas palmadas en el asiento del columpio–. Ven a sentarte. Todavía queda un poco de champán en la botella.

En vez de sentarse, Helena se apoyó en la barandilla de la terraza y estiró el brazo para alcanzar la botella. Se había quitado los tacones y parecía más pequeña de lo normal.

–¿Todo bien ahí dentro? –preguntó él mientras Helena se llevaba la botella a los labios.

En realidad, lo que quería preguntar era: «¿Dónde está Thea? ¿Cómo se lo ha tomado Flynn? ¿Cuándo va a volver?».

–Sí, todo bien –respondió Helena pasándole la botella–. Los invitados ya se han ido o se han retirado a sus habitaciones. Thea y Flynn están en la biblioteca, hablando. Tu padre está en su estudio. Isabella y papá están tomando una copa de coñac en el cuarto de estar de atrás, creo.

–¿Sabes de qué están hablando? –preguntó él.

Helena levantó una ceja.

–¿Papá e Isabella? No quiero ni pensarlo.

–No, Thea y Flynn –Zeke hizo una pausa–. ¿Y por qué no quieres ni pensarlo?

–¡A saber de qué hablan esos dos! –Helena se encogió de hombros, pero en los ojos se le veía que había algo más detrás de sus palabras.

–Helena, ¿qué es lo que no sé?

Helena ladeó la cabeza.

–¿Lo que no sabes o lo que no quieres saber? Como Thea.

–Llevo fuera de aquí ocho años, Helena.

–Y yo lo sabía desde los catorce años –replicó ella.

–¿Qué es lo que sabías, Helena? –insistió Zeke, aunque estaba seguro de que no le iba a gustar la respuesta.

–Que tu madre y mi padre tenían relaciones.

Zeke agarró la botella y bebió un largo trago.

–¿Lo sabías o lo sospechabas? –porque él sí lo había sospechado, pero no se había atrevido a mirar más a fondo por no descubrir la

verdad.

–Lo sabía.

Helena lo miró directamente a los ojos.

–Les vi una vez. En cierto modo, fue un alivio, porque me ayudó a comprender por qué Isabella se empeñaba tanto en hacer de madre con nosotras.

–Sí –eso explicaba muchas cosas–. ¿Por qué me estás contando esto ahora, Helena?

Helena se mordió los labios antes de contestar.

–¿Nunca te has preguntado por qué Isabella nunca abandonó a tu padre?

Zeke parpadeó. No, nunca se lo había preguntado, pero quizá hubiera debido hacerlo.

–Supongo que por dinero. Y la familia. Y el negocio.

–Pero si le hubiera dejado por mi padre…

–No lo habrían perdido; al menos, hasta cierto punto –concluyó Zeke.

–Exacto.

–En ese caso, ¿por qué no dejó a mi padre?

–No lo sé –respondió Helena encogiéndose de hombros–. Nunca se lo he preguntado a nadie, pero quizá haya llegado el momento de que alguien lo haga.

–¿Por qué? –¿qué importancia podía tener eso ya? Además, él se iba a marchar al día siguiente, con Thea, dejando todo eso atrás.

–Porque creo que Thea está a punto de cometer el mismo error.

Zeke se quedó helado.

–No, eso no puede ser. Thea ha ido a hablar con Flynn para decirle que no se va a casar con él.

Helena lo miró con expresión triste y comprensiva.

–¿Estás seguro?

–Sí –mintió Zeke–. Estoy absolutamente seguro.

Cuando Thea salió de la biblioteca, dejando atrás a Flynn, Isabella la estaba esperando.

–Vamos, querida, ven conmigo a tomar un té –dijo Isabella nada más verla.

–Gracias, pero estoy muy cansada y necesito dormir. Ha sido un día muy ajetreado.

Sin embargo, Isabella no aceptó un no por respuesta y Thea, obediente, la siguió hasta la cocina. Era tarde, pasaba de la medianoche, y los empleados ya se habían retirado a sus habitaciones. Isabella abrió un armario en el que había numerosas cajas con distintas variedades de té.

–¿Una manzanilla? –preguntó Isabella, para después fruncir el ceño–. No, mejor una infusión de menta, que es buena para el estómago.

–Como tú quieras.

Al cabo de unos diez minutos, Isabella colocó una bandeja con el servicio de té encima de la mesa de la cocina. Después, se sentó a la mesa, justo enfrente de Thea.

–Bueno, Thea, me gustaría hablar contigo de Zeke.

–¿De Zeke?

–Sí. Sé que siempre has estado muy… unida a mi hijo.

–Tu marido ya me ha pedido que hablara con él de This Minute –interpuso Thea–. He intentado convencerle, pero no ha servido de nada. Creo que piensa marcharse mañana y vender su empresa a Glasshouse, le da igual lo que Morrison-Ashton le ofrezca.

–No era de eso de lo que quería hablar contigo –le corrigió Isabella.

–¿De qué entonces? –preguntó ella a la defensiva.

–Quería hablar de tu relación con él. Y de mis relaciones con tu padre.

Thea parpadeó.

–No te entiendo.

–En ese caso, no has prestado mucha atención a nada –Isabella agarró la tetera y comenzó a servir.

–¿Qué relación tienes con mi padre? –preguntó Thea, aunque creía saber la respuesta. Debía saberlo desde hacía años.

–¿Qué relación tienes con mi hijo menor? –contraatacó Isabella.

–Hacía ocho años que no le veía –respondió Thea–. Creo que cualquier relación que hubiéramos podido tener en el pasado ya está muerta y enterrada.

–¿No ha sido él quien te ha consolado esta noche después del disgusto que te has llevado? Y supongo que es él también quien ha hecho que ahora presentes ese aspecto de estar completamente perdida.

–Háblame de ti y de papá.

Isabella dejó la tetera en la bandeja; después, con su taza en la mano, recostó la espalda en el respaldo de la silla.

–Creo que, en cierto modo, tu situación y la mía son muy parecidas.

–No sé a qué te refieres –dijo Thea.

–Cuando murió tu madre, tu padre se quedó destrozado. Yo intenté ayudarlo todo lo que pude. Luego, después del terrible episodio con Helena…

–Aprovechaste la oportunidad para echarme a un lado, para marginarme –la interrumpió Thea.

Isabella se limitó a enarcar ligeramente las cejas y bebió un sorbo de té.

–Hice lo que había que hacer en un momento de crisis.

Como enviar a Helena fuera y arrebatarle a ella su lugar en el hogar paterno.

–No veo en qué se parece eso a mi relación con Zeke –dijo Thea sacudiendo la cabeza.

–Bebe tu té y escucha –contestó Isabella–. Con el tiempo, tu padre y yo nos sentimos cada vez más unidos. Hablábamos mucho y prestábamos atención a lo que el otro decía, y eso era algo que los dos necesitábamos. Puede que te haya pasado desapercibido, pero mi marido no presta mucha atención a lo que le dicen los demás y el único tema de conversación que le interesa es la empresa. Con Thomas era diferente.

Thea agarró con fuerza el asa de su taza.

–Os enamorasteis.

–Sí. Profundamente.

–Pero no dejaste a Ezekiel. ¿Por qué?

–Ni se me pasó por la cabeza –respondió Isabella sin titubear–. Ni tu padre me pidió que lo hiciera, jamás.

–¿Por qué?

–Porque era lo suficientemente mayor y tenía la suficiente experiencia como para saber que el amor no lo es todo, Thea –respondió Isabella tras un suspiro–. Hay otras cosas en la vida.

–Como el dinero –aventuró Thea, sin disimular la amargura que sentía–. El dinero tampoco te habría faltado con papá.

–No es solo una cuestión de dinero. Sí, por supuesto que con Thomas habría tenido también dinero, estabilidad y muchas otras cosas. Pero ¿y el negocio? ¿Y mi estatus social? ¿Y mi lugar en el mundo? ¿Y Ezekiel y las promesas que le hice delante del altar?

–Lo que quieres decir es… ¿Y el escándalo? –Thea sacudió la cabeza.

–Lo que quiero decir es que una mujer necesita diversas cosas en la vida y que hay que considerarlas muy bien a la hora de decidir con quién casarse.

–¿Y Ezekiel te ha dado lo que necesitabas? Porque, de ser así, no veo por qué tenías que liarte con mi padre.

Isabella bebió un sorbo de té antes de responder.

–Es justo a eso a lo que me refiero. ¿No se te ha ocurrido pensar que es poco razonable esperar que una sola persona cubra todas tus necesidades?

–No –respondió Thea sin pensar, instintivamente.

Isabella esbozó una triste sonrisa.

–Tú eres joven, Thea, todavía sueñas. Y bien, ¿cuál de mis dos hijos crees tú que puede darte eso?

Thea no tenía respuesta.

–Tal y como yo lo veo, tienes dos opciones: una, casarte con Flynn como estaba previsto. Todo el mundo contento y nadie tiene por qué enterarse de tu… indiscreción. Sigues con tu vida y lo más probable es que no vuelvas a ver a Zeke.

–¿Y la segunda? –preguntó Thea con la boca seca.

–Cancelas la boda y te marchas con Zeke. Dejas atrás tu trabajo, tu familia y estatus social y un futuro estable; y dejas todo eso por un hombre que ya te abandonó una vez hace ocho años. Con el fin de que la imagen de la empresa no sufra mucho, mi marido amañará rápidamente otro matrimonio para Flynn. Supongo que Helena sería la candidata perfecta.

–No –Thea se estremeció de pies a cabeza–. No, Helena no se casaría con Flynn.

–Sí, claro que sí –respondió Isabella con sorprendente certidumbre en la voz–. En primer lugar, lo haría para no volver a causar una gran decepción. Pero, además… ¿no has notado cómo mira a Flynn?

–No.

¿Estaba Isabella diciendo eso para convencerla de que se casara con Flynn? ¿No sabía que si ella pensara que Helena quería a Flynn desaparecería de escena al instante? No, probablemente no.

–En ese caso, yo que tú me fijaría más.

Thea sacudió la cabeza.

–Eso son imaginaciones tuyas, Isabella. Además, no tiene importancia.

–¿No? ¿Y eso?

–Voy a casarme con Flynn –respondió Thea con los ojos fijos en la taza. En todo momento había sabido que era eso lo que debía hacer, tanto por su futuro como por el de su familia.

Isabella asintió.

–Muy bien. ¿Un poco más de té?

–No, gracias –Thea empujó la silla hacia atrás y se levantó–. Tengo que acostarme. Mañana va a ser un día muy ajetreado.

Para empezar, iba a tener que explicar la decisión que había tomado a una persona que jamás lo entendería.

A la mañana siguiente, Zeke se despertó temprano. La noche anterior había estado esperando a Thea en la terraza; por fin, al ver apagadas todas las luces de la casa, se había ido a su cuarto, solo.

Había llegado el día de la boda y seguía sin saber qué decisión había tomado Thea.

Después de ducharse y vestirse, salió del dormitorio y se encontró con Flynn, que iba a su encuentro.

–Tenemos que hablar –le dijo su hermano con expresión solemne–.

Y después tú vas a tener que hablar con Thea.
–Muy bien. Pero… ¿te importaría decirme de qué tenemos que hablar exactamente?
Flynn le lanzó una mirada exasperada.
–De Thea, naturalmente.
–Bien.
Flynn abrió la puerta de la biblioteca, le cedió el paso y después de entrar cerró la puerta.
Zeke se sentó en uno de los sillones de oreja y, de repente, recordó lo que Helena le había dicho la noche anterior. Flynn y Thea habían mantenido una conversación en la biblioteca después del episodio en la terraza. Le habría encantado oír la conversación.
Quizá Flynn se lo dijera, si se lo pedía con educación.
–Bueno, ¿qué pasa? –preguntó Zeke en tono burlón mientras cruzaba una pierna sobre la otra–. ¿El típico ataque de nervios antes de la boda?
Flynn le lanzó una furiosa mirada.
–Supuestamente, dentro de seis horas voy a casarme con Thea. Si de alguna manera esa boda te afecta a ti personalmente, será mejor que dejes de hacerte el gracioso. Aunque solo sea por una vez, necesito que te portes conmigo como un hermano y que seas sincero.
Zeke se retrajo bajo la intensa mirada de su hermano.
–Está bien, di lo que tengas que decirme.
–Thea me ha contado que anoche se acostó contigo.
–Ya. Me dijo que te lo iba a decir –Zeke miró a Flynn directamente a los ojos. No estaba avergonzado, Thea le pertenecía.
–Voy a casarme con ella.
–Por el amor de Dios, ¿por qué? –Zeke agarró los brazos del sillón y se inclinó hacia delante–. ¡No estás enamorado de ella y Thea tampoco lo está de ti!
–¿Y crees que todavía está enamorada de ti?
–Sí que lo está –contestó Zeke–. Y sé que se merece más de lo que tú puedes ofrecerle.
–¿Y qué es lo que le ofreces tú exactamente? –preguntó Flynn con los ojos fijos en los de él–. ¿La oportunidad de mandar a paseo a nuestro padre?
–No, eso no es… –Zeke se echó hacia atrás en el asiento–. No, no es eso.
–¿Estás seguro? –Flynn ladeó la cabeza–. Han pasado ocho años, Zeke. ¿Para qué has vuelto ahora si no ha sido para demostrar algo?
–Va, no lo sé. Quizá haya venido para evitar que Thea cometa un enorme error.
–¿En serio te consideras capacitado para juzgar los errores de Thea?
–Al menos, mejor que ella –respondió Zeke pensando en Helena y

en el sentimiento de culpa de Thea por lo que le había pasado a su hermana.

Flynn sacudió la cabeza.

–Te equivocas. En cualquier caso, anoche le dije a Thea que es ella quien tiene que decidir lo que quiere hacer con su vida. Le dije que se tomara la noche para pensarlo y que ahora por la mañana viniera a hablar con los dos. Ya no tardará en venir.

–Bien –dijo Zeke, esperando que la sorpresa no se le notara en el semblante.

Capítulo 11

Thea respiró hondo al abrir la puerta de la biblioteca y vio a Zeke y a Flynn esperándola. Aquel momento iba a decidir su futuro. Iba a ser la elección más difícil de su vida y quizá también el mayor error. Y, por supuesto, tenía que ver con Zeke Ashton.

–Buenos días, Thea –dijo Flynn.

Thea caminó hacia el centro de la estancia y tomó el asiento que Flynn le indicó con un gesto.

–Bueno, escuchad un momento lo que voy a decir –Flynn tomó asiento antes de continuar–. Los tres conocemos la situación y estamos de acuerdo en que tiene que ser Thea quien decida qué va a pasar hoy. ¿De acuerdo?

Zeke asintió.

–Sí –respondió ella en un susurro apenas audible, aunque no quería decir nada.

–En ese caso, sugiero que…

–¡Por el amor de Dios! –interrumpió Zeke–. Flynn, no estamos en una reunión de trabajo.

–No –respondió Flynn con calma–, se trata de una reunión en la que se va a discutir mi futuro, Zeke. Y teniendo en cuenta que has sido tú quien ha sembrado la semilla de la incertidumbre, creo que deberías permitirme que aborde el tema a mi manera. ¿No te parece?

Zeke bajó la cabeza y ella, lanzándole una mirada de soslayo, se dio cuenta de lo irritado que estaba al ver la fuerza con que agarraba los brazos del sillón.

–Lo que propongo es lo siguiente –continuó Flynn–: Zeke y yo expondremos nuestros argumentos; después, te dejaremos sola un tiempo para que tomes una decisión. Lo único que pido es que no tardes en decidir lo que sea; una vez que los invitados empiecen a llegar, será mucho más difícil suspender la boda si eso es lo que decides.

Thea asintió y dejó de mirar a Zeke.

–Bien. ¿Empiezo yo? –preguntó Flynn. Como nadie respondió, Flynn continuó–: Thea, está claro que quiero casarme contigo hoy. Sé lo que pasó anoche y creo que, después de nuestra conversación en la biblioteca, comprendo por qué pasó. Pero no veo que un acto impulsivo como ese deba necesariamente cambiar el rumbo de una

vida. Firmamos un contrato y los dos estábamos de acuerdo en casarnos. Yo te puedo ofrecer seguridad, el negocio y la clase de futuro que tú quieres. Y el matrimonio es solo una pequeña parte de nuestras vidas, también tenemos que considerar los deseos y necesidades de las personas queridas. Los dos sabemos que, excepto Zeke, el resto de la gente de esta casa quiere que nos casemos. Juntos podemos lograr muchas cosas, Thea. Y, si quieres que te sea sincero, me preocuparía tu futuro si te marcharas con Zeke hoy.

Flynn se levantó de su asiento, se acercó a ella y le tomó la mano.

–Porque quiero que sepas, Thea, que te tengo mucho cariño. Quizá no haya pasión entre los dos, pero hay otras cosas: respeto mutuo, cariño, intereses comunes y valores compartidos. Y eso también es importante. Muy importante, teniendo en cuenta lo que nos gustaría conseguir en la vida.

Thea se dio cuenta de que Flynn no estaba hablando del negocio, sino de tener hijos. Flynn sería un padre magnífico, sereno y justo. Y estaba segura de que Flynn jamás se acostaría con la esposa de su mejor amigo, al contrario que su propio padre. Al contrario que Zeke, pensó robándole una mirada. Al fin y al cabo, Zeke se había acostado con ella justo la noche antes de su boda. No, la moral nunca había motivado mucho a Zeke.

Ni a ella tampoco esa semana, al parecer.

Flynn estaba esperando una respuesta, Thea asintió y contestó:

–Sí, lo que has dicho tiene mucho sentido –aunque su pobre cerebro apenas podía recordar las palabras que Flynn acababa de pronunciar.

Flynn asintió y volvió a ocupar su asiento.

–Zeke, ahora te toca a ti –dijo Flynn.

–Está bien –Zeke tomó aire y lo expulsó sonoramente–. No quiero que te cases con Flynn, Thea. En mi opinión, sería un error. Sé que lo haces por la familia, que crees que así demostrarás que eres digna de pertenecer a ella. Y también sé que crees que, si te casas con Flynn, harás felices a todo. Pero te equivocas.

De repente, Flynn lanzó una rápida mirada a la puerta, como si temiera que alguien estuviera escuchando. Acto seguido, se oyeron unos golpecitos.

–Ah, por fin os encuentro –dijo Isabella dedicándoles la mejor de sus sonrisas–. Thea, querida, quería hacerte una consulta sobre la disposición de la mesa. ¿Puedes venir un momento?

–Yo me encargaré de eso –interpuso Flynn poniéndose en pie–. Thea y Zeke están recordando viejos tiempos, mamá. Dejémosles tranquilos un rato, después de la boda no tendrán oportunidad de hacerlo.

Isabella debía saber que su hijo le había mentido, pero lo dejó pasar. Flynn cerró la puerta después de que su madre y él salieran de la biblioteca, dejándola a solas con Zeke.

–Mucho mejor así –declaró Zeke–. Ahora podremos hablar como es debido.

Capítulo 12

Thea no podía soportar la penetrante mirada de Zeke. ¿Quién era él para juzgarla? ¿Quién era él para suponer que la conocía mejor que ella a sí misma? Todos los que estaban en la villa creían saber lo que a ella le convenía, Zeke era el último de la lista.

Estaba harta. Completamente harta.

–Supongo que te das cuenta de que pareces dispuesta a hacer lo que los demás quieren que hagas, no lo que tú realmente deseas. ¿No es cierto?

–¿Cómo sabes tú lo que yo quiero? Y, por favor, no menciones lo de anoche. Si lo haces, saldré de aquí ahora mismo.

La burlona sonrisa de Zeke le dijo que eso era exactamente lo que había estado a punto de mencionar; sin embargo, se contuvo.

–Lo que sí sé es que estás asustada. Te has pasado la vida haciendo lo que los demás creen que es lo mejor para ti y no sabes cómo romper ese patrón de comportamiento. No te atreves a dar rienda suelta a tus deseos por temor a disgustar a alguien.

–¡Mis deseos me disgustan a mí! –gritó Thea–. ¿Crees que quiero ser así, Zeke? ¿Crees que quiero ser la clase de mujer que se acuesta con el padrino de la boda la noche previa a la ceremonia? ¡En estos momentos me odio a mí misma! Lo mejor para mí es volver a mi vida normal, una vida exenta del caos que has provocado tú. ¿Tan terrible te parece?

–No, si lo que realmente quieres es una vida ordenada y tranquila.

Cuando Zeke se le acercó, el cuerpo entero comenzó a cosquillearle.

–Pero no creo que sea eso lo que quieres. Me parece que deseas mucho más. Tú necesitas llevar una vida que te alegre el corazón. Tú lo quieres todo, Thea.

Antes de que Thea se diera cuenta, Zeke tenía la mano en su cintura, atrayéndola hacia sí. Los labios tan cerca de los suyos…

Le deseaba con locura. Quería la boca de Zeke pegada a la suya, sus cuerpos abrazados. Pero no podía ser. No podía ser si quería las otras cosas que se había prometido a sí misma: su familia, seguridad y su trabajo. Esta era su última oportunidad de conseguir todo eso y no iba a desaprovecharla, por tentador que fuera rendirse al deseo en contra del sentido común.

–No, Zeke –Thea le apartó de sí–. Voy a casarme con Flynn.

–En ese caso, estás loca.

Zeke se apartó y le dio la espalda.

–He tomado la decisión que el sentido común me dicta –contestó Thea.

–La decisión equivocada.

–¿Eso crees? –Thea sacudió la cabeza. Aquello iba a dolerle y le iba a enfadar, pero tenía que decírselo. Llevaba ocho años esperando a decírselo–. ¿Y tú? Dices que dejo que los demás dicten cómo tengo que vivir mi vida, pero ¿crees que tu caso es distinto?

–Yo hago lo que quiero con mi vida –Zeke se pasó una mano por el cabello y luego se volvió hacia ella–. Soy yo quien decide lo que hago, no me rigen las lealtades a una arcaica familia ni mi deber respecto a hombres manipuladores.

–¿En serio? A mí me parece que todo lo que has hecho desde que te marchaste, incluso el hecho de irte, se debe más a tu padre que a lo que tú querías.

Zeke sacudió la cabeza.

–No sabes lo que dices.

–Sí que lo sé, Zeke, porque te conozco –declaró Thea con firmeza–. Cuando te marchaste, dijiste que querías dejar atrás Morrison-Ashton y todo lo que representaba. Pero ¿qué hiciste? Fuiste a trabajar a otra empresa de medios de comunicación y luego montaste una para hacerles la competencia. ¡Eso es lo que hiciste!

–Porque conocía el medio, solo por eso –Zeke se encogió de hombros.

Pero Thea no le hizo caso.

–Y ahora estás aquí, tratando de demostrar una vez más que no necesitas a tu familia. Todavía sientes rencor hacia tu padre por haberle dado a Flynn el trabajo que tú querías.

–¡No es solo por eso!

–El rencor te impide dejar atrás el pasado y rehacer tu vida –continuó ella–. La gente cree que te marchaste y te olvidaste de nosotros, pero eso no es verdad. No has dejado de pensar en nosotros en los últimos ocho años, Zeke, y cada vez te pesa más la familia. No conseguirás ser feliz hasta que no te liberes del pasado definitivamente. Y aunque yo me fuera contigo, no conseguirías ser feliz.

–Te equivocas –dijo Zeke, pero en el fondo sabía que había una dosis de verdad en las palabras de Thea–. Esta vez, es un adiós definitivo.

La triste sonrisa de Thea le enfureció. ¿Quién era ella para señalarle sus equivocaciones? Thea, la persona que siempre tomaba la decisión

errónea.

Se le encogió el corazón al darse cuenta de que quizá aquella fuera la última vez que la veía. Iba a marcharse una vez más y ella, como en la ocasión anterior, no le acompañaría.

Amaba a Thea Morrison más de lo que creía posible amar a alguien.

Pero ya daba igual, Thea había vuelto a rechazarle. Y esta vez, cuando se marchara, lo haría para no regresar nunca más.

–Quizá no lo sepas todavía –dijo Zeke con calma–, pero vas a hacer muy desgraciados a mi hermano y a todos los que te rodean si te casas hoy con Flynn. Te quiero. Y haría cualquier cosa por ti, excepto quedarme aquí y llevar la clase de vida que crees que quieres y que, al final, acabará volviéndote loca. Un día te despertarás y te darás cuenta del error que has cometido. Pero, como tú misma has dicho, eres tú quien decide.

Thea lo amaba, lo sabía, pero no iba a permitirse tener lo único que podía hacerla feliz.

–Adiós, Thea –dijo Zeke mientras salía por la puerta.

***

Thea, sentada muy quieta en el sillón, esperó a ver qué pasaba ahora. La estilista llegaría pronto para peinarla y maquillarla. Helena iría a buscarla a la biblioteca cuando llegara la hora, ¿no? Entretanto, se quedaría ahí hasta que alguien apareciera para decirle lo que debía hacer.

Oyó un ruido, alzó el rostro, la puerta se abrió y Flynn asomó la cabeza. Al verla sola, entró y cerró.

–¿Todo bien? –preguntó él sin acercarse.

Pobre Flynn, se lo había hecho pasar muy mal aquella semana. Era un hombre extraordinario. No se merecía todo aquello.

–Sí, todo bien –respondió ella forzando una sonrisa–. Aunque me temo que vas a tener que buscarte otro padrino.

Flynn pareció aliviado.

–Creo que podré arreglarlo.

Flynn se le acercó, se sentó en el brazo del sillón que ella ocupaba y, con ternura, le puso una mano en el hombro. Sí, sería un padre extraordinario. Era importante centrarse en los excelentes motivos que tenía para casarse con él.

–¿Te encuentras bien? –insistió Flynn, y Thea asintió.

–Sí, estoy bien. Ha sido… difícil. Pero ya está.

–¿Seguro que quieres que nos casemos hoy? No es que no te agradezca que me hayas elegido, Thea; además, creo que es la decisión correcta. Estoy seguro de que nuestro futuro juntos será excelente. Sin embargo, no tiene por qué empezar hoy si tú no

quieres. Podríamos retrasar la boda…

–No –lo interrumpió ella–. He tomado una decisión ya. Quiero casarme hoy.

Así no le daría tiempo a cambiar de parecer.

Zeke entró en el despacho de su padre sin llamar a la puerta.

–¿No deberías estar ensayando el discurso que vas a dar como padrino de la boda? –preguntó Ezekiel arqueando las cejas.

–Creo que a estas alturas Flynn debe haberse buscado otro padrino –Zeke se sentó en la silla delante del escritorio, enfrente de su padre–. Voy a irme tan pronto como haga el equipaje.

–Así que no te quedas, ¿eh? –Ezekiel sacudió la cabeza–. No sé por qué me sorprende.

«Ya no me importa. Ya no me importan ni él, ni lo que piense ni lo que haga».

–Antes de irme tengo que solventar un asunto de negocios contigo –dijo Zeke.

–¿Y eso? Tenía la impresión de que eras muy reacio a hacer negocios con tu padre.

–Y así es –contestó Zeke–. Pero es posible que sea la única forma de cortar contigo de una vez por todas.

–Lo único que estás haciendo es huir de tus responsabilidades –dijo Ezekiel–. Y todos sabemos que tarde o temprano volverás. Somos tu familia.

Zeke sacudió la cabeza.

–No, no considero esta mi familia. ¿Sabes por qué me marché hace ocho años?

–Porque le di a tu hermano un puesto de trabajo que, en tu opinión, te pertenecía a ti.

–No. Me marché porque, por fin, comprendí por qué lo habías hecho. Oí lo que le dijiste a Thomas respecto a nosotros. Había ido a hablar contigo sobre el trabajo que le habías dado a Flynn, a pesar de habérmelo prometido a mí –Zeke sacudió la cabeza–. Te oí reír y decirle a Thomas que quizá no hubiera sido una desgracia que mamá se hubiera quedado embarazada de mí justo en el momento en que confirmaron la adopción de Flynn. Te oí decirle que, aunque no habías pensado tener dos hijos, igual había sido lo mejor.

Zeke se vio a sí mismo ocho años atrás, con el puño levantado para llamar a la puerta, cuando oyó las palabras de su padre que habían estropeado la relación de él con su hermano para siempre:

–De esta forma, competirán el uno contra el otro –había dicho Ezekiel a Thomas–. En cierto modo, es mejor tener dos hijos. Flynn siempre se ha sentido como si tuviera que ganarse a pulso su derecho

a pertenecer a la familia, así que no cesa de luchar por ello. Entretanto, dejo creer a Zeke que me decepciona y así él no para de luchar para ser mejor que su hermano. Es perfecto.

–«Le he dicho a Zeke que, a partir de ahora, Flynn es mi mano derecha», dijiste –Zeke observó a su padre y se dio cuenta de que recordaba aquellas palabras–. Y dijiste: «Por supuesto, Zeke estará al frente de la empresa algún día. Pero quiero que, para conseguirlo, luche contra su hermano».

Aquellas palabras todavía le martilleaban el cerebro.

–¿Te acuerdas, papá?

Ezekiel asintió.

–Naturalmente que me acuerdo. ¿Y qué? La competitividad es buena, es sana.

–Eso no era sano. Nada de lo que nos hiciste era sano.

Zeke se inclinó hacia delante en el asiento y miró fijamente a su padre antes de añadir:

–Lo que hiciste fue injusto y cruel. Flynn y yo debíamos haber tenido una relación de hermanos, pero tú nos enfrentaste, hiciste que nos enemistáramos, nos pusiste el uno en contra del otro. Hiciste que yo me sintiera rechazado e inepto y a Flynn que creyera que tenía que ganarse a pulso hasta la última miga de pan que se comía. Hiciste que tu esposa se arrojara a los brazos de tu mejor amigo. Hiciste que me marchara a la otra punta del país y ahora has hecho que Flynn y Thea se crean que la única forma de ayudar en el negocio familiar y de ganarse un lugar en esta familia es casándose. Eres un viejo cruel, despiadado y manipulador. Y no quiero volver a tener nada que ver contigo.

Ezekiel guardó silencio, pero Zeke no se molestó en buscar remordimiento en su expresión, sabía que no lo encontraría.

–Estoy aquí para realizar mi último negocio contigo, viejo –dijo Zeke volviendo a recostarse en el respaldo del asiento–. Voy a venderos This Minute por el doble del precio que iba a vendérselo a Glasshouse –Zeke escribió una cifra en un trozo de papel que agarró de la mesa.

Ezekiel leyó la cifra y asintió.

–Sabía que, al final, harías lo que es lógico.

–No he terminado –dijo Zeke–. Eso es solo el dinero que vais a pagar, pero quiero más cosas. Quiero que le des a Thea el puesto que me habías ofrecido a mí y que la dejes operar a su manera. No podrás interferir en su trabajo para nada.

Ezekiel asintió.

–De acuerdo. Como suele decir el padre de Thea, se le da mejor tomar decisiones relativas al trabajo que en lo que a su vida personal se refiere. Además, después de la boda, íbamos a ascenderla.

Zeke conocía a su padre y sabía que se estaba convenciendo a sí mismo de que el nuevo trabajo de Thea había sido idea suya. Pero se lo iba a poner más difícil todavía.

–Hay una cosa más. Quiero que dejes el cargo de director ejecutivo de Morrison-Ashton y se lo des a Flynn. Cuentas con un año para ello, ni un día más. Cuando se cumpla un año de la boda de Flynn, será él quien estará al frente de la empresa.

–Se suponía que tú ibas a estar al frente.

Zeke sacudió la cabeza.

–No quiero la empresa, pero Flynn sí. Flynn es tan hijo tuyo como yo, y se merece mucho más que yo. La empresa es suya.

Ezekiel se lo quedó mirando, sopesando si deseaba más This Minute de lo que odiaba a su hijo en esos momentos.

Zeke esperó. Sabía que a su padre el orgullo no le permitiría que Glasshouse se hiciera con This Minute. Además, probablemente creía que, de alguna manera, lograría evitar ceder el mando de la empresa a Flynn.

Pero su padre no lo conseguiría, sus abogados eran excelentes. No obstante, permitió que su padre albergara esa inútil esperanza.

–De acuerdo –respondió Ezekiel por fin.

Zeke se puso en pie.

–Haré que mi equipo se encargue del papeleo. Se pondrán en contacto contigo la semana que viene.

–¿Y tú, qué vas a hacer?

Zeke se detuvo delante de la puerta y sonrió a su padre.

–Voy a vivir mi vida por fin.

Capítulo 13

Salió de su dormitorio, los pasillos fríos y vacíos. Supuso que la mayoría de la gente estaría en sus habitaciones, arreglándose para la boda, aunque otros debían estar ya en la iglesia con el fin de conseguir buen sitio para presenciar la boda del año. Si se daba prisa, conseguiría agenciarse uno de los taxis que merodeaban por la villa para que le llevara al aeropuerto.

–Papá me ha dicho que te vas.

Zeke se detuvo, al borde de las escaleras, al oír la voz de su hermano.

–Sí, me voy –respondió Zeke dándose la vuelta.

–Dime una cosa, ¿era Thea el motivo por el que habías venido? –le preguntó Flynn–. ¿Para volver a conquistarla?

–No, no ha sido ese el único motivo –Zeke suspiró y bajó unos escalones hasta reunirse con su hermano en mitad de las escaleras–. Creía que había dejado todo atrás: a ella, a la familia… todo. Supongo que he venido porque quería comprobar si era realmente así.

–¿Y?

Zeke sonrió.

–La verdad es que no era como creía en un principio. Ha resultado que había cosas que no había superado.

–¿Y ahora?

–Ahora sí, por fin –respondió Zeke con firmeza–. Si no, pregúntaselo a nuestro padre.

–Lo he hecho –Flynn se remangó los pantalones y se sentó en mitad de las escaleras.

Tras un momento de vacilación, Zeke lo imitó.

–Igual que cuando teníamos cinco años –dijo Zeke.

–Sí, así es –respondió Flynn con una carcajada–. ¿Te acuerdas cuando mamá y papá daban fiestas y nos levantábamos de la cama y nos sentábamos aquí para ver a la gente?

–Sí, claro que me acuerdo –respondió Zeke.

–Por cierto, papá me contado lo de las condiciones que has puesto para vender This Minute a MorrisonAshton. Incluido que me nombre director general.

–Sí, así es –Zeke bajó la cabeza para evitar la mirada de su hermano.

–Ese puesto estaba reservado para ti –comentó Flynn–. Yo sabía que papá, al final, te lo daría a ti. Al fin y al cabo, tú sí llevas sangre Ashton en las venas.

–No quiero el puesto –dijo Zeke–. Además, quien se lo merece eres tú.

–Y sé hacer ese trabajo, además.

Zeke se echó a reír.

–Sí, tienes razón. A mí me gusta crear cosas mientras que a ti se te da bien hacer que las cosas vayan bien. Eres el mejor para ese puesto.

–¿Ha sido ese el único motivo?

–No. Quería hacer que el plan de papá fallara.

–¿El plan de papá? ¿Te refieres a sus empeños por tratar de enfrentarnos?

–Sí. Quería dejarle claro que, pase lo que pase, eres mi hermano.

Flynn estiró las piernas y apoyó los codos en un peldaño.

–Eso sonaría más sincero si anoche no te hubieras acostado con mi prometida.

–Sí, es posible –respondió Zeke con aprensión–. Escucha, eso no tuvo nada que ver contigo… sino con Thea. Ha sido una especie de despedida definitiva.

–No era eso lo que tú querías, Zeke.

–Puede que no –Zeke se encogió de hombros–, pero así es. Thea quiere una vida diferente a la que yo puedo ofrecerle. Y yo necesito vivir lejos de esta familia.

–¿Eso ha sido lo que te ha dicho Thea?

–Sí.

–Zeke, quiero que quede claro que, después de hoy, entre Thea y tú no puede haber nada. ¿De acuerdo?

–Sí, lo sé, no te preocupes. Además, tan pronto como agarre mis cosas, voy a tomar un taxi para ir al aeropuerto y os dejaré en paz de una vez por todas.

–¿No vas a volver? –preguntó Flynn.

Zeke sacudió la cabeza.

–Al menos, no volveré en mucho tiempo.

Flynn ladeó la cabeza y lo miró fijamente a los ojos.

–Estás realmente enamorado de ella, ¿verdad?

Zeke se encogió de hombros y se puso en pie para subir por su equipaje.

–Que la quiera o no ya da igual.

Capítulo 14

–¡Vaya! –exclamó Helena cuando Thea salió de detrás del biombo–. Creo que deberías plantarte así delante del altar, seguro que Flynn no se quejaría.

Thea hizo una mueca a su hermana a través del espejo. Lo cierto era que casi no se reconocía. Con el velo y el exceso de maquillaje, que Sheila le había asegurado era necesario para que le durase todo el día, a pesar de que no se iba a casar hasta las cuatro de la tarde, parecía otra persona.

Bajó la mirada y se vio los pechos agrandados por el corsé blanco; después, clavó los ojos en las medias blancas sujetas por ligas. Parecía una artista de streaptease disfrazada de novia. Esperaba que a Flynn le gustara.

A Zake seguro que le gustaría.

No, no podía pensar en él.

–¿Me ayudas a ponerme el vestido? –preguntó Thea apartándose del espejo–. No nos queda mucho tiempo.

Helena descolgó de la percha el vestido de seda color marfil y, mientras la ayudaba a ponérselo, le preguntó:

–¿Estás segura de lo que vas a hacer?

–No eres la primera persona que me ha preguntado eso hoy –respondió Thea con un suspiro–. Pero he decidido casarme con Flynn y eso es lo que voy a hacer.

–Me alegra oírte decir eso.

Thea se dio la vuelta al oír la voz de Flynn y lo encontró apoyado en el marco de la puerta.

–¿Qué haces aquí? –preguntó Thea con un chirrido.

–Tengo que hablar contigo, es importante –respondió él en tono perfectamente razonable.

–¡No es el momento! –exclamó ella, sin comprender qué hacía ahí Flynn. ¡Se suponía que el novio no podía ver a la novia con el vestido de novia antes de encontrarse en la iglesia! ¡Daba muy, muy mala suerte!

–Por cierto, estás preciosa –añadió Flynn–. En fin, venía a decirte que Zeke ha accedido a vender This Minute a Morrison-Ashton.

–¿En serio? ¿Por qué?

–Quizá porque alguien le ha convencido de que debe dejar el pasado

atrás y seguir su camino en la vida.

–Ah –Helena agrandó los ojos–. Thea, ¿qué…?

–Déjalo, Helena, eso da igual –cortó Thea–. ¿Quiere eso decir que Zake no va a aceptar el papel de director ejecutivo?

–No. Ha insistido en que papá me dé a mí ese puesto. Y ha obligado a papá a que, en el plazo de un año, deje la empresa y me ponga a mí al frente –concluyó Flynn.

Thea, temblando, se dejó caer en la silla más próxima.

–¿Por qué lo ha hecho?

Pero conocía la respuesta a esa pregunta. Zake había cedido ante su padre con el fin de liberarse de todo, con el fin de sentirse libre por fin. Incluso de ella.

–Thea, ¿te pasa algo, te encuentras mal? –le preguntó Helena.

–¡No! –exclamó Thea rompiendo en sollozos–. Solo que soy un desastre. Un error.

–Eso no es verdad –dijo Helena con suavidad. E incluso Flynn la miraba con preocupación–. ¿Por qué dices eso?

Thea lanzó una amarga carcajada.

–Pues no sé, ¿quizá por haberme acostado con el padrino la noche antes de la boda? ¿O quizá por haber rechazado al hombre al que amo para casarme con el hombre con el que supone que debo casarme? Y ahora, para colmo, Flynn me ha visto con el vestido de novia. ¡Y todo el mundo sabe que eso da muy mala suerte! ¡Va contra las reglas!

Tras lanzar otra mirada a Flynn, que seguía apoyado en el marco de la puerta, tranquilo, solo con una cierta nota de preocupación en su expresión, Helena se arrodilló junto a ella.

–Thea, creo que las reglas no tienen nada que ver con esto.

–No, es verdad. El problema es que estoy estropeándolo todo una vez más, como de costumbre.

Helena sacudió la cabeza.

–No, no es cierto. Deja de pensar en la familia y en el negocio y piensa en lo que es realmente importante.

–¿Y qué es lo que es realmente importante? –preguntó Thea mirando fijamente a su hermana.

–El amor –respondió Helena–. Lo importante es dejar que el corazón te diga lo que tienes que hacer. Y aquí sentada con el vestido de novia y llorando, creo que el corazón te está tratando de decir algo.

No, eso no podía ser, quiso responder Thea. Porque su corazón había dejado de latir en el momento en que vio salir de la biblioteca a Zeke aquella mañana. Su corazón no podía decirle nada.

Pero la cabeza, sí. La cabeza le estaba gritando que era una idiota. Se había pasado la vida intentando encontrar su lugar en el mundo, obligándose a sí misma a asumir un papel erróneo para ella, ignorando el lugar al que realmente pertenecía.

Thea miró a Flynn, que seguía tranquilo, sereno y perfecto, aunque no perfecto para ella.

–Vete –dijo él con una leve sonrisa–. Todavía estás a tiempo de darle alcance.

–Pero… ¿y nuestra boda? Los invitados están aquí, nuestros padres están esperando. Y…

–Nosotros nos encargaremos de eso –le prometió Helena mirando a Flynn.

¿Había algo especial en esa mirada?

–Sí, Helena y yo nos encargaremos de todo –añadió Flynn–. Vamos, sal corriendo de aquí.

Sonó un portazo en la casa, Thea estaba segura de que había sido Zeke, abandonándola otra vez. Pero no, en esta ocasión, se iba con él.

Thea se bajó el vestido de novia y se dirigió precipitadamente hacia la puerta. Solo se detuvo un momento para dar a Flynn un beso en la mejilla.

–Gracias –dijo ella.

Y entonces salió corriendo.

***

Zeke cerró la puerta de la casa después de salir y el sol de La Toscana le golpeó de lleno. Los invitados debían haberse ido ya a la capilla a los pies de la colina en la que se iba a celebrar la boda. La charla con Flynn le había hecho retrasarse y ahora no había ningún taxi delante de la casa. Quizá encontrara alguno donde la iglesia, pero no quería ir allí ahora que Thea iba a hacer su aparición en cualquier momento.

No, iba a pedir un taxi por teléfono y esperaría ahí a que fuera a recogerle.

Después de hacer la llamada, se sentó a esperar en la terraza, en uno de los escalones en vez de en el columpio. Demasiados recuerdos.

Se puso en pie al oír el motor de un coche en la distancia. Pero, a pesar de que no apareció ningún taxi, bajó los escalones con el equipaje, dispuesto a esperar abajo.

–¡Zeke!

Zeke se dio la vuelta y vio a Thea saliendo por la puerta y corriendo hacia él vestida de blanco.

Pero no llevaba el vestido de novia.

–¿No es así como te encontré al llegar? –preguntó él indicando con un gesto la ropa interior de Thea–. ¿Y qué haces persiguiéndome en ropa interior? De haber esperado cinco minutos, el taxi habría llegado y yo había desaparecido de tu vida, tal y como querías.

–Déjate de bromas. Y no te burles de mí. Quiero que… –Thea se

interrumpió y respiró hondo–. Por favor, Zake, déjate de bromas, aunque solo sea por una vez. Tengo que decirte algo.

–¿Qué? –Zeke dejó el equipaje en el suelo.

–No quiero que desaparezcas de mi vida.

Zeke contuvo la respiración hasta darse cuenta de lo que Thea acababa de decir.

–Thea, no puedo hacer eso. No puedo quedarme aquí y asumir el papel de tío Zeke durante las navidades y los cumpleaños. Tenías razón, necesito empezar de nuevo. Además… –«no podría verte felizmente casada con mi hermano estando total y completamente enamorado de ti».

Pero Thea estaba sacudiendo la cabeza.

–No era eso lo que quería decir.

–Entonces, ¿qué es, Thea? –preguntó él exasperado.

–Llevo el día entero aguantando que la gente me diga lo que debo hacer, lo que es mejor para mí. Estoy harta. Tenías razón, debo decidir por mí misma. Y eso es lo que estoy haciendo en este momento, decidir mi lugar en el mundo.

Thea dio un paso hacia él y añadió en un susurro:

–Y te elijo a ti. Para siempre.

Zeke la miró fijamente y en los azules ojos de Thea no vio la sombra de la duda, como tampoco inseguridad ni miedo. Hablaba en serio.

–¿Estás segura? –pero sabía la respuesta.

–Completamente. Te quiero. Te quiero más que nada en el mundo.

Thea le abrazó y le acarició la espalda.

–Debería haberlo reconocido mucho antes. Tú eres mi lugar en el mundo. Te pertenezco.

–No puedo quedarme aquí, Thea –dijo Zeke–. Puede que volvamos algún día, pero necesito estar lejos de todo esto durante un buen tiempo. No quiero que el pasado siga influyéndome, es el momento de empezar una nueva vida.

–Lo sé –Thea sonrió–. Yo misma te lo he dicho, ¿no?

–Sí, es verdad.

Incapaz de seguirse conteniendo, Zeke bajó la cabeza y la besó profunda y dulcemente.

–Te amo. Vine tratando de encontrar a la chica que había dejado atrás, sin imaginar la maravillosa mujer en la que te has convertido, Thea. Ahora te quiero mucho más que antes.

Thea apoyó la cabeza en su pecho.

–A mí me pasa lo mismo. Si despedirme de ti la vez anterior fue terrible, esta vez… La idea de pasar el resto de mi vida sin ti me resultaba… –Thea sacudió la cabeza y volvió a alzarla en busca de otro beso.

–Inaceptable –concluyó Zeke, hablando por ella–. Entonces, ¿vas a

venir conmigo, Thea?

Thea sonrió.

–Siempre.

Y Zeke, por fin, supo que daba igual adónde les llevaría el destino. Siempre estarían juntos y eso era lo único que necesitaba saber.